

★ DANIEL MOLINA ★



★  
DIÁLOGOS EN UNA  
CAFETERÍA MODERNA

★  
PAIDÓS

Autoayuda para snobs  
Diálogos en una cafetería moderna

**Autoayuda para snobs**  
Diálogos en una cafetería moderna

**Daniel Molina**

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

Autoayuda para snobs. Diálogos en una cafetería moderna

Molina, Daniel

Autoayuda para snobs : diálogos en una cafetería moderna / Daniel Molina. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-12-9556-6

1. Ensayo Sociológico. 2. Crónicas. 3. Autobiografías. I. Título.  
CDD 158.1

Diseño de cubierta: Juan Ventura

Todos los derechos reservados

© 2017, Daniel Oscar Molina

© 2017, de todas las ediciones:

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello PAIDÓS®

Independencia 1682/1686,

Buenos Aires – Argentina

E-mail: [difusion@areapaidos.com.ar](mailto:difusion@areapaidos.com.ar)

[www.paidosargentina.com.ar](http://www.paidosargentina.com.ar)

Primera edición en formato digital: mayo de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-9556-6

*A Matías Puzio*

**Este es un libro degenerado. No quería escribir uno tradicional, tampoco que fuera puro experimento. Es más: quería que no fuera un libro, pero a la vez debía estar contenido en el formato libro para llegar al lector.**

En los cinco siglos de vida que tiene la imprenta se han intentado todas las fórmulas que el concepto libro permite. Entonces aposté por una mezcla de géneros y estructuras para producirlo: elegí aquellas que aún suelen convocarme como lector porque son amables. Son esas fórmulas que les permiten a los lectores perderse entre las páginas, abandonar, volver a intentarlo, no preocuparse por seguir un orden preestablecido, releer. Sorprenderse al encontrar nuevos sentidos a lo ya leído.

Así que este libro ha tomado todo lo que creyó conveniente del modo aforístico; de la transcripción de la voz grabada, del relato oral, de la conversación, del testimonio, del diario personal y del divague, y lo ha mezclado sin seguir una receta, pero de manera metódica.

Para que la escritura no se convirtiera en una voz autoritaria, apelé al diálogo grabado (y luego desgrabado, aunque editado de tal manera que la voz de mi interlocutor no ha dejado otra huella más que un hueco invisible).

Con un temario prefijado y siguiendo instrucciones muy sencillas, durante varios días mantuve una serie de conversaciones en el local de Starbucks que se encuentra en la esquina de la avenida Belgrano y Perú. Es uno de los edificios históricos más extraños de la ciudad de Buenos Aires, el Otto Wulff, una joya porteña del Jugendstil que fue inaugurado en 1914.

Amo ser múltiple.

Quisiera que al recorrer estas páginas cualquiera sienta que me conoce, pero también que nadie pueda resumirme en una identidad. Desde hace tiempo adopté para definirme tres versos de Walt Whitman que hablan del hombre oceánico; ese individuo que es, a la vez, muchos. Creo oportuno volver a citarlos en el comienzo de este viaje:

¿Que yo me contradigo?

Pues sí, me contradigo. ¿Y qué?

(Yo soy inmenso, contengo multitudes.)

Cuando un libro termina finge que acaba. Corona un recorrido. Ofrece un cierre. Trata de recrear un mundo encerrado entre dos tapas.

Pero este libro no es un libro.

No comenzó. Tampoco termina. Al menos no acaba. El acabado es el efecto de perfeccionamiento, de pulido. Ese brillo que engeguece.

Me gustaría que este libro fuera leído al azar. Que lo abrieran en tal página y leyeran eso. Y días o años después lo abrieran de nuevo y leyeran otra cosa. Y que según el contexto o el sentimiento del momento les diga algo que sea lindo, que les mejore el día.

Como si fuera una música.

Un *I Ching* para escépticos. Una Cábala para ateos. Un libro para analfabetos. Mi deseo es ser tu oxímoron privado.

No me interesa mucho que comprendas (¿comprendemos realmente algo alguna vez?).

Me gustaría que me quisieras.

**Yo tenía una muñequita negra. No sé quién me la había regalado. Recuerdo poco de esa época. ¿Qué edad tenía yo? ¿Tendría 5 o 6 años? Apenas me quedan unas postales confusas, en blanco y negro, que cada tanto envía el pasado. Postales cada vez más borrosas, como esas fotos que nos sacaban las tías con sus cámaras baratas.**

Las escenas en las que aparece mi muñequita negra ingresan a la memoria a un ritmo vertiginoso, casi de videoclip. Parecen cortometrajes hechos por los alumnos de las escuelas de cine; fragmentos mal compaginados, deliberados *flashback* hacia la nada, de golpe una lentitud digna de Bergman que detiene la mirada sobre un detalle aislado que ya no dice nada. La obsesión por un objeto.

Yo tenía 5 años, digamos, y una muñequita negra que era mi juguete favorito (al menos, así lo recuerdo). Un día –era de noche–, mi padre discutió con mi madre a causa de la muñeca. Yo no entendí qué decían ni qué tendría de malo mi juguete como para desencadenar un hecho tan excepcional (no recuerdo que ellos discutieran a menudo). Al otro día –era de mañana– mi madre me dijo que tenía que tirar la “negrita” o regalársela a mi prima.

Rogué, lloré. Pedí que me explicara por qué debía desprenderme del juguete que me acompañaba a la cama y velaba mis sueños. Mi madre me dijo –me parece oír su voz y me emociono– que ya no tenía edad para seguir jugando con muñecas. Los varones juegan al fútbol y andan en bicicleta. Las chicas juegan a ser mamás.

Como no se me ocurrió ninguna idea mejor que oponer a este disparate, aunque sin resignarme a desprenderme de la muñequita, volví a llorar y rogué y rogué con esa insistencia insoportable de la que solo somos capaces en la niñez. Tanto insistí que mi madre me autorizó a conservarla. Me pidió que la escondiera y que jamás –jamás de los jamases, dijo– mi padre me viese jugando con ella.

Siempre fui medio lerdo para las tareas clandestinas. No sé mentir; se me nota enseguida. Mi padre, al poco tiempo, me vio sacándola del escondite. La ponía debajo del colchón de mi cama para tenerla a mano a la noche (dormía abrazado a ella). Si el mismo Júpiter tronante hubiera montado en cólera frente a mí, no me hubiese asustado tanto. En un par de segundos la “negrita” fue a parar al tacho de basura –¡mi compañera nocturna en la basura!–. Mi padre rugió una ira sorda y aterradora. Dijo unas frases que no entendí. Solo supe que significaban una amenaza terrible si volvía a verme con una muñeca.

Trato de entender qué fue lo que sucedió desde entonces. Qué podría tener la muñequita negra para desencadenar semejante enojo en mi padre. Por lo general era un hombre bueno, calmo, simpático, divertido, lleno de amigos. Si bien se mostraba más severo conmigo que con mi hermano menor, sabía demostrarme su afecto. ¿Por qué, entonces, había *asesinado* a mi amiga de trapo?

Pocos otros recuerdos tan traumáticos encuentro en mi memoria cuando lanzo una mirada a la infancia. Incluso recuerdo que durante el velorio de mi padre –yo tenía 9

años— no sentí una pena equivalente a la que sentí por la pérdida de la muñequita. A él lo lloré, desconsoladamente, casi un mes después de muerto. Fue una noche entera de lágrimas. Mi cama quedó tan húmeda que mi madre pensó que me había orinado mientras dormía.

Cuando papá murió yo ya estaba acostumbrado a ir a velorios. La gente se muere. Suele pasar. Mi familia era muy grande. Tenía muchos tíos, primos, primos de primos, tíos de tíos, amigos de la familia, amigos de mi madre o de mi padre; verdaderos batallones de gente. Siempre había alguien que se moría. Entonces, había un velorio. Allí iba mi madre con sus dos hijos vestidos con unas casaquitas de terciopelo azul oscuro, camisitas blancas de seda y moñitos de raso negro. Un uniforme similar al que usábamos para ir a los bautismos, comuniones y casamientos (siempre alguien se casaba, alguien nacía, alguien crecía).

Yo era algo así como el príncipe de esa mafia hornada que era la enorme familia a la que pertenecía. De muy chico creía que el mundo era una extensión de todos nosotros. Mi madre era “el capo”, la don Corleone. Para todo se la consultaba a ella. Donde había un enfermo, ahí estaba. Aconsejaba a las que iban a casarse, consolaba a las viudas. Con ella siempre estábamos mi hermano y yo. Todo el mundo nos regalaba cosas. Tenía tantos juguetes que con algunos no jugué nunca.

No sé por qué adoraba a la muñequita. Solo sé que desde que la perdí todo cambió. Ya a los 5 o 6 años me daba cuenta de que yo era distinto. No jugaba al fútbol, nunca aprendí a andar en bicicleta, no sé ni silbar ni chiflar estruendosamente, no me gustaban las peleas, sigo siendo torpe en el mundo de las destrezas corporales. Por el contrario, me caían bien las muñecas —aunque creo que solo tuve esa—, me gustaban los libros ilustrados, oír cuentos fantásticos, jugar con los números y construir edificios con los ladrillos de goma. Soñaba con palacios y príncipes. Adoraba a los griegos y a los egipcios que me mostraban sus maravillas desde las páginas de la enciclopedia infantil *Lo sé todo*.

Una muñequita arrojada a la basura por un padre que murió pocos años después. Una gran familia capitaneada por una madre a la que, encima, apodaban “Negra” (por extensión, a mí me llamaban cariñosamente “Negrito”). ¡El negrito que tenía la muñequita negra! Parece el chiste excesivo de un mal guionista, demasiado freudiano.

Mi padre, que sabía poco sobre psicoanálisis, me miraba y ponía cara de preguntarse en qué había fallado conmigo. Yo me daba cuenta, aunque no veía nada malo en mí, salvo que empezaba a sentir una culpa sin objeto que me corroía el alma.

A pesar de que ahora tengo otra muñeca —me la regaló María Moreno—, esta no me dice nada. Se parece a la que perdí: piel color chocolate, vestido rojo a lunares blancos, un moño en la cabeza. Pero es apenas un adorno. La tengo en mi escritorio, sentada en uno de los estantes de la biblioteca. Objeto entre objetos.

La infancia quedó atrás para siempre. Siento que ese pasado le sucedió a otro. Está tan perdido como aquella muñequita de trapo que acabó sus días en el tacho de basura.

Quizás mi niñez también fue arrojada al rincón de los desperdicios.

Siempre que intento recordar el pasado lo veo distinto, cada vez más débil, más difuso. Querer rememorararlo se parece al esfuerzo inútil que hacemos para retener un

sueño: agua que corre entre los dedos.

La mano difusa de la muñequita diciéndome adiós desde la basura.

**A fines del siglo XX, poco después de la irrupción masiva de Internet, pensaba que para la segunda década del siglo XXI el libro ya no tendría más que un sentido decorativo. Creía que se lo consumiría como un objeto de culto. Pero veo que el antiguo formato se resiste a desaparecer.**

De una manera nueva los libros aún funcionan, aunque no lo hace la antigua forma de leerlos. Hoy un texto solo vale si está disponible para las nuevas formas de lectura. La idea del libro cerrado es tan antigua como la idea de un mundo cerrado. En el fondo, ambas ideas son la misma cosa.

María Moreno me dijo, hace ya treinta años, que yo tenía un trauma que me impedía escribir ese tipo de libro cerrado. Según ella, siempre tropezaba (es decir, no escribía uno) porque no me permitía superar ese trauma. Por lo tanto, si no hacía psicoanálisis no iba a poder concretarlo nunca.

Sin embargo, no hice psicoanálisis pero sí este libro. Es cierto que no lo “escribí”. No a la manera clásica, al menos. No tiene la estructura tradicional, pero aun así es un libro.

Me gusta que se mezcle el lenguaje hablado con lo escrito y que eso sea indistinguible. Estamos en una época de transición y es este tipo de proyecto el que me parece acorde con el momento. Todavía tocamos a otras personas, escuchamos ruidos a nuestro alrededor, sentimos olores, tenemos animales y seguimos vinculándonos con experiencias que funcionan en el mundo de los átomos. Aunque cada día un poco menos.

No estamos aún en un mundo que sea 100% digital. Por eso este libro es como un enchastre de átomos. No sé si querría que fuera el último libro que se hiciera. Sí me gustaría que fuera el último mío. Es decir: quiero arrancar por el final.

La experiencia de pensar un libro, escribirlo y publicarlo no existe más. Es como salir a cazar búfalos con un garrote. No se hace más desde hace mucho. Hoy compramos la carne en el supermercado, no salimos a cazar búfalos. Simplemente porque cazar animales no pertenece a nuestra época. Si alguien se propusiera revivir esa experiencia sería solo como un consumo cultural para gente aburrída de todo lo demás, no como lo que alguna vez fue: la necesidad imperiosa de conseguir comida.

Mark Zuckerberg, el dueño de Facebook, dice que él no come carne que no cace. Pero esa no es la misma experiencia que alguna vez fue masiva en el pasado sino la excentricidad de un millonario que está aburrído porque tiene todo lo demás. En realidad se trata de un lujo raro, como el que se permite la gente que ya dio tantas vueltas al planeta que solo le interesaría ir de vacaciones a Marte.

Cuanto más entrenado se está en el mundo virtual y en la conexión incesante de fragmentos, más cuesta leer un libro completo a la manera tradicional, sin saltar nada, sin buscar elementos auxiliares, sin interrumpir la lectura.

Es imaginable que en dos años o en cuarenta (¡no sé en cuántos y no importa!) ya nadie en todo el planeta va a tener la experiencia de empezar y terminar de leer un libro a la manera tradicional. Hoy mismo la mayoría de nuestras experiencias de lectura no están ligadas a la continuidad. Por lo tanto, la idea de libro se desarma porque hasta hace muy

poco había sido el sistema de la continuidad.

Si siguen produciéndose es porque todavía persiste el prestigio de su pasado. Además, hay personas que siguen escribiendo y editoriales que siguen publicando. El libro como objeto material sigue existiendo, aunque como concepto ya no funciona. Creemos que seguimos leyendo libros. En realidad, lo que hacemos es conectar fragmentos.

Cada persona es el cúmulo de sus influencias y sus contactos mentales, espirituales y físicos. Lo que llamamos ego (el ser humano individual) es un ser en contacto que solo tiene sentido en relación con los otros.

No concibo a la persona aislada. Pensamos siempre con la cabeza de los otros, lo que no quiere decir que cada cosa que digamos sea de otro. Por decirlo así: yo soy mis citas, incluso aquellas que no recuerdo que son citas y pronuncio como si fuesen frases de mi invención.

Cuando hablamos estamos diciendo lo que ya dijo alguien, sin saber quién. Fue Roland Barthes, citando a Ferdinand de Saussure, el que dijo que no se puede comprender ninguna frase que no esté ya en la lengua.

Me gustaría que este libro les diera placer a los lectores y los ayudara a pensar fuera de la corriente. Un manual de autoayuda para gente brillante, para los *snoobs* (que son los que polinizan la cultura), para gente culta y para gente que no es culta pero que es inteligente.

Me gustaría que este libro le sirviera a alguien para impulsarlo a emprender cosas nuevas. Mucho de lo que leí me sirvió para vivir, y muchas de las cosas que hice ocurrieron porque antes leí. Me cuesta pensar que haya gente incapaz de aprender algo.

Mi eros es pedagógico. Como dice Platón, no se puede aprender si no se puede enseñar. Tiene que haber una relación erótica, de afecto con el discípulo. Con todos los que aprendí algo, desde Puig a Borges, tuve una relación muy intensa. También me pasó con mi marido, con mi amiga María Moreno y con Julio Cortázar, al que no conocí personalmente pero con quien mantuve una correspondencia, tanto en la adolescencia como desde la cárcel.

Tengo una relación afectiva con quienes han sido iluminadores para mí. Y cuando menciono “erotismo” lo digo en el sentido griego, de alma a alma, y no en el sentido sexual moderno del término.

Eso es lo que busco producir en los que participan de los cursos que dicto, ya sean empresarios, científicos, presidiarios, lectores de Borges o agentes de la Policía Metropolitana. Siempre trato de incitarlos a pensar, a ver que si hay una piedra en el camino tenemos que levantarla sin temor, aunque conociendo el riesgo. Quizás debajo de ella pueda haber un escorpión, una hoja de roble o una sombra que nos ilumina.

Aunque es un lugar común, realmente aprendo mucho enseñando a los otros. A veces me pasa que alguien me comenta cómo interpretó lo que dije y en principio yo suelo pensar: “¡Qué tonto!, ¿cómo va a descifrarlo así?”. Pero de inmediato me doy cuenta de que ese punto de vista nuevo abre otro camino y me muestra algo que no había visto.

Pensé mucho este libro. Pensé por qué hacerlo cuando casi toda mi vida estuve en

contra de escribir uno.

Cuando era niño quería ser escritor. Pensaba que era lo más prestigioso que podía hacer alguien como yo. Alguien que nunca iba a jugar al fútbol, que nunca iba a ser una estrella de cine o un cantante pop. ¿Qué se podía hacer dignamente en el mundo de los años sesenta, en las épocas de mi primaria y secundaria, sin ser atleta? Escribir.

Escribía y pensaba que algún día iba a haber libros hechos por mí y que a los 40 años ya tendría una obra considerable y genial que me permitiría, con toda justicia, ganar un Premio Nobel de Literatura. Fantasías de niño. Con el tiempo todo eso fue diluyéndose. Mis libros no se realizaban, pero todo el mundo alrededor mío los escribía.

Cuando salí de la cárcel casi toda la gente que conocía, mis amigos, el círculo más íntimo, tenía por lo menos un libro publicado. Toda la gente que hoy conozco tiene libros escritos y casi todos los han publicado. Hasta yo, que estoy en contra de escribir libros, tengo varios capítulos publicados, varios fragmentos, varios ensayos y hasta cuentos en una antología.

Poco a poco fui notando que estar en el mundo del libro (como gestor cultural, como editor, como periodista cultural, como crítico) y, a la vez, no tener un libro entero publicado, me daba una especie de distinción rara. Era aquel que no había publicado.

Con el tiempo se fue dando que cada vez que alguien leía algo mío, fuera un artículo en el diario *La Nación* o en algún otro de los muchos medios en los que he publicado, me preguntaba: “¿Cuáles son los títulos de tus libros?”. ¡Todos los días me pasa eso! Y respondo, quizás un tanto aburrido de la escena repetida: “No, no tengo ningún libro publicado”.

Planteado así, no escribir un libro tenía el efecto de una obra. No solo el efecto: era una obra.

Esta insistencia en que hay que publicar me hace recordar una conversación con Borges que Bioy narra en sus diarios. Surge de comentar irónicamente una carta de lectores en la que se criticaba a Victoria Ocampo “por ejercer la censura”, ya que –decía el remitente– no publica todo lo que le entregan para su revista *Sur*, sino solo lo que a ella le gustaba.

¡Increíble! Le reprochaban a Victoria Ocampo que decidiera qué publicar y qué no en su revista. Borges dice: “Critican el rol del editor. ¡Le critican que ella no publique todo! ¿Cuántas páginas tendría que tener *Sur* para poder publicar todo? ¿Cien millones? ¿Y a quién le interesaría esa revista?”.

Entonces, Borges y Bioy se dejan llevar por el delirio y crean un cuento nuevo: un mundo en el que se publica todo lo escrito; incluso obligan a escribir a la gente que no lo hace y le publican un libro. Borges agrega: “Pero hay analfabetos; a estos habría que grabarlos y desgrabarlos y así hacer sus libros, para que todo ser humano tenga un libro. Habría que lograr que hasta el ser humano más básico tenga, al nacer, el derecho a que se le publique un libro”.

Hoy estamos en una época en la que cualquier cosa termina en un libro; la utopía irónica de Borges y Bioy casi se ha convertido en real. Pero cuando yo era niño, la forma de encarar un libro, de que alguien te editara, de que alguien quisiera que vos aparezcas

publicado, era de un nivel de selección muy fuerte.

Había una aristocracia del libro. Ser editado era muy difícil. Más aún por una editorial de gran catálogo como Emecé o Sudamericana, que publicaban a Kafka o a Borges. Eso era casi imposible. Por eso yo pensaba que ser editado era una especie de distinción social.

Hoy las editoriales publican millones de libros porque vender en cantidades pequeñas muchos títulos es lo que las sostiene, además de los diez *best-seller* del año. No hay más selección. Todo termina con la forma de libro en la mesa de una librería. Es casi imposible no ser publicado.

Entonces, ahora que se publica todo, se me ocurrió pensar que después de querer ser escritor y luego de no querer serlo, para producir una obra “en silencio” (o secreta; la nada, digamos), ahora que cambió el mercado y cambió la forma de hacer libros, sería ideal que yo hiciera el mío. Así que me sumé a ser una de las personas que, como decía Borges, tuviera el derecho a su propio libro por el solo hecho de haber nacido.

Twitter me enseñó a pensar cómo se piensa hoy, cómo se escribe hoy y, además, por qué no leemos más libros. El libro era para mí un mundo encerrado entre dos tapas. Fue uno de los inventos más maravillosos antes de Internet en la historia de la humanidad. El otro, que lo precede, es el lenguaje.

El libro democratizó la escritura pero encerró un mundo entre dos tapas. Es algo que empieza y termina. Había en la época literaria una posibilidad de abrir el libro apelando a la intertextualidad, pero exigía un nivel de competencia cultural que solo poseía una ínfima minoría. Nadie lo lograba con toda la posible intertextualidad que el libro idealmente permitía.

La gente más culta de la época de Cervantes, en el siglo XVII, no le podía sacar a Cervantes todo el jugo que le sacamos nosotros. Porque hay capas y capas y capas de sentido que fueron produciéndose con los siglos.

Una novela empieza y termina, un ensayo también. A lo sumo, si alguien leyó mucho sobre el tema, puede hacer algún diálogo intertextual. Pero en general es un mundo cerrado.

En cambio, en Internet nunca nada cierra. La muerte es lo único que te desconecta. Mientras tanto, estás conectado las veinticuatro horas.

Leés un tuit, querés buscar más información y vas a Google. Google te manda a Wikipedia, Wikipedia te nombra una canción de Los Beatles, escuchás un mp3 de Los Beatles que versionan un bolero, vas a la historia del bolero, volvés a Wikipedia y ya te fuiste a cualquier lado.

Eso que abriste en Internet no cierra nunca.

**En mi infancia tenía fascinación por el mundo intelectual. Quizás para oponerme al mundo del que venía: vivía rodeado de clase media iletrada. Mis padres eran lectores pero venían de familias con una mínima educación formal. Nuestra familia había vivido la gran época del ascenso social en la Argentina.**

Mis padres pertenecieron a la primera generación de sus familias que pudieron vivir dignamente. Incluso mi madre, a los 28 años, pudo comprar un lindo departamento en San Telmo en el que unos cinco años más tarde nació yo. Ella había podido acumular dinero muy joven trabajando porque la de los años cuarenta y cincuenta fue una época de gran ascenso social.

Quise rebelarme contra ese origen no intelectual de mi familia y quizás por eso deseaba ser un artista, un escritor, alguien que perteneciera al mundo cultural. En el colegio Nicolás Avellaneda tuve compañeros cuyos padres pertenecían al mundo cultural que yo deseaba. Eran periodistas, traductores, escritores.

Uno de mis compañeros era hijo de Oski, un genio de la historieta y el humorismo. Otro era hijo de Néstor Míguez, un gran traductor de esa época, que conocía muy bien siete idiomas y fue uno de los mejores traductores argentinos del siglo XX.

Los conocí de adolescente y comprendí que esos hombres eran ese tipo de personas que no tienen nada que ver con el mundo práctico. Por ejemplo, yo miraba que el señor Míguez tenía en la mano un vaso vacío que no llenaba con agua porque le parecía que era un esfuerzo muy grande que iba a interrumpir su pensamiento en el momento en que traducía una frase al ruso.

Podía incendiarse el departamento que el tipo no se levantaba, si eso interrumpía lo que estaba pensando. Vi en él un modelo. Félix Míguez tradujo al castellano uno de los libros más maravillosos que leí jamás: la biografía de Oscar Wilde que escribió Richard Ellmann. Son novecientas mil palabras, como un Quijote, un libro perfecto que él tradujo con un talento increíble.

La madre de mi compañero del colegio se había separado hacía mucho del traductor y cuando lo conocí ya vivía con el escritor Pedro Orgambide, un tipo genial que estaba siempre dispuesto a abrirte una puerta, a ayudarte. Era un escritor infatigable. Publicó decenas de libros. Era muy culto, un erudito en literatura argentina. A mí me abrió muchas puertas cuando salí de la cárcel. Todos ellos eran gente con la que podía hablar de arte. Durante mi secundario, Orgambide estaba escribiendo la *Enciclopedia de la literatura argentina*, y entonces charlábamos sobre eso. Era muy estimulante.

Todo lo contrario de lo que ocurría en mi casa, adonde llegaba y estaba mi tío hablando de caballos u otro tío hablando de autos, de motores. Ese vitalismo de mi casa yo ya lo tenía, por eso necesitaba lo otro.

En la cárcel hice un cóctel con todo lo que mamé en esos años de aprendizaje. Con el paso del tiempo logré ser una persona intelectual y práctica a la vez, capaz de resolver en el momento las más diversas cuestiones. Aprendí que son muy pocos los problemas que se resuelven solo desde un punto de vista intelectual o, por el contrario, de un modo

totalmente práctico.

En general, toda cuestión importante exige una mínima visión práctica, pero también alguna reflexión más abstracta.

Gilles Deleuze, pensando en Michel Foucault, habla de la caja de herramientas que tenemos los intelectuales en la cabeza. No es una especie de autoayuda para intelectuales, como si uno dijera: “Proust resolvió este problema personal de tal modo y yo debería imitarlo, entonces me pongo esta cremita en la herida o me distancio de esta persona tóxica y listo”. Es algo más complejo que eso.

Un problema puede encararse desde ambos puntos de vista, intelectual y práctico, que son los que yo asumo. A veces mezclo. Puede salir bien o mal. Y a veces elijo primero uno de los dos porque pertenezco a ambas tradiciones. Me cae pésimo el desprecio hacia la cultura popular por parte de gente que, por lo general, no tiene una gran formación intelectual.

Es un error conceptual grave pensar que aquel que no es intelectual es un ignorante. Muchas veces se trata de personas con mucha experiencia, que son muy sabias. Personas sin bagaje intelectual pero muy inteligentes.

Conocimiento práctico y razonamiento intelectual son dos tipos de inteligencia igualmente valiosos.

Tampoco estoy de acuerdo con el pensamiento contrario: que solo vale lo que uno aprende de la experiencia ni que lo intelectual es una especie de lujo para gente aburrida y rica. Toda amputación de la experiencia mental compleja a la que podemos acceder es un empobrecimiento.

Agradezco haber vivido desde niño en ambos mundos, el de la experiencia práctica y el razonamiento intelectual más sofisticado, para abreviar en ambos y enriquecer así mi propia experiencia cotidiana.

**Yo estaba enamorado del Príncipe Valiente. Tenía todos sus libros publicados en la colección Robin Hood. A través de las ilustraciones que acompañaban el relato, me comunicaba con un universo maravilloso; cada lámina echaba pasto seco a las llamas de mi imaginación. Me fascinaba esa melenita que él usaba. Una melenita que nunca se despeinaba, ni siquiera en lo más arduo de la batalla.**

A partir de los detalles que el ilustrador prodigaba aquí y allá, yo entreveía un mundo que se asemejaba a mi deseo. Esa pollera de metal, que mi héroe usaba sobre unos extraños pantaloncitos (especie de anticipatorias calzas de Nylon), me permitía diseñar en la mente una armadura que podíamos usar los niños mariquitas como yo. Soñaba que gracias a esa protección, fuerte y grácil a la vez, los raritos podríamos enfrentar indemnes el acecho del mundo atroz.

Mi infantil fervor religioso era tan acentuado que, durante mi confirmación, el obispo auguró que yo también sería obispo. A los 7 años era un fiel medieval; quería creer en cualquier cosa que dijera el catecismo y vivía reflexionando sobre los misterios de la fe que me resultaban arcanos.

La resurrección de la carne y la vida eterna, la virginidad de María y la Santísima Trinidad no me causaban muchos problemas. Pensaba que lo que no podía entender se debía precisamente a que eran “misterios” (y serían unos misterios de pacotilla si la pobre mente de un niño fuese capaz de descubrir el secreto de Dios). Lo que me torturaba de la doctrina católica eran esas creencias que estaban entre la fe y la superstición, pero que abundan en la vida cotidiana de los creyentes. Me parecía mal que hubiese que amar a Dios más que a los padres. Tampoco entendía por qué uno debía santiguarse en señal de saludo cada vez que se pasaba frente a una iglesia. ¿Dios era tan desmemoriado que no podía recordar que lo habíamos saludado apenas tres cuerdas atrás, cuando pasamos por otro templo? De cuestiones parecidas a estas estaba embargada mi alma de niño misionero.

Había inventado una iglesia que, lo sospecho ahora, debía ser poco ortodoxa. Pero tenía lo esencial: estaba regida por el fasto. El altar, armado en una de las dependencias que había en el fondo de mi casa, constaba de varios pisos y estaba forrado de terciopelo y recargado de encajes. Para mí, lo mejor de ser obispo consistía en poder usar –sin ninguna culpa que mancille el placer– esos maravillosos trajes de madama rica hechos con las telas más raras, adornadas de oro, púrpura y piedras preciosas. Había conseguido muchos jarrones atiborrados de flores que cambiaba casi a diario. Abundaban las velas y las imágenes de santos.

A mi iglesia concurrían varios niños del barrio que se arrodillaban ante mi altar y juntaban sus manitas devotas con un recogimiento que no se les veía cuando sus madres los arrastraban los domingos a la iglesia oficial. Me sentía feliz como patriarca de esa iglesia infantil, a pesar de que mi culto alentaba sospechas extrañas en mis padres. Ellos solían caer de improviso. Con sigilo abrían la puerta y quedaban pasmados por lo que veían: muchos niños –mis fieles– que permanecían en silencio, mirando extasiados las

flores, los santos, las estampas y los drapeados.

Desde muy pequeño amaba los trajes de época y el vestuario espléndido de las películas de Hollywood. Recuerdo una tarde de mi infancia en la que iba con mi tía Fela viajando en un trolebús (era una tranquila Buenos Aires de calles adoquinadas). Mi tía llevaba una revista femenina dedicada al carnaval, llena de fotos de disfraces. Ella quería que yo eligiera uno para lucirlo en el corso de ese año. Me enamoré del traje de gallito. Estaba cansado de ser pirata o de vestirme de gaucho; quería tener plumas de colores, un pico amarillo rabioso y una cresta tan roja que al verla hubiera que entrecerrar los ojos.

Faltaban aún unos años antes de que leyera esta frase de Oscar Wilde: “Si se le pide a un hombre que nos cuente su vida, mentirá; démosle una máscara y dirá la verdad”. Sin embargo, a los 6 años, cuando pedí el disfraz de gallito, ya la entendía perfectamente.

**No veo gran diferencia material entre hablar y escribir, al margen de la cuestión física de que lo escrito exige más trabajo. Soy filosóficamente derridiano y creo que el lenguaje oral, antes de la invención de la primera grafía reconocida como grafía, ya era una escritura porque se basaba en la esencia de lo que es la escritura: lo diacrítico, la discriminación entre los caracteres, entre los sentidos, en distinciones formales e intelectuales. Se distingue la A porque no es la B, la B no es la C ni la A, etc. Y así todo lo que sucede en la mente.**

Cuando me siento a escribir soy ideológicamente borgeano, en el sentido de que no puedo parar de corregirme. Por eso puedo escribir artículos para medios; me dicen: “Lo tenés que entregar hoy para las seis de la tarde o no te lo publicamos”, y entonces paro de corregir y lo entrego.

Pero cuando te enfrentás a escribir un libro todo cambia. Aunque tengas un límite es siempre más laxo e incluso puede incumplirse. Recuerdo el caso de Miguel Briante, que firmó varios contratos, cobró los anticipos, tuvo juicios, pero nunca entregaba las obras. Siempre negociaba porque con una editorial de libros es posible hacerlo. El libro puede posponerse al infinito.

En el mundo conceptual del libro podés seguir siempre escribiendo, pensando, rehaciendo. Para mí es imposible pensar en terminar uno. Me senté muchas veces a hacerlo. Tengo como diez libros empezados. Una vez hasta me obligué a empezar uno por el prólogo, que es lo último que se escribe. Hice un prólogo extenso y razonado en el que analizaba lo que iba a escribir en el libro que debería seguir a ese prólogo, para obligarme a cumplirlo. Escribí tres capítulos de ocho, pero algo pasó y lo dejé. Tuve una fuerza inicial, muy poderosa, que me impulsó durante meses de disciplina, pero en algún momento la perdí; el libro no llegó a existir.

Escribir es parecido al enamoramiento más enloquecido y más apasionado. Como en el amor, con la escritura de los libros no podía pasar del enamoramiento a la amistad y la ternura. Se acabó el enamoramiento y para mí se acabó el libro.

Pero hay trabajos que sí me gusta hacer. Uno es de largo aliento, como puede ser el guion de una charla pública que está casi toda escrita, pero sobre la que luego voy a improvisar. También pueden ser la presentación de un libro o la redacción de un prólogo para un libro que sí se va a hacer porque lo escribe otro.

No pienso en otra cosa desde el momento en que me comprometo a entregar ese prólogo o ese capítulo o ese guion hasta que los termino. Sueño con lo que estoy escribiendo. Aparece en todo lo que hago: acá o allá, en notas periodísticas que voy entregando y se van transformando y retransformando, y en las que casi no queda nada de lo que pensé al principio. Ese mismo esquema enloquecido también me sucede en las notas periodísticas, por breves que sean. Es una tortura algo más homeopática, digamos, pero también me ocupa todo el tiempo.

Así vivo: pensando en lo que tengo que escribir. Día y noche. Lo interesante, para mí (y tal vez para algunos lectores) es que a partir de ese estado de escritura perpetua

comienzo a pensar en otras cosas. Así me abro a temas y cuestiones que no había visto.

Por lo general, son temas que tienen que ver con la aceleración cultural y las transformaciones actuales que nos hacen imaginar que ya estamos en el futuro. Es como vivir bajo los efectos del LSD pero sin la droga. Me gusta el momento en que imagino, pero sufro el momento de sentarme a escribir. Cuando me obligo a escribir siento que estoy limitando mi viaje del LSD.

Cuando pienso e imagino es como estar en una hamaca paraguaya tomando un mojito frente al mar, escuchando a Brian Eno de fondo, en una especie de viaje ininterrumpido. Pero cuando me pongo a trabajar tengo que plantar algo concreto. Es el momento en el que tengo que hacer un esfuerzo: ahora ya no estoy descansando mirando el mar. Ahora sudo.

Escribir es la resaca de ese LSD. Te obliga a estar muy consciente, a concentrarte, a ver la cantidad de caracteres que te pidieron, a componer frases. Me pregunto: “¿Por qué puse este adjetivo?”. Odio los adjetivos.

El otro día estaba leyendo un reportaje en el diario sobre las designaciones del nuevo gobierno en el área de cultura. Decía el artículo: “La exótica secretaria De Tal Cosa”. ¿Por qué exótica? Me parece un rasgo absolutamente tilingo calificar todo el tiempo con adjetivos, encima con los más rimbombantes, para que se vea eso más que nada: la calificación que hace el periodista sobre lo que está describiendo. Casi digo plebeyo en vez de tilingo, pero me gusta lo plebeyo y lo cimarrón. En eso también soy borgeano. Mejor escribir “tilingo” cuando nos referimos a ese tipo de adjetivación.

Pensé que Borges nos había curado de la tilinguería. Pero el periodismo cultural argentino quizás no tenga cura.

**Cuando se escribe una palabra, esa palabra tiene que justificar el universo. Si no lo hace, hay que tirarla a la mierda. Pero cuando hay que escribir es casi imposible no cometer esas fallas. Algo tonto, algo tilingo, algo todavía no depurado: siempre termina apareciendo.**

Por un lado, mi forma de pensar y de sentir me hace detestar el periodismo por su escritura mercenaria, en el mal sentido de la palabra. Por el otro, me parece positivo que sea una escritura pensada para agrandar a un público amplio. Lo que no soporto es cuando se quiere seducir al lector con una posición ruin, al estilo de “juntémonos en contra de este estúpido y así podemos destacar que nosotros somos geniales”. Ese es el periodismo cultural que detesto.

Describir a alguien colocándose en el bando contrario es *bullying* de colegio secundario. Ahí le pegan a uno y todos los demás aplauden: “¡Por fin alguien le pegó a ese imbécil!”, gritan. Toda esa pose de matón argentino me da tristeza.

Pero hay algo del periodismo que me gusta mucho y que yo llamo “la Escuela Clarín”. No porque me lo enseñaran ahí, sino porque al entrar a trabajar a *Clarín* mi cabeza hizo ¡clic! y adopté un nuevo punto de vista. Apenas comencé a trabajar en ese diario me dije: “Ahora escribo para cientos de miles de personas, o quizás para un millón o para tres millones, no lo sé exactamente, pero es para muchísimos”. Entonces, a partir de ese momento, ya no podía seguir escribiendo como lo había hecho en *El Cronista* o en *El Porteño* o en *Crisis*, que eran medios para una minoría; por amplia que fuera, no pasaba nunca de unas decenas de miles de lectores.

No era solo una cuestión de cantidad de lectores, sino también de especificidad. Cuando escribía en revistas culturales de amplia tirada sabía que la mayoría de los que me leían tenían competencias culturales complejas, estudios, lecturas. Si no conocían las referencias que yo hacía en un artículo eran capaces de ir a buscarlas en una enciclopedia o volver a leer un capítulo de Lezama Lima. Con el público potencial de *Clarín* eso era inimaginable; me leía gente que no sabía buscar una referencia o que no había leído nunca ninguno de los autores que yo podía citar. Debía aprender a escribir para esa gente. Ese desafío fue hermoso para mí.

En *Clarín* clarifiqué mi escritura. Empecé a pensar que eso que tenía como bagaje – todos esos juegos de palabras, todo ese barroquismo y esas referencias cultas para los cultos– estaban de más. Las ironías que uno escribe para una minoría de tres mil personas no podían estar en un artículo de un medio de circulación masiva.

En 1992 o 1993, en el suplemento cultural de *Clarín* todavía se seguía publicando ese tipo de notas propias de los viejos suplementos culturales. Todavía salían esas bibliográficas escritas para los mil cultos argentinos, si es que ellos las leían. El resto no lo entendía, pero no le importaba a nadie. En aquel momento, en el suplemento cultural aún se permitía escribir de ese modo, mientras que se intentaba que por lo menos la nota de tapa y los títulos fueran destinados a las supuestas masas que querían consumir periodismo cultural. Masas que no sé cuáles serían. Aquel era el ideal que tenía *Clarín* en

ese entonces.

No me interesó nada de todo eso. No quería escribir artículos para que los entendiera la masa que no venía a leernos, ni los cultos que se iban muriendo también sin leer el suplemento cultural. Me interesó exigirme y experimentar una escritura que hiciera que si una señora iba en el tren y de casualidad leía una frase que yo había escrito, se copara y siguiera leyendo. Es lo que logré en *Clarín* a pesar de *Clarín*.

Empecé a recibir cartas de lectores cuando nadie las recibía. En el ambiente cultural en el que me movía me decían: “Fuiste más *Clarín* que *Clarín*”. Querían decirme que había logrado lo que el diario nunca logró: hacer periodismo cultural para las masas.

Quería escribir para la mayor cantidad de gente posible, pero no podía imitar a los periodistas de deportes porque ese es el periodismo más críptico que existe.

No sé nada de deportes; cuando leo una nota que dice: “El Pichi la metió”, me pregunto: “¿Quién es el Pichi? ¿Por qué la metió? ¿Dónde la metió? ¿Cogió o metió un gol?”. Si no sabés de deportes nunca podrás entender ese periodismo.

Las masas, que pueden tener un saber críptico si es compartido y que les sirve para leer sobre deportes, no tienen un saber compartido sobre literatura o música dodecafónica. En el fútbol hay un saber compartido por millones que saben quién es el Pichi y dónde la metió. Pero yo, que pertenezco a la minoría que no está incluida en ese saber compartido, no comprendo demasiado ese mundo.

En *Clarín*, en los años noventa, cada vez que escribías “Borges” tenías que agregar “el escritor argentino”. De golpe tenías que hacer una nota muy breve, de mil caracteres, y si escribías “Jorge Luis Borges, el escritor argentino” ya no quedaba espacio para decir más nada. Pensé: “Hay millones de cosas que, aunque la gente no sea culta, conoce”. Yo digo “Borges” y no van a pensar en el guerrillero nicaragüense Tomás Borge ni en el aceite de oliva Borges. Borges es Borges. Es como decir Maradona. Si digo Cervantes, ya se sabe que detrás de eso está *El Quijote*. El que no lo sabe no agarra el suplemento cultural ni para hacer fuego para el asado.

Cuando hacés periodismo cultural tenés que tratar de enamorar al planeta para que se interese por tus notas, del mismo modo que el aficionado al fútbol se enamora de las páginas de deportes.

**Recuerdo que, entre las cientos y cientos de notas que publiqué, escribí una que recopilaba muchos chismes tomados de las memorias de Gore Vidal, que son superescandalosas. Vidal contaba, por ejemplo, cómo su madrastra masturbaba el pene flácido del hombre con el que se había casado y que luego trababa de juntarlo en una cucharita de té. A partir de allí venía el relato de cómo lograba, mal que bien, metérsela en su vagina para poder concebir un nuevo hijo de ese millonario y ser una futura heredera riquísima.**

Yo escribía esas cosas en el suplemento cultural y las leía muchísima gente; por ejemplo, algún librero. Muchos me conocían y entonces alguno me llamaba al diario para preguntarme si realmente me había gustado *Una memoria*, de Vidal. Quería saber si eran buenas para destacarlas en su negocio y recomendarlas a sus clientes. No las habían leído porque pensaban que eran aburridas. Pero gracias a mi reseña se metían en ellas y les encantaban. ¡Se devoraban las quinientas páginas en un par de horas!

Recuerdo la pelea que Gore Vidal tuvo con Norman Mailer y que relata en otro de sus libros de ensayos, *Sexualmente hablando*. Allí cuenta que Mailer le dice: “Es muy fácil ser gay, caer en la tentación de la belleza, porque a todos nos gusta ver muchachos jóvenes en el gimnasio. Lo difícil es no ceder a esa tentación y tener que luchar contra la vagina dentada. Es un esfuerzo penetrar a una mujer”. Me gustaba poner en un diario masivo y machista algo de estas discusiones entre intelectuales; tenía mucho que ver con la sexualidad reprimida, con todo lo no dicho en el ámbito de la cultura moderna.

Mi posición siempre fue antipuritana. Desde adolescente estuve en contra del moralismo. No casualmente titulé la nota que escribí sobre la lucha de los republicanos por lograr el *impeachment* contra Bill Clinton (por lo sucedido con Monica Lewinski) como “La derrota del imperio puritano”. Los puritanos de los Estados Unidos hicieron lo imposible por destruir a Clinton y no lo lograron.

Me gustaba mucho ocupar el lugar de topo. Ser el infiltrado en *Clarín*. Hay algo que dice Osvaldo Lamborghini que siempre me interesó, y es que hay que intervenir en la grieta. Hablaba de otra grieta, no de esa grieta pelotuda de la que se habla ahora, la del odio al Otro político o social. Me refiero a una grieta en el sentido de Foucault: “La resistencia está en la grieta”. En todo sistema, por más cerrado que sea, hay grietas, hay rajaduras, hendiduras. Esto lo aprendí en la cárcel.

Además de cumplir con mi trabajo de difundir cultura, en *Clarín* pude plantear problemas que nadie instalaba en los medios masivos. Sabía que en el diario había cinco o seis palabras prohibidas. Una de ellas era “suicidio”; otra era “aborto”. No se las podía nombrar ni para estar en contra. Entonces empecé a hablar de suicidio, de aborto y de sexualidad.

En los años noventa hubo un cambio en el estilo editorial en *Clarín*: había que humanizar a los políticos. ¿Qué significaba eso? Mostrar su costado “humano”. Cada vez que se designaba a un nuevo funcionario de alto rango (desde ministros a jueces) había que poner dos o tres rasgos profesionales, por ejemplo: “El juez Tal tuvo estos casos

resonantes”. Pero además había que agregar que era “casado, tenía tres hijos y muy hincha de San Lorenzo” (el cuadro de fútbol no podía faltar; era como la huella digital).

Conocía a muchos jueces porque en los años ochenta y noventa me había acostado con varios. En el Poder Judicial la homosexualidad era masiva en esa época. Sabía que de verdad Tal juez estaba casado y tenía tres hijos. Pero no se podía poner que también era puto, cosa que se sabía en el ámbito político, pero que se desconocía a nivel masivo y que socialmente estaba muy mal visto. Eso sí, se podía poner que era “hincha fanático de San Lorenzo” aunque nunca hubiera visto un partido de fútbol en su vida.

Entonces pensé que así como se miente sobre la vida social y familiar de un juez en un diario, ¿por qué no podía decirse la verdad sobre el erotismo cuando hay tantos escritores que son gays? Estamos hablando de 1995 y en aquel momento era rarísimo porque nadie hacía eso en la Argentina, menos en un diario que vendía más de un millón de ejemplares los domingos.

Un día me llamaron los editores del diario para comentarme una breve nota que yo había hecho de *El fuego y la sombra (Total eclipse)*, la película de Agnieszka Holland sobre los amores de Rimbaud y Verlaine.

Me preguntaron: “¿Por qué hablás de homosexualidad todo el tiempo?”. El origen de aquel comentario era que yo había escrito que las discusiones y peleas entre Verlaine y Rimbaud no habían sido por diferencias en torno al endecasílabo o la rima disonante, sino porque eran amantes. Enloquecieron, borrachos y drogados, y uno le pegó un tiro al otro. Yo hablaba del amor homosexual entre ellos. No era más que un renglón todo lo que le dedicaba a la homosexualidad de esa relación, tampoco es que contaba detalles de cómo garchaban, ni quién le chupaba la pija a quién. ¡Pero ese renglón fue un escándalo interno!

Cada vez que atravesaba la sección Deportes al cruzar por la redacción del diario, muchos allí decían estentóreamente: “Ahí va el puto, ahí va el puto”. Fue así cada día de cada semana de cada mes de cada año durante más de una década. Hoy eso parece ridículo. Pero sucedía. Decenas de hombres adultos dedicados a señalar mi sexualidad todos los días.

Muchas veces me llamaron para reprocharme que yo insistía mucho con temas homosexuales (¡en el suplemento cultural, en el que es difícil encontrar artistas que realmente no sean gays!). También que en mis notas siempre se hablaba del aborto o de las drogas o del suicidio. Pero durante unos años tuve la suerte de tener de jefe a alguien muy abierto y liberal: Jorge Halperin. No le gustaba que lo llamaran los jefes cada tanto para decirle: “¡Che, cuánta homosexualidad en ese suplemento!”, pero bancaba. Gracias a su amplitud de mente pude escribir con total libertad.

Cuando me contaba las discusiones en la mesa de editores, recuerdo que yo le decía: “Jorge, es que en cada página de este diario hay tanta heterosexualidad hipostasiada y ampliada que la homosexualidad se va a ver siempre, por más ínfima que sea”. Por esa misma época, *Clarín* premió como “mejor eslogan” a uno que aparecía en un afiche de apoyo a la selección de rugby, los Pumas. Decía: “Los Pumas son el único mamífero que pone huevos”. Nadie entendía que eso era machismo.

Era muy extraña la forma de ver (o no ver) la homosexualidad en un medio masivo en los años noventa. Alguien discutía en el bar o en Deportes: “Del Bambino Veira dicen que era puto, pero se cogió a las mejores minas; y además se cogió a aquel pibe y fue en cana, y lo bancó”. Ese discurso era común. Porque el jugador de fútbol era visto como “activo”, como un exceso de sexualidad. No era homosexualidad, ya que era jugador de fútbol y le “daba a todo”. Pero cuando yo escribía “García Lorca estaba enamorado de Dalí” eso era visto como “mucho homosexualidad”. Pensaban que si no se hablaba de la homosexualidad no iba a existir.

**En Twitter ocupo un lugar difícil porque no me sumo al consenso moralista que prima en la escena pública argentina. Amo a Maquiavelo, a Hobbes, a Locke. Creo que las sociedades no funcionan sin un poder que organice el caos. Por eso no me sumo al degüello público contra los políticos ni me interesa aportar al consenso bienpensante. No tengo una adscripción ideológica partidaria.**

Nunca fui peronista ni voté jamás, desde mi primer voto en 1973, a un candidato peronista. Pero hace muchísimo que dejé de detestar al peronismo. Por lo general voto en blanco, pero luego de la elección apoyo a cualquiera que obtenga la mayoría de votos porque creo en la democracia y me parece que lo mejor es no atentar contra los gobiernos legales y legítimos.

Quienes nos expresamos así nos exponemos a un hostigamiento constante de parte de los fanáticos, que surge de los medios más importantes y continúa en los tuiteros más enloquecidos. Nadie es inocente en esa campaña de hostigamiento permanente: saben bien que causan dolor. Los líderes de opinión y los trolls en las redes sociales saben que mienten. Pero les da placer la crueldad. La consideran un acto de expiación. Toda la campaña de hostigamiento tiene bases religiosas fanáticas.

El mecanismo de hostigamiento en las redes sociales funciona de la misma manera que el terror de la época de Robespierre y las hogueras de las vanidades en la de Savonarola; o, en la ficción de *Game of Thrones*, el Sumo Sacerdote del Septón: dividiendo el mundo entre buenos puros y malos puros.

Una vez que dictaminan que el mundo está dividido entre los buenos puros y los malos puros (al estilo maniqueísta), se presentan como los líderes del lado perfectamente bondadoso y encabezan la lucha contra los que denominan “los malvados”. Como en la Inquisición cristiana o en la saga del Septón de *Game of Thrones*, no hay la más mínima piedad para los perseguidos puesto que todo lo que hacen “los perfectos” es “justo”.

La gran heroína de los fanáticos de la agresión, la que los inspira y casi la única persona que admiran de manera absoluta, es la diputada Elisa “Lilita” Carrió. Ellos toman de modelo su forma de hablar, de denunciar a todos, de ponerse siempre como los buenos y señalar al “otro bando” como los malos. Todos los trolls de Twitter son “Lilitos”; es decir, están hechos a la imagen y semejanza de Lilita.

Creo que la mayoría no soporta la contradicción, la ambigüedad y la duda. Soy profesor de la Policía Metropolitana, y muchas de las cosas que escribo se las digo también a mis alumnos. Me encuentro en la calle todo el tiempo con policías ya recibidos, y me dicen: “Profesor, le tengo que agradecer que usted me abrió la cabeza”. Que un policía me diga eso para mí vale oro.

La ambigüedad y la contradicción genera malos entendidos. Hace muchos años estaba discutiendo en Twitter con uno de esos tipos que te matan si no pensás exactamente como él. Era una discusión a partir de esa famosa frase de Nietzsche que dice: “No existen los hechos, solo existen las interpretaciones”. Entonces este tipo me acusó: si no aceptaba los hechos, entonces estaba negando los campos de concentración

del nazismo. Así de inmenso fue su salto argumentativo: pura falacia. Le respondí que personalmente no los niego, al contrario; pero sé que hay gente que ha escrito muchos libros sobre eso que se llama negacionismo y hay un gran debate sobre el tema. Es decir, hay interpretaciones, nos guste o no. Es lógico que las haya porque todo lo humano es controversial y genera disputa.

Eso es lo que puse en cuatro o cinco tuits. Aunque tomaron uno aislado y lo exhibían como “prueba” (solo para enloquecidos, porque incluso en esa publicación aislada quedaba en claro que no era yo el que sostenía esa posición sino los negacionistas). Aseguraron que negaba los campos de concentración y que, por lo tanto, era nazi. Ese episodio me hizo la vida muy difícil en Twitter durante unas semanas y estuvieron a punto de echarme de un par de trabajos por esa campaña.

Creo que la provocación estimula la inteligencia de la persona predispuesta a escuchar opiniones innovadoras y puede ser un vehículo para hacerse entender por los más sabios. Provocar es invocar, llamar a la charla, pensar juntos de una manera fuerte. “Te provoqué” significa que te estoy llamando. Vos estás ahí viendo una seguidilla monótona que dice “pedo, pedo, pedo”, y alguien ahora te grita: “¡Pedo fuerte!”. Entonces te das vuelta y mirás.

Hay muchas maneras de reaccionar ante la provocación intelectual. La inmensa mayoría lo hace enojándose porque esos “pedos fuertes” son demasiado fuertes para lo que la mayoría se atreve a soportar. Ese no es un problema mío: si tal o cual persona que me lee no soporta lo que lee puede retirarse sin agredir. La agresión es una acción propia del resentimiento y la ignorancia.

Al provocar, lo que estoy diciendo es solamente “Acá hay un problema nuevo (o una nueva forma de ver este viejo problema) y podemos pensarlo juntos; te invito”. Si te enojás eso ya no puede hacerse.

Solo la minoría reflexiona en voz alta. En las redes sociales, además de la minoría ruidosa, hay una mayoría silenciosa. Hay miles que te escuchan, se interesan, quieren que sigas hablando, pero no dicen nada. Únicamente oímos a la minoría ruidosa, que es la que agrede, la que no soporta nada fuera de sus prejuicios. También, a veces, oímos a los muy pocos que hablan sin agredir. Pero son realmente muy pocos.

**Vamos a un mundo de inestabilidad política. En todas partes los que pierden las elecciones no soportan que gobiernen los que ganan.**

**El mundo no tiene sentido. Somos los seres humanos los que inventamos el sentido. Y lo cambiamos cada tanto. Eso se llama Historia. No hay un sentido verdadero del mundo. Solo hay sentidos de mundo que vamos inventando y que aceptamos mientras nos sirven.**

Los griegos inventaron la tragedia para pensar la vida política sin someterse al instante. Todavía hoy es la posición más lúcida. La tragedia aparece cuando algo del orden de lo tremendo rasga el velo del mundo y lo que aparece ante nosotros nos deja sin palabras. La tragedia griega, como arte, era un intento de restaurar el orden del mundo, destruido por el horror sin lenguaje. Era poesía para pensar.

Ahora tenemos horror pero no tenemos un lenguaje poético que sea capaz de restaurar el orden dañado del mundo: tenemos drama, no tragedia.

La tragedia griega nace en las dionisiacas: las fiestas de Dionisos, el dios de la exuberancia y el desenfreno, que borra las fronteras. Para restaurar el orden del mundo, que había sido dañado por el delirio y el horror, se sacrificaba un animal: el chivo expiatorio. De Grecia nos viene el lenguaje social: cuando una comunidad necesita reparar el horror sufrido busca inmolar chivos expiatorios.

No es necesario que “realmente” una sociedad haya sufrido un descalabro monstruoso. Alcanza, para vivir en horror, que muchos lo crean. Desde el punto de vista lógico, el chivo expiatorio no tiene nada que ver con la ruptura del orden simbólico.

El chivo expiatorio puede ser cualquier cosa que una sociedad pueda sacrificar: lo que le sirva para restaurar el orden simbólico dañado.

La Alemania derrotada en la Primera Guerra Mundial encontró en las grietas a su chivo expiatorio. Los indeseables: judíos, gitanos, gays. La época contemporánea, cada vez menos religiosa aunque fanática, no encuentra un chivo expiatorio que la conforme. Oscila. El gran chivo expiatorio de la contemporaneidad es el político. En especial, el funcionario: de cualquier partido, de cualquier ideología, en cualquier país. Como el chivo en Grecia o los judíos bajo el nazismo, el político contemporáneo calza perfecto: ocupa el lugar de lo indeseable. Es “sucio”.

Para el que odia, tanto el chivo y el judío como el político deben pagar porque ocupan un lugar que no merecen.

Al chivo griego, en el rito se lo mataba realmente. Al judío también se lo mató en la Alemania nazi y en la Edad Media cristiana. Ahora la religión no ocupa el centro de lo social, pero los ritos sacrificiales siguen teniendo vigencia. No en la iglesia, sino en la TV.

La “antipolítica” es la expresión religiosa más difundida en el Occidente contemporáneo. En esa religión, el sacerdote es el periodista. ¿Quién no odia a los políticos en cualquier país? Son ahora como fueron los judíos para los nazis: inmundos, ladrones, egoístas. Perversos. Todos los días, en los canales de noticias y en las webs de los diarios, celebramos la ceremonia sacrificial. Las veinticuatro horas, sin descanso.

Los sacerdotes son puros: no caen en la corrupción. El periodista-sacerdote tiene alas que lo mantienen flotando sobre el mundo inmundo.

El circo romano era muy parecido a nuestra TV, pero tenía menos capacidad técnica. Era fruto del gusto de la mayoría por la muerte del otro.

Hoy los periodistas son los dueños de La Verdad, como los sacerdotes en la Antigüedad. Aunque en la Era Grecorromana eran más tolerantes que ahora.

La mayoría social necesita ritos sacrificiales para tolerar la vida horrible que ha elegido vivir. Quiere que alguien pague por su error. Por eso, la tragedia se degradó a drama: se escenifica la muerte del político en la TV, mientras *vedettes*, humoristas, imitadores y periodistas se ríen de la muerte ajena.

El resentimiento (mediatizado por el periodista televisivo) es el sentimiento masivo de nuestra época. La voz de los que no pueden sentirse más que derrotados y violentos.

Si hay un futuro mejor, no será en ese marco.

**Mucha gente, cuando lee la masiva recurrencia a comentarios llenos de odio (casi siempre basados en la indignación moral ante algún hecho de actualidad), piensa que las redes sociales y las webs repletas de denunciantes anónimos fomentan, además de la violencia, la imbecilidad. Se sabe que pensar es arduo, que remite más a la duda que a la afirmación rotunda, que necesita más del silencio que del bullicio. Pensar tiene que ver con tomar en cuenta la complejidad, conocer el contexto, comprender las causas. Pensar pareciera una actividad de otra época, más calma, menos vertiginosa, menos violenta. Nada más falso.**

Pensar nunca fue un deporte masivo. Y menos aun lo fue en el pasado. En nuestra tradición cultural el pensamiento crítico siempre fue una forma de estar en minoría y de trabajar en contra de la corriente. Desde Sócrates –condenado a muerte por corromper con sus ideas peligrosas a los jóvenes– hasta la persecución que sufrieron miles de artistas e intelectuales a lo largo del último siglo, pensar siempre fue peligroso, minoritario y sospechoso de colaborar con el Mal.

No es de ahora que la mayoría sospeche del que duda. No es nuevo que la mayoría castigue al que no se suma al coro masivo. La mayoría siempre fue moralista: necesita sentirse parte de una masa inmensa que pertenece al bando del Bien y que se indigna de manera tajante ante el Mal.

¿Cómo sabe, sin pensar, la legión de gente “buena” qué es el Mal y qué es el Bien (en cada situación de la Historia)? Justamente porque se conforma un consenso masivo. Muchos creen que los consensos actuales son más racionales que los del pasado porque hoy es fácil criticar las brutalidades de antaño: es poca la gente que en la actualidad no censura las hogueras en las que se quemaba a las mujeres acusadas de brujería, la esclavitud o el machismo más violento y explícito. Nietzsche alertó justamente contra estas críticas hipócritas de los males del pasado. Pensar críticamente es pensar tratando de ver cómo nos van a evaluar nuestros nietos: pensar desde el futuro.

Por eso pensar siempre fue una actividad muy minoritaria. Es muy difícil salirse de la locura del consenso masivo. En especial cuando suceden hechos que conmocionan e indignan. La paradoja es que se olvida que el pensamiento masivo del pasado era el que hoy consideramos erróneo y valoramos a los que en su época fueron vilipendiados por contradecir esas creencias. Es el triunfo a largo plazo de la inteligencia, a pesar del sufrimiento contemporáneo de los inteligentes.

Ya Spinoza había hablado sobre por qué toleramos lo que nos apetece y somos intolerantes con lo que nos disgusta, sin comprender que es nuestra subjetividad la que está en juego y no la razón: “No es que tal cosa nos gusta porque es buena; sino que nos parece buena porque nos gusta”.

Spinoza sufrió una doble persecución: la primera, por ser un genio que se anticipó a su época e hizo posible la nuestra, y la segunda por ser judío, despreciado hasta por el rabino de su comunidad, por razonar demasiado y creer poco en lo que él enseñaba.



**En Twitter no podés saber quién te lee, pero sí cuántos son.**

**Siempre me interesó el *feedback*. En *Clarín* aprendí a escribir para muchos, o al menos quise que mi escritura fuera más pedagógica sin llegar a ser un maestro ciruela ni adoptar esa posición de autoridad del que te cuenta “la verdad”; eso de “vos tenés que aprender porque de lo contrario sos un gil”. Creo que a esa tensión del principio la superé bien.**

Twitter fue el segundo escalón de esa carrera. Cuando empecé no podía escribir frases en ciento cuarenta caracteres. Realmente es muy difícil resumir, en castellano, una idea compleja en esa extensión. Entonces inventé una cosa, que fue poner diez tuits para hablar de un único tema. Eso molestó a algunos (todo molesta a alguien, lo descubrí en Twitter), pero fascinó también a mucha gente. Cuando varios años después apareció Storify y se pudieron unir los tuits, apareció esta posibilidad de desarrollar historias completas y fue una herramienta muy usada. No digo haberlo inventado, pero sí que fui de los primeros que empezó a necesitarlo.

Al principio me gustaba extenderme. Escribía como si estuviera armando una columna de dos mil caracteres en quince o veinte tuits. Había que leer de abajo para arriba y a algunas personas del público les interesaba esa modalidad. Pronto vi que eso solo valía para algunos temas muy particulares, porque los tuits aparecen siempre sin contexto. Tratar de introducir contexto en un tuit fue algo que recién aprendí al año o más de usar cotidianamente Twitter.

Ahí se leen frases aisladas. Eso me obliga a repetir algo del tuit original en otro que está relacionado. Casi nunca sacrifico el contexto, aunque a veces lo hago y me dan con un hacha... ¡Porque leen sin contexto!

Más allá de esto, en Twitter sucede que la mayoría te lee en contra. Incluso los que tienen una mirada positiva sobre vos. No importa lo que digas, hablar siempre es donarse al malentendido.

**Todos los días algún pensador anticuado nos dice que Internet nos hace dispersos y desmemoriados. ¡Como la escritura! Ya lo decía Platón en su diálogo *Fedro*: el libro, al permitirnos poner a resguardo el conocimiento, nos saca de la memoria la enorme cantidad de información que manteníamos allí cuando solo teníamos el lenguaje oral. Cuando podés poner la información en un libro, ¿para qué te vas a acordar todo el tiempo de eso mismo? Está escrito y se acabó; vas a buscarlo cuando lo necesites.**

Alguien te dice: “Vivo en tal lugar”. Escribís en tu agenda dónde vive esa persona y ya está. No tenés que acordarte de memoria ochocientas direcciones. En todo caso lo hacés con tus tres direcciones preferidas (o vas incluso sin pensarlo). Las otras las tenés en reserva, como dice Derrida leyendo el *Fedro* en *La farmacia de Platón*. Esto, que ya existía en la era de la escritura y del libro, con Internet se acelera a la enésima potencia y nos permite poner todo en reserva. Lo único que hay que tener en la cabeza son las palabras clave para la búsqueda.

Podríamos no tener memoria, o tener una memoria mínima por la que seamos capaces de recordar las palabras clave que queremos encontrar. Por ejemplo, hoy quería buscar un artículo de un economista que tiene más de mil publicados. Lo buscaba y me aparecían todos juntos. Hasta que me acordé una palabra clave, la puse junto al nombre y ahí me trajo dos o tres artículos, entre los cuales estaba el que buscaba. ¿Para qué iba a guardarme todo ese artículo en la cabeza cuando quizás no vuelva a pensar más en él durante el resto de mi vida?

Internet cambia mucho la forma en que uno escribe, en que uno piensa, en que uno hace. También cambió la función del escritor. Hoy escritor es tanto el que escribe libros como el que escribe un tuit, o el que está buscando un dato en Google. Seguimos escribiendo. Pero la forma en que escribimos es radicalmente diferente a la que existía antes de Internet.

Nunca se escribió y leyó tanto como ahora. Lo hacemos más que nunca. Pero la forma en que escribimos y leemos ya no equivale para nada a lo que sucedía hace apenas un cuarto de siglo, antes de que Internet se masificara.

**Un escritor es alguien que juega con las ideas y con las palabras de cualquier forma. Se diferencia de un banquero, por ejemplo, porque este juega con el dinero (aunque si vemos la complejidad, el dinero es una forma de lenguaje y los juegos financieros son poemas trágicos). En el escritor hay un juego con las palabras y además una conciencia de estar haciendo un juego con las palabras.**

Podría citar el libro de John Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, que ha sido central en el pensamiento moderno sobre el lenguaje, la escritura e inventar mundo. Eso es lo que hace todo ser humano con el lenguaje: cosas. Por ejemplo, cuando hace una promesa. En ese caso la persona que recibió la promesa queda a la espera de que se cumpla. Pero además de hacer cosas con palabras, somos conscientes de que estamos haciendo cosas con palabras. Me parece que eso es ser un escritor. Saber que estás haciendo cosas con palabras. Independientemente de la dimensión, el escenario, el efecto y el soporte.

En algún momento fui un escritor introspectivo, un escritor “para mí”. Era un escritor de diarios hasta que estuve en la cárcel. De diarios realmente escritos solo para mí. Pero eran diarios que tenían mucha información personal, sobre lo que pensaba, sobre mis deseos y mis lecturas. Por entonces fui preso y todo ese material se lo llevó la policía. A los 20 años había escrito eso, algunos libros de poemas y varios cuentos sueltos. Se puede decir que tuve una obra mínima, aunque ya era voluminosa. Fueron muchos cuadernos los que se llevó la policía.

Mis dos libros de poesía eran operísticos, horribles. La vida se los llevó, junto con mis diarios y demás papeles de juventud. Los cuentos iban a ser reunidos en un libro. Podría decir que fui un joven escritor tradicional.

En la cárcel, al principio no podía escribir (tampoco podía leer; no podía hacer nada). Un día empecé a hacerlo en mi cabeza, acordándome cosas para mí. También escribía poemas. Muchos. Siempre me gustó el soneto porque me parece la forma más perfecta de poema; el endecasílabo se me da naturalmente. Habré pensado unos mil sonetos. Llegué a recordarlos completos. Ahora no recuerdo siquiera uno. Eran sonetos muy claramente borgeanos. No lamento haber perdido todo eso. Al contrario, me siento libre. No sé si entre los más de diez mil versos que escribí había uno que fuera feliz.

Borges estalló en mi vida muy temprano y ¡me cagó la vida! Me dio una lucidez oceánica, tremenda, horrorosa. Esa pudo haber sido una causa adicional por la que no escribí un libro. Borges, y después la lectura de Oscar Wilde, y después la de Samuel Beckett completo. Lees a estos tres tipos y a Nabokov y a Proust y después, encima, viene César Aira y decís: “Ya está, ya no puedo decir nada que valga la pena”. No se puede ir más allá. Por esto también los libros son para mí un elemento del pasado.

El último escritor de libros fue alguien que no escribía libros tradicionales: Manuel Puig. La literatura empieza en la Revolución Industrial con *Tom Jones* de Henry Fielding y con el realismo de la literatura inglesa y francesa. La literatura termina un poco antes de que aparezca Internet, con la obra de Manuel Puig. Antes hay libros, está *El Quijote*,

que es lo mejor que se escribió jamás, y también los textos de la época de la tragedia griega o de los poemas romanos. Pero todo eso es anterior a la literatura. Ahora también hay libros, pero ya no hay literatura. Puig fue el último escritor.

La literatura como concepto empieza en la Revolución Francesa. Dickens y Balzac son los dos primeros en ambos lados del Canal que la llevan al punto extremo; a partir de ahí todos quieren ser alguno de ellos dos.

Borges lleva todo ese impulso literario a un punto de ignición que no habían logrado ni Kafka ni Proust ni Joyce, aunque le prepararon el camino. Después de Borges solo queda el espacio para lo “no borgeano” que afirma que “todavía se puede decir algo” (pero desde un lugar que Borges no haya tocado porque todo lo que tocó Borges es imposible volver a usarlo). Puig logró eso y ahí se acabó. A lo mejor aparece otro escritor en algún momento, dentro de cuatro siglos, no lo sé. Por ahora no veo nada.

Puig es la prueba de que puede haber literatura sin autor. Porque la literatura se hace sola. Está ahí, hecha de fragmentos. ¿Cuál es el papel autoral de Puig como escritor? Justamente eso, que parece un coleccionista de fragmentos. Lo hace tomando el modelo del cine que anticipa a Twitter. Un Twitter raro, gigante, con principio y con final.

**Conocí a Manuel Puig en Río de Janeiro. Fue en 1988, en el departamento que tenía en el barrio de Leblón. Estaba terminando de escribir la que sería su última novela, *Cae la noche tropical*. El libro estaba en pleno proceso de corrección final. Lo ayudé a mecanografiar las páginas ya definitivas en su famosa máquina de escribir Olivetti portátil.**

Así fue que pude ver su proceso de reescritura, casi microscópico, pero de resultados devastadores: apenas si agregaba un adjetivo o cambiaba la ropa de un personaje. Pero eso terminaba transformando el clima de la escena o dándole a la acción un sentido nuevo. Esa novela escrita al final de su vida es también una novela sobre el final de la vida.

Yo había ido a Río para invitarlo a participar en un homenaje que queríamos realizarle en el Centro Cultural Ricardo Rojas con motivo de cumplirse veinte años de la aparición de su primera novela, *La traición de Rita Hayworth* (publicada por Jorge Álvarez en 1968). Puig, quien se sentía muy dolido por el silenciamiento al que había sido condenada su obra en la Argentina (desde que se exilió nunca más logró ser difundida de forma masiva), decidió finalmente no venir a ese homenaje.

Sin embargo, durante el mes que estuve en Río pasé varios días en su casa. Como yo había estado casi una década en la cárcel por motivos políticos, Puig se interesó mucho en que le contara sobre la vida en la prisión. Como además soy gay, también le interesó saber cómo había vivido el hecho de ser a la vez preso político y homosexual. Recuerdo que, al final de una de nuestras largas charlas sobre el tema, me dijo una frase que conservo en mi memoria como si fuera una condecoración: “Si te hubiera conocido entonces, *El beso de la mujer araña* no sería un diálogo sino un monólogo”.

A Puig le entusiasmó pensar que se podía reunir a Molina y Valentín en un único personaje. Eso le hubiera permitido condensar aún más la historia, darle mayor intensidad. Molina y Valentín reunidos en uno era también la posibilidad de apelar a una corriente de conciencia –como las que había construido con maestría en *La traición de Rita Hayworth*– extremadamente compleja y original. Una especie de discurso sobre lo no escrito o lo que le parecía casi imposible de pensar. Mientras más se internaba Puig en las posibilidades que surgían de reunir en un personaje a Valentín y Molina, más problemas se le aparecían. Eso estimulaba más su curiosidad.

Haber podido discutir estas cuestiones con él me permitió ver la forma en que se adentraba en un relato, planteándose problemas, haciendo de cada línea la resolución de un momento difícil, el salto de una valla. Eso me parece esencial para captar la dimensión de su obra porque ese esfuerzo no se nota nunca cuando se lee una novela suya. Los libros de Puig son como las grandes películas de Hollywood, aquellas que costó mucho dinero filmar, en las que trabajaron cientos de personas talentosas, pero que no nos dicen nada de ese esfuerzo mientras las miramos. Solo las disfrutamos.

*El beso de la mujer araña* sucede en una cárcel, en el espacio reducido de una celda. Dos hombres comparten su vida allí. Uno de ellos es mi tocayo, Molina. Fuera de la

cárcel él se ganaba la vida decorando vidrieras. Es un homosexual que tiene actitudes femeninas muy estereotipadas. Se ha fijado en una imagen de mujer que se inspira en la heroína romántica, batalladora pero siempre sumisa al varón, que popularizó Hollywood en los años treinta y cuarenta. Este homosexual desearía reproducir –por cierto que de manera perversa– un tipo de pareja heterosexual muy anticuada, con la “mujer” viviendo en adoración de su hombre. Molina soñaba con ser la mujer que las mujeres ya no desean ser.

El otro hombre que está en esa celda es Valentín, un típico guerrillero de los años setenta, un creyente en la redención socialista del mundo. Aunque son muy diferentes, casi polos opuestos, ambos son soñadores, aunque de sueños distintos. La novela es un largo diálogo, pero ese diálogo los separa. Cada uno habla de cosas por las que el otro nunca se interesó. Valentín critica a Molina su falta de interés en la política, que es lo único que cuenta para él. Molina solo habla de su vida personal y de sus fantasías, que coinciden con los estereotipos de viejas películas de propaganda nazi.

La relación que se va entablando en esa celda es muy compleja: dos hombres encerrados todo el día juntos, hablando de cosas distintas y, sin embargo, acercándose de a poco al mundo del otro. Esta es una novela sobre el arte de la seducción. Ellos van entendiéndose más allá del diálogo. No hay dialéctica en Puig.

Puig escribió esta novela en México. Había tenido que salir de la Argentina porque el gobierno peronista prohibió oficialmente su tercer libro, *The Buenos Aires affair*, y grupos parapoliciales lo amenazaron de muerte. En México conoció a otros exiliados, algunos de los cuales habían estado en la cárcel, y los entrevistó para recoger material para *El beso de la mujer araña*.

Además de esta razón biográfica también hay una razón estructural, interna a la narración, que hacía necesario que este libro se escribiera fuera de la Argentina. En ese momento existía una contradicción insalvable entre el proyecto de Puig y el estado de la cultura nacional. Si bien en todas las ficciones de Puig puede rastrearse una sensibilidad gay, esta es la única novela suya en la cual la homosexualidad es explícita. Esa explicitación era absolutamente intolerable en un momento en que el gobierno peronista no soportaba ni siquiera insinuaciones eróticas, mientras la Juventud Peronista recorría las calles cantando: “No somos putos, no somos faloperos, somos de FAR y Montoneros”.

O quizás sea al revés (lo que es lo mismo): *El beso de la mujer araña* resultó tal como lo conocemos porque Puig lo escribió fuera del país. Al comienzo de este proyecto él no había pensado en una novela en la cárcel ni con un homosexual como protagonista. Pero cuando empezó a buscar el modelo femenino que quería para su relato vio que las mujeres contemporáneas no se parecían a la mujer que él necesitaba para su historia. Solo la loca, el homosexual afeminado en extremo, era capaz de protagonizar una historia casi inverosímil. Encontrar ese personaje y ubicar la acción en el espacio cerrado de una celda fue una visión genial, ya que le permitió condensar múltiples cuestiones y sentidos con una densidad infinita.

Escrita en México pensando en la Argentina la novela se universalizó. Lo local se

volvió global. La historia tiene que ver con la represión típica de las dictaduras latinoamericanas de la época. Pero a la vez tiene que ver con muchas otras cuestiones. No es un libro de testimonio o denuncia. Puig trata de cuestiones esenciales de la cultura moderna y de las relaciones entre las personas, más allá de las identidades asumidas o soñadas. Por eso, con el tiempo, *El beso de la mujer araña* se convirtió en un libro traducido no solo a varios idiomas sino a otras culturas. También se tradujo a otras artes. Además de las versiones teatral y filmica, se la ha trasvasado a un género que parecía impensable: la comedia musical.

Cuando Puig terminó de escribir la novela ya sabía que no podría publicarla en Buenos Aires, donde reinaba la dictadura de Videla. Entonces pensó una opción radical: ser publicado directamente en otra lengua, traducido (se trataba no solo de salir de la Argentina sino del castellano). Les envió el manuscrito a sus editores en Francia e Italia (Gallimard y Feltrinelli, respectivamente). Ambos le dijeron que no estaban interesados en el libro y además le recomendaron que lo destruyera, ya que pensaban que iba a perjudicar su reputación. No solo creían que era literariamente pobre sino también ideológicamente peligroso. Resignado, Puig envió el manuscrito a España y fue un éxito, ya que coincidió con el inicio de “La Movida” posfranquista.

Un rodeo parecido se repitió con la versión filmica. Se realizó en Brasil, dirigida por un argentino que vive en San Pablo, Héctor Babenco, y fue interpretada por un estadounidense (William Hurt), un puertorriqueño (Raúl Juliá) y una brasileña (Sonia Braga). Fue la primera película independiente en obtener cuatro nominaciones al Oscar y también la primera en ganar uno, el de actuación masculina para William Hurt. Ese Oscar a Hurt es aún más excepcional porque fue el primer premio de la Academia del Cine estadounidense otorgado a un personaje gay. También fue la primera producción musical de Broadway que habló de persecución política, torturas y amores entre hombres de manera explícita. *El beso de la mujer araña* parece hecha para transmutarse y funcionar en todos los espacios.

Esta novela es una especie de objeto multimedia anticipatorio. Escrita dos décadas antes de que la cultura digital comenzara a difundirse, parece anticiparla y ya de alguna manera desenmascararla. Es claramente un relato. Pero Puig es un narrador que inventó nuevas posibilidades de contar una historia. Sus libros, y este en particular, no solo renuevan las formas narrativas sino que expanden las posibilidades del lenguaje literario: lo sacan del libro, lo sacan de lo linealmente “literario”, le dan la densidad de la materia y la multidimensionalidad de la vida.

En sus libros todo puede significar. La música, el radioteatro, la publicidad, el cine, la televisión, el psicoanálisis, el teatro, las artes visuales, la crítica, las teorías, los recuerdos reprimidos, los informes forenses, la escritura de los niños. Todo se integra y se desintegra. En sus novelas hay múltiples puntos de vista, narraciones en varias primeras personas y también en tercera, acotaciones entre paréntesis, típicas de una obra de teatro o de un guion cinematográfico, notas al pie. La página se convierte en una pantalla. Su proyecto es absolutamente actual, no coincide con las lecturas setentistas; en sus textos literarios integra todos los productos y los discursos de la industria cultural, esa bestia

negra de los seguidores de Theodor Adorno.

Leí *El beso de la mujer araña* mientras estaba detenido en la cárcel militar de Magdalena, a fines de los años setenta. El libro estaba prohibido en la Argentina, pero un amigo de la familia lo había traído del exterior y logró engañar a la censura que había en la cárcel porque a los censores el título les pareció típico de un folletín, es decir, algo “inocente”, “femenino”. Ellos desconocían no solo ese libro sino todo sobre el autor. El silenciamiento que se había producido sobre Puig fue, en este caso, un arma de doble filo.

Esa lectura la realicé en condiciones muy difíciles. Desde 1977, la vida en la prisión fue aún más mortificante. En el momento en que leía el libro de Puig se hablaba ya de asesinatos dentro de las cárceles argentinas, incluso de los presos legalmente reconocidos. A los que estábamos en el penal militar nos habían sometido a simulacros de fusilamientos. Llegué a sentirme como el personaje del cuento “El milagro secreto”, de Jorge Luis Borges, ya que cada noche al cerrar *El beso de la mujer araña* yo no sabía si podría seguir la lectura al día siguiente; es decir, si mi vida duraría lo suficiente como para alcanzar el final del relato.

Para mí fue un libro esencial. Fue entonces cuando comencé a preguntarme si yo sería Molina. Una pregunta que, en el primer momento, quería decir si yo era la loca sin vueltas. O me preguntaba si yo sería Valentín, el militante político. Fui descubriendo que era un poco los dos a la vez, pero también que quizás no era ninguno. Ni tan loca ni tan militante (aunque cada vez más loca y menos militante). Fue entonces que comencé a pensar que no hay identidad fija ni forma más segura de perdernos que fijar una identidad o marcar un destino.

Desde que leí en una cárcel argentina esta novela de Puig que hablaba de la cárcel argentina sentí que tratar de definir qué somos es una cuestión empobrecedora. Nunca somos lo que decimos ni decimos lo que somos. No pensamos nunca en dónde estamos; cuando estamos, no pensamos.

Ese fue mi momento epifánico. La literatura se transformó en vida. Y la vida en obra de arte.

**Desde hace veinticinco años estamos viviendo cada vez más inmersos en un mundo virtual. Es un fenómeno que, por error, se toma de manera muy superficial. Mucha gente que está todo el día en Twitter te dice: “No te tomes esto demasiado en serio”. No son conscientes de que estar allí es toda su vida y de que, a la vez, es lo que le da sentido a su vida.**

La frivolidad y el *snobismo* son elementos constitutivos de nuestra cultura. Los *snobs* somos grandes polinizadores. Somos difusores de la cultura. Los *snobs* somos los primeros en enterarnos de todo lo importante y somos los que difundimos lo nuevo. Sin *snobismo* no habría conocimiento innovador.

No todo lo *snob* vale la pena. Hay *snobs* chantas. Pero la tarea de polinizar la cultura es importante para que crezca y llegue a todas partes. El *snobismo* es una tarea social.

Lo mío es polinizar: tomar polen de la poesía y arrojarlo al viento. Alguna flor nace en alguna parte, y en otra no nace nada. Eso ya no depende de mí: la flor es tu responsabilidad.

Casi desde niño supe que no hay que temer a la novedad porque en nuestra civilización casi todo es joven. Por eso amamos lo que perdura un tiempo, aunque sea pequeño. El libro tiene prestigio porque somos muy conservadores. Pero el libro como objeto y como concepto tiene solo cinco siglos. La mayoría cree que todo lo que existe existió siempre y que, como existió siempre, nunca va a cambiar. Mucha gente piensa que Platón iba a comprar libros a una librería.

Esa mayoría imagina que las tradiciones son antiquísimas. Eric Hobsbawm, que hizo uno de sus primeros trabajos sobre la tradición, demostró que todas las “antiguas” tienen entre veinte años y un siglo y medio. No las hay que hayan permanecido inmutables más de ese tiempo.

Cuando yo era niño no se festejaba Halloween en ningún lugar de la Argentina. Es más, ni se conocía esa celebración. Hace veinticinco años María Elena Walsh escribió una columna en contra del festejo de Halloween entre los chicos ricos, especialmente en los por entonces pocos *countries* y barrios privados que había en el Gran Buenos Aires. En 2016, al menos en la Ciudad de Buenos Aires, muchísimos niños festejaron Halloween. Para ellos es algo tan natural como para mí lo era recibir a Papá Noel en mi lejana infancia. Al igual que yo con Papá Noel, seguramente ellos creerán que Halloween viene de la noche de los tiempos.

Soy un ser de la transición. Vengo de la cultura letrada y arribo plenamente a la virtual, sin olvidarme que leí miles de libros. Muchos de los que me critican tienen también un pasado letrado, pero se lo olvidaron. Defienden ese pasado y al mismo tiempo no lo incorporan a su hacer cotidiano.

No hay que dormirse en el prestigio de los libros que leímos. ¡Si hoy cualquiera publica un libro! Se logró convertir en real el ideal de Mallarmé. Dijo hace ciento veinte años que el mundo estaba hecho para acabar en un libro y hoy todo acaba en un libro.

Conozco a mucha gente que nunca tuvo una idea pero que igualmente logró publicar

un libro y eso le ha dado un nombre. Cuando publicás entrás en una circulación mediática: te invitan a la televisión, te invitan a la radio. Los autores de libros sin ideas van a los medios masivos y no dicen nada, pero eso produce efectos en lo social: hay gente que los saluda por la calle y hasta les piden autógrafos.

¿Por qué pasa esto? ¡Porque publicó un libro (aunque no diga nada) y logró ir a la TV a mostrarlo! El prestigio del libro supera su contenido. Y como ya nadie lee libros, al menos no como se los leía en la era en la que fue el centro de la cultura, nadie se da cuenta de que esos libros no dicen nada.

**El prestigio es una ilusión. Trato de bajarlo a tierra. Con Borges tuve dos charlas muy largas de varias horas, de casualidad, porque lo ayudé a entrar a su casa y me dijo: “¿Quiere subir?”. Yo tenía 19 años. Hablamos sobre Oscar Wilde y me invitó a tomar el té. Eran las seis de la tarde y me quedé hasta las diez de la noche o algo así.**

Hablamos horas y me contó muchas anécdotas. Su forma de hablar consistía en mezclar todo. En un momento me contó que en el campo la gente estaba muy sola, “pero bueno, tiene animales y con eso se compensa, incluso en lo sexual”. Eso dijo. Entonces recordó que un primo de él se cogía a las ovejas. ¡Parece un chiste de Miguel del Sel pero yo se lo escuché a Borges!

De ahí conectaba con la literatura y decía: “Bueno, pero también eso se ve en *La Iliada*, porque cuando en un momento Ulises está desnudo en la playa, para que las chicas no lo vean agarra una oveja y se tapa. En realidad es una metáfora”. ¡Ulises se estaba garchando una oveja! Justamente eso es lo que me gusta de Borges. Mezcla todo. Siempre va más allá.

Te decía: “Hay gente que es prestigiosa, entonces nos cuesta pensar que está hablando de que un hombre tiene sexo con una oveja. Por eso le creemos cuando nos dice que se tapó con la oveja. Seguramente el escritor era un gran poeta, y contó verdaderamente que se cogió la oveja, pero el copista, que como todo copista realiza una tarea burocrática, lo adecentó”. Algo así me contaba.

A la vez, era muy conservador en muchas cosas. Tenía terror al sexo. Le gustaban los chistes y las palabras soeces pero, al mismo tiempo, hay un Borges muy pudibundo en cuanto a la sexualidad del otro. Tenía una mentalidad masturbatoria respecto del sexo. Eso se ve mucho en el libro maravilloso que Bioy Casares escribió sobre sus conversaciones con Borges.

Mi tesis es que Borges nunca cogió en su vida con otra persona pero era una gran mente masturbatoria. No sé si me hubiera gustado ser amigo de Borges. No sé si quiero ser amigo de alguien porque me gustan sus libros. Por ejemplo, John Lennon es un tipo que me encanta escuchar, pero John Lennon debía ser bastante insoportable como persona. O a lo mejor no estaba en la onda en la que estoy yo.

No tiene nada que ver la obra con la persona. Tampoco digo que si una persona es un gran artista tienen que ser un tipo de mierda. Lo que digo es que el prestigio no se traslada de una cosa a la otra. Un tipo puede ser el mejor matemático del mundo y moler a palos a la esposa.

Michel Foucault fue mi purga contra el prestigio. Lo leí a los 18 años, en 1972. Foucault recién estaba empezando a hacerse conocido en castellano.

El escritor, como persona, puede sufrir al hacer un libro, pero eso no le agrega (ni le quita nada) al libro. La genialidad de un texto está más allá, no importa si el que lo escribió sintió dolor, pagó con su vida o si le salió casi sin pensarlo. El dolor no produce belleza. Como dijo Oscar Wilde: “Toda la mala poesía expresa sentimientos verdaderos”.

El mal poema nos hace ver que el poeta posiblemente sufriera mucho, pero lo dice de tal manera que no nos interesa.

Creo que hay algo de esa idea de Wilde en Foucault cuando habla de que un autor es una creación *inatribuible*; o sea, que la autoría está en el ambiente y no en la biografía del “autor”. Esa idea fue muy útil para sacarnos de encima el concepto de que los autores tienen una especie de halo, como los santos. No se puede trasladar el aura de un gran libro a la persona que escribe.

Cuando leemos, el autor es una construcción que se extrae del libro y no la persona que lo escribió en la realidad. Hay una diferencia entre narrador y autor. El tipo que escribe un libro hace funcionar una voz: lo que leo en el libro lo escribió un personaje que suele firmar con el mismo nombre del autor, pero esa voz que razona o narra el libro puede crear un personaje autor que no coincida para nada con la biografía del que materialmente se sentó a escribir ese libro. Siendo varón se puede escribir como una nena de 12 años.

Durante unos años coordiné un taller experimental de escritura literaria. Uno de los primeros ejercicios que les daba a los que participaban consistía en escribir un texto en el que hablaran desde un lugar que no coincidía para nada con el género y la edad que asumían ante la sociedad. Escribían un diario como si fueran una persona muy vieja (si en la vida real eran jóvenes); las mujeres escribían como varones y los varones desde el punto de vista de una mujer. Un chico de 18 años tenía que escribir como una mujer de 80 y le contaba a un diario que volvía de ver a su médico que le había dicho que tenía cáncer.

Consistía en hablar desde esa experiencia que no había vivido pero que podía imaginar. Creo que la literatura consiste en ponerse en otra cabeza. Ser escritor es poder pensar en otra cabeza, como eso que dice Lenin: “La filosofía es pensar en la cabeza de otro”. Eso es también la literatura. Pero salís de vos. No salís de tu vecino, de tu primo. Estás vos en eso de hacerte otro.

**Cuando alguien dice de otro que “es todo un personaje” no sé bien qué quiere decir. Pero creo que aprendí algo de eso cuando tuve que aceptar una mínima exposición pública en los medios.**

Al escribir en los diarios, a pesar de la repercusión que puedas tener, nadie te ve la cara. Seguí siendo técnicamente un anónimo. Pero cuando empecé a ir a la televisión y, más aún, cuando comencé a ir como profesional (teniendo ya un programa que conduzco), me dije: “Esto es imagen; tengo que cambiar radicalmente mi mundo, que es de palabras, por el mundo de las imágenes”.

No soy lindo ni tengo ropa glamorosa. Soy viejo, algo que para la televisión es lo atroz en sí mismo. ¿Qué puedo hacer? Algo que la gente no olvide. Entonces decidí ponerme anteojos de sol muy llamativos. Tenía unos Ray-Ban de marco blanco y cristales muy negros, que compré como un homenaje a Victoria Ocampo. Bueno, cuando fui a la TV decidí ponerme esos lentes.

Hace varios años me invitaron al programa de televisión del Gato Silvestre y fui con esos anteojos. Sabía quiénes eran los otros invitados y que esa era gente era capaz de gritar y de decir cualquier cosa para ganar cámara. Yo no iba a competir porque lo mío no es nunca la violencia sino el razonamiento. Entonces decidí competir con imagen. Ray-Ban de marco blanco.

Llegué al programa, me sentaron en una mesa y ubiqué mi *tablet* frente a mí para ir mirando los tuits sobre el programa. Esa noche hubo poco más de mil sobre lo que discutimos; novecientos de esos tuits hablaban solo sobre mis anteojos. La televisión es fundamentalmente imagen. Nadie recuerda una idea interesante que se haya dicho en un programa, pero todos retienen si tenés un *look* que registren.

No usaba anteojos de sol todo el tiempo. Menos de noche. Marta Minujín me había contado cómo había descubierto, ya en los años setenta, la importancia que tenía usarlos en todo contexto. Ella me dijo: “Los anteojos de sol me salvaron la vida porque soy tímida. Por un lado, me intimida usarlos porque sé que el otro me mira porque los anteojos le llaman la atención; pero por otro lado no me mira a mí y eso me pone más tranquila”. Además, ponértelos de noche o en cualquier otra intervención que puedas sostener en el tiempo termina construyendo una imagen de vos; se transforma en tu marca. Te hace el Warhol de ese pequeño mundo en el que te movés.

En este caso son anteojos, en otro caso puede ser un corte de pelo o el bigote de Dalí. En la televisión hay que pensar únicamente en la imagen. Ahí me di cuenta de que siempre estamos haciendo un personaje, incluso si no vamos nunca a la TV. Cuando escribía yo tenía un personaje de periodista culto. No tenía imagen pública, pero en las palabras se notaba eso. En la imagen uso anteojos.

Además de usar anteojos, en televisión hablo con Beatriz Sarlo de igual a igual cuando hacemos una entrevista. No soy el que pregunta: “¡Ay! ¿Usted leyó muchos libros?”. Me pongo los anteojos pero no dependo solo de la imagen que intento dar.

Los anteojos sirven para una identificación física, un recuerdo, una memoria.

También como chiste. La gente que te detesta toma eso para criticarte negativamente: “Viejo puto”, “Qué boludo”, “Sos horrible”, etc. No importa.

En realidad en los medios no existe la crítica negativa: si hablan de vos, entonces ganaste. Lo malo es que te ignoren. Como dice Oscar Wilde: “No tuvo enemigos porque nunca fue genial”. O como dijo Warhol: “No importa lo que los medios digan de vos; lo que importa es cuánto espacio te dedican”.

Al final, tu imagen se ve en TV. Ahora me para gente por la calle. Todos los días. Hace unos años comenzó a hacerse habitual, pero ahora es algo cotidiano y un poco lo incorporé como algo “natural”. Todavía me enloquece eso de tener una pequeña imagen pública. Es ínfima, pero aun así es una imagen pública y te lo hacen sentir, tanto desde el lado positivo (que es, por suerte, el mayoritario) como del negativo.

Es difícil que pase un día sin que no me pare alguien y me diga: “Che, qué bueno tu programa”. Es lindo eso, pero tiene también un costado Orwell, muy *1984*: te sentís observado todo el tiempo. A veces voy con mi perro paseando y hace caca. Entonces yo me agacho a juntarla en una bolsa plástica y escucho que alguien me dice: “Ah, qué bien que juntaste la caca, si no te iba a denunciar en Facebook. Te vi en la TV. Me gusta tu programa”.

Tener una imagen pública hace que cuando estás en público los demás te vean y vos no sabés quién te conoce y quién no. Eso es tremendo. A mí no me conoce casi nadie y me pasa todo el tiempo que alguien me saluda o me comenta algo. No me quiero imaginar cómo debe sentirse Mick Jagger.

**Ser hermoso debe ser algo terrible. Hasta los 40, tanto los hombres como las mujeres se bancan bastante bien el paso del tiempo. Pero después no importa cuánto colágeno te pongas o cuántas cirugías te hagas porque el deterioro se nota.**

Madonna es casi sesentona y todavía aguanta, aunque ya no es para nada la Madonna de hace treinta años. Marlene Dietrich no permitió que nadie la viera durante la última década de su vida. Se encerró en su cuarto, en su departamento principesco en la avenida Montaigne en París, y no se dejaba ni bañar. La tenían que llevar a la rastra cada varios meses porque la gente que iba a su habitación decía que no soportaba el olor. Era como un *homeless* que vivía en un palacio.

Marlene no quería hacer nada; ni se levantaba de la cama. Sus años finales fueron muy Juan Carlos Onetti. Solo se rodeaba de los muertos: cada vez que uno de sus amantes moría, desde John Fitzgerald Kennedy a Édith Piaf, hacía poner su foto en la pared frente a su cama; sentía placer al ver que sobrevivía a todos los que había amado. En 1984 aceptó una larga entrevista para un documental sobre su vida con Maximilian Schell, pero fue filmada de espaldas y a oscuras por pedido de ella. No tenemos registro visual de la última Marlene. Nos quedan los films que hizo con Von Sternberg y Orson Welles.

A mí nunca me gustó que me sacaran fotos. Siempre que alguien lo hace me pongo nervioso porque me veo mal. Para que terminara con esa fobia, una vez Alejandro Kuropatwa me dijo: “Pensalo así, cuando veas esta foto dentro de diez años, vas a decir ‘puta, estaba bastante bien’”. Lo peor que puede pasarnos es envejecer diez años. Así que no importa cuán feo estás. ¡En una foto de una década atrás estás diez años más joven!

Para lo humano, belleza es juventud. Hay belleza en los objetos, en los paisajes y en lo que se te ocurra. Pero en las personas la mayoría relaciona estrechamente belleza y juventud. A mí, sin embargo, me gustan los viejos, incluso eróticamente.

Cuando tenía 18 podía gustarme una persona de 40, 55 y también una de 60, siempre y cuando tuviera algo interesante. Me atrae cierta virilidad, también cierta imperfección. Me atraen las personas que están bien pero que además tienen un poco de panza.

En el caso de las mujeres es diferente porque las veo como estatuas. Me gusta Marilyn Monroe, me gusta Kate Moss. Es así porque las veo como una planta linda, son helechos o rosales. Proporciones bellas. Pero a un varón lo veo también eróticamente y quiero que tenga sudor, que sea humano, y no una estatua.

Porque la medida humana está en la imperfección. Por ejemplo, Alain Delon era perfecto y me gustaba, pero no me interesaba tanto justamente por su perfección. No era un objeto erótico. Me parecía muy lindo y nada más. Con Brad Pitt me pasa lo mismo.

Si hubiera tenido la oportunidad de tener sexo con Brad Pitt o Delon, no me hubiera negado, claro. En cambio, Jean-Paul Belmondo, que era “feo”, me gustaba mucho más.

El *casting* de la ficción en la televisión y el cine argentinos está dominada por la fantasía de un adolescente que sueña ser furiosamente heterosexual: solo hay mujeres

lindas, tetonas, culonas, como las de la fantasía felinesca de *Amarcord*, pero con los rasgos porteños de Celeste Cid. Monstruos de la fantasía adolescente. Por eso los actores argentinos son todos feos y toscos. Quizás por esa tosquedad, algunos incluso pueden interesarme.

La belleza es un tema complejo y tremendamente importante. Quizás no haya nada más importante en nuestra vida. La belleza nos abruma; siempre tiene que ver con algo personal. Pero cuando hablamos de la belleza en el arte, esa belleza es terrible y monstruosa (en el sentido en que lo dice Jacques Derrida): es el monstruo, y no lo feo, lo que rompe la ley de la naturaleza.

El monstruo nos enloquece: uno esperaba una cosa y resulta que llega otra. Es como una catástrofe natural. El monstruo es la catástrofe. La belleza como canon estético tiene que ver con eso, dejando de lado si me gusta o no me gusta.

Lo lindo es lo menos artístico del mundo. Alguna vez, hasta hace ciento cincuenta años, el arte tuvo una dirección hacia un horizonte de armonía. Pero una vez que se agotó la armonía y se llegó a la perfección (como Bach, por ejemplo) se acabó. Ya no se puede ir más allá.

**Haber nacido es absurdo. Habría preferido no hacerlo. Si pudiera remontarme al momento en que mis padres me iban a engendrar y me permitiesen elegir, votaría que no. Tuve una vida bastante buena a pesar de que pasé unos veinticinco años muy difíciles, tanto en el aspecto existencial como material.**

Sin embargo, conservo una mirada positiva y optimista por sobre todo, incluso sobre lo trágico. A pesar de eso me parece que haber nacido es absurdo porque uno es arrojado al azar.

Hay gente a la que haber nacido le gusta y está bien, no me opongo. Tampoco es que creo que no haya que nacer. Pero aun en esos casos nadie logra digerir el absurdo de estar vivo.

Incluso en el extrañísimo caso de haber sido un hijo buscado, seguro que no fueron engendrados en el momento en que lo “buscaban”. Son cosas que suceden en una dimensión irracional y absurda. Porque por más que nuestros padres se pongan a engendrarlos, les sale o no les sale y no depende de ellos. Cogieron ochocientas veces y nacimos de alguno de esos intentos. Ahí hay otra dosis de absurdo.

Así y todo, la experiencia vital es la belleza. En *El nacimiento de la tragedia*, cuando Nietzsche ve lo dionisiaco y lo apolíneo y la lucha permanente entre esos conceptos, una de las cosas que reivindica es que los griegos no desconocen el dolor de la vida. De hecho disfrutaban de la alegría porque son conscientes de eso. Saben de la energía de estar vivos, de que la insistencia de estar acá es un poder positivo.

Cuando reivindico la alegría lo hago desde ese punto de vista. No desconozco que en la vida hay dolor, no desconozco que vivir sea difícil, tampoco que nos angustie la idea de morirnos. No desconozco nada de eso.

Al contrario, porque reconozco el absurdo de haber nacido, el dolor que nos produce saber que vamos a morir y la contradicción que hay entre “no me gustaría haber nacido pero no quiero morirme”, es que reivindico la alegría de estar en esta experiencia y hacerla lo mejor posible cada día.

Ser sabio es saber (y sentir en el cuerpo) todo eso. Es como dice Barthes en su lección inaugural de febrero de 1977 en el Collège de France: “Reivindico la palabra ‘sapientia’, que es el máximo de sabor (placer) que podemos obtener y el mayor saber posible, sabiendo que es limitado”.

La experiencia que tenemos en nuestra vida cotidiana es un poco eso. No existe la perfección, pero hay que sacarle todo el sabor posible. No existe la sabiduría total, pero algo de *sapientia* tenemos que tener. Y ser lo más libres posible.

Barthes dice que el peor absurdo es que nos obliguen a ser felices. Vivir alegre hace bien, pero obligarse a la felicidad y creer que no lograrla es un fracaso es autoritario con uno mismo y con los otros.

Todos conocemos gente que materialmente tiene muy poco y que aun así vive alegre y baila. La belleza es algo del mismo orden que la alegría. Sentimos una conmoción cuando descubrimos esta semejanza y apostamos más a la alegría y a vivir la belleza del

mundo. Esa sabiduría luego nos guía en acciones futuras. Cada vez que algo puede producirme tristeza, me pregunto: “¿Realmente vale la pena que yo me amargue?”.

Una de los peores males que puede vivir una persona es quedar atrapada en la indignación. Cuando alguien se indigna, cuando dice enojado “¡mataron a un taxista en Burzaco y el gobierno no renunció”, eso mismo le da una energía negativa (pero energía al fin) que funciona como una droga; se reconoce como parte de la manada y quiere más manada, más indignación, más energía de manada, más indignación. Es un círculo vicioso del que no se escapa más que por el corte y la lucidez, lo que es casi imposible que le suceda al indignado porque justamente la indignación surge en la mente del imbécil.

Como bien dijo Marshall McLuhan: “La indignación es la estrategia del imbécil para parecer digno”. Los indignados necesitan formar manada y en la manada se valoran positivamente los viejos valores morales. La moral es la religión del rebaño. No hay artistas ni genios indignados. Los artistas y los genios son poco proclives a la manada, a la moral y a los valores del pasado. Solo el imbécil necesita todo el tiempo que le confirmen que su estupidez coincide con lo Bueno Perfecto (de allí que se indigne ante la falla del mundo).

**Estoy completamente de acuerdo con Ludwig Wittgenstein: los límites de mi mundo son los límites de mi lenguaje. Yo veo a mi perro. Lo miro y él me mira. Observo que está tratando de entender mis gestos o palabras para ver si coinciden positivamente o no con las cinco o seis cosas que le interesan, que son jugar, descansar, salir a pasear, comer, etc.**

Él sabe entender un gesto o si no le estoy prestando atención. Con eso mi perro construye un mundo muy pequeño que tiene que ver con una mecánica de acción y reacción. No sé cómo piensa mi perro. Quizás no lo haga porque para pensar, creo, es necesario el lenguaje y él no lo posee.

Ahora, ¿cómo vemos el mundo los humanos? Lo vemos desde millones de puntos de vista. Estamos sobre estimulados. Tenemos una serie de percepciones complejas: recuerdos, inventos, deseos. Todo eso mezclado y filtrado a través del lenguaje.

No tenemos un acceso directo al mundo, ni siquiera por medio de los sentidos, porque tenemos conciencia de las sensaciones a través del lenguaje.

No hay ninguna acción, ningún deseo, ningún sentimiento, nada que un humano pueda conceptualizar si no lo verbaliza. Si apoyo la mano en la mesa, siento que está fría y tengo conciencia de que está fría, entonces hubo un proceso en el que me dije a mí mismo: “La mesa está fría”. Sin lenguaje yo no tendría conciencia de tener el sentimiento ni ninguna experiencia.

Para poder pensar eso tuve que pasar primero por el castellano. Por cómo organiza el castellano la lengua, el idioma, la frase, la mesa como sujeto, la idea de que “está fría” como predicado y atributo, etc. ¿Cuántos fantasmas hay en este proceso? ¿Cuántos recuerdos? ¿Cuántas asociaciones y fantasías? No hay mundo (humano) fuera del lenguaje.

En este momento estoy pensando, escribiendo. Pienso en un temario para desarrollar en un libro y esto sucede tal día, en tal lugar. Todo pasa en el calendario (que es una construcción del lenguaje) y en un lugar en un mapa físico y conceptual (que es una convención humana; es decir, una construcción del lenguaje). Hubo guerras para ver si tomamos este calendario u otro. Lo sepa o no lo sepa, eso también está ahí, existiendo (insistiendo) en el lenguaje.

El mundo sin lenguaje no existe. Cuando discutimos, no lo hacemos con hechos sino con frases. En eso estoy de acuerdo con los analíticos sajones. Los llamamos hechos por una vieja tradición realista de creer, inocentemente, que existen los hechos fuera de nosotros y que el lenguaje se sostiene en hechos. Pero ¿cómo podemos saber eso sin el lenguaje? ¿Dónde está el hecho sin lenguaje?

Deberíamos hablar con los delfines, con los perros y con los alienígenas. Acordar entre todas las formas vivientes del universo que fuera del lenguaje hay hechos: solo haciendo eso quizás logremos exceder el lenguaje. Mientras no lleguemos a ese acuerdo estaremos en tensión. En este momento siento en mis dedos algo que resiste y que llamo materia. Existe porque lo verbalizo y lo pongo en lenguaje. El mundo está centrado en

eso, en lo que digo (o pienso, que es una forma de decir). El mundo es un producto de nuestro lenguaje.

**La idea de que el mundo siempre está mejorando surgió en mí hace unos cuarenta años como una crítica posible a la ideología pesimista de la izquierda. La gente de izquierda suele ilusionarse con cada crisis o acontecimiento negativo que sucede en el planeta. Lo hace porque piensa que “cuanto peor esté todo, mejor (para la revolución)”.**

No toda la gente de la izquierda es tan simplista, pero buena parte está de acuerdo en que si el mundo empeora, mejorará entonces el panorama para hacer la gran revolución con la que sueñan. Incluso si uno lee a teóricos muy elogiados por los críticos, ahí también predomina la idea de que el mundo empeora. Leamos al azar las entrevistas a intelectuales de moda en los suplementos culturales y vamos a aburrirnos de encontrar cosas de este tipo: “Esto va cada vez peor”, “Las máquinas nos dominan cada día más”, “Cada día vivimos más controlados”, “Cada vez hay más pobres”.

Así como digo que el mundo es una construcción del lenguaje, digo también que el lenguaje produce sentido por el contexto. Una frase tiene sentido en relación con otras frases. Si vos decís una palabra sola, aislada, y no podés relacionarla con nada, esa palabra no tiene sentido.

Si por ejemplo digo “la pava”: esas dos palabras sin contexto no dicen nada. Pero si estoy en una cocina de Buenos Aires y le digo “la pava” a alguien que está conmigo en esa cocina, lo que estoy le diciendo es: “La pava está sobre el fuego de la hornalla; sacala porque de lo contrario vamos a tomar el mate con agua hervida”. La persona que está conmigo puede reconstruir perfectamente toda la situación contextual y actúa en consecuencia: va y saca la pava de la hornalla para que el agua no hierva.

La izquierda dice siempre que hay más pobres que nunca, lo que en algún sentido es cierto. En el año 1500 había unos 498 millones de pobres, mientras que ahora hay menos de setecientos millones que viven en estado de pobreza. Los pobres se multiplicaron por algo menos de dos, ¡pero la población total se multiplicó por más de catorce!

Para tener una visión más objetiva del fenómeno de la pobreza hay que saber que en 1500 el 98% de la humanidad era pobre. En 1815, hace tan solo doscientos años, aún lo era el 95% de la humanidad. En poco más de tres siglos, solo se había bajado la pobreza un 3%. Hoy, el índice global es del 9%. El 91% de la humanidad ya no es pobre y somos catorce veces más que hace cinco siglos. Cuando digo que el mundo está mejorando quiero discutir esa idea de izquierda y no la del mundo como objeto.

Lo que no puede medirse es la felicidad. No hay tasa para hacerlo. Los que están tratando de crearla no encuentran una salida. Los números son endebles. Si fueran más precisos, los aceptaríamos. Es más fácil medir la cantidad de pobres respecto del total de habitantes, y también podemos ponernos de acuerdo en qué es la pobreza.

Por ejemplo, una persona que no alcance un mínimo de comida y nutrientes diarios para sostener su cuerpo está en la miseria. “Pobreza” sería tener un mínimo de bienes materiales para sobrevivir socialmente en el contexto en que se habita. En eso estamos de acuerdo.

Podemos medir también la cantidad de niños que sobreviven hasta los 5 años. Es un horror que, hoy, diez de cada mil chicos mueran antes de esa edad. Pero en el año 1300, el 50% de los niños se morían en ese lapso.

Lo que tampoco podemos medir es si la gente es más inteligente o no.

En todos los momentos históricos, la gente puede ser alegre o feliz según el contexto, y no según un desarrollo: no lo hay. Lo subjetivo y la interioridad de las personas tienen que ver con el contexto histórico. No existía, ni en la Edad Media ni en la Grecia clásica ni en la China de los Ming, la idea de individuo. Por lo que no podía medirse si una persona era más feliz o infeliz. Eso, más bien, dependía de la pertenencia social a determinado grupo.

Hoy nuestra forma de felicidad consiste en lograr objetivos que pueden ir desde conseguir cierto desahogo sexual hasta poseer mucho dinero, realizar viajes o sobresalir en una comunidad. Pero en la Edad Media no había objetivos individuales en las personas, sino diversas formas de integrarse a un grupo y una relación de acuerdos o desacuerdos con las ideas dominantes de esa época.

En la actualidad nos sentimos más felices cuanto más disidentes somos de las ideas de la época. Creemos que la libertad pasa por discrepar con el mundo, mientras que en la Edad Media se pensaba que uno era más feliz o vivía mejor cuanto más integrado estuviera a su grupo y a las ideas de su época.

Crear más o menos en algún dios es una idea de época. Si uno vivía en una época de fe, y creía en algún dios, iba al templo, etc.; entonces lograba vivir la verdadera vida. Hoy ese tipo de experiencias no las tiene casi nadie. Ni siquiera los creyentes conservan esa fe ciega que había en la Edad Media.

Las épocas no pueden compararse entre sí. ¿Qué es mejor, un kilo de sandías o un kilo de oro? Depende. Si tenés sed y hambre, no vas a poder comerte el oro. Habría que venderlo para luego conseguir agua y comida. Son dos cosas muy diferentes, aunque en ambos casos podamos pesarlos en kilos.

Hay catástrofes gigantescas que sucedieron en el pasado y pueden volver a ocurrir. Por ejemplo, la explosión de los supervolcanes: puede desatar una gran erupción capaz de mover a otros volcanes y formar una nube de humo y cenizas gigante que tape la luz del sol durante un año o más. No moriríamos todos los animales (quizás ni siquiera todos los humanos) porque somos capaces de sobrevivir a muchas cosas, pero buena parte de lo que hoy conocemos ya no existiría. La civilización tal cual la conocemos, por ejemplo.

Lo poco que sabemos es que una catástrofe natural de este tipo no tiene nada que ver con que usemos más o menos autos, extraigamos más o menos petróleo, hagamos *fracking* o no. No tiene nada que ver con el calentamiento global.

También podría caer un meteorito, algo que hoy nos parece impensable, como el que mató a los dinosaurios. Eso produciría un efecto parecido al de los supervolcanes. Hay cuatro o cinco catástrofes naturales gigantescas que no dependen de lo humano ni de lo animal, ni podemos predecirlas. Si llegaran a suceder, lo que quede de la humanidad se adaptará y comenzará otra historia.

Las catástrofes en las que intervienen los humanos están más localizadas. Por

ejemplo, que vuele una central nuclear como la de Chernóbil. Es terrible. Monstruoso. Un grado casi máximo de lo que la destrucción humana puede lograr. Aun así, algo como Chernóbil, comparado con la escala de destrucción máxima que puede producir la naturaleza, es un hecho insignificante. No solemos pensar así porque nos gusta sentirnos poderosos. Lo somos, en cierta medida. Podemos hacer mucho daño. Pero la naturaleza puede hacer un millón de veces más daño que toda la humanidad confabulada.

Así como puede llegar la muerte personal, también puede llegar la muerte como especie. Hay científicos que dicen que en tantos años los seres humanos tenemos que conseguir otro planeta y colonizar otros lugares. Por más que tengamos un gran control de la natalidad, la Tierra tiene un límite.

No podemos ser ochocientos mil millones de personas viviendo acá en condiciones más o menos lógicas, por más sustentable que hagamos todo y por más racionales que seamos con la comida y todo lo demás. Hemos mejorado mucho y todavía tenemos mucho margen para esto. Pero ese “mucho margen” son dos o tres siglos.

Mientras tanto, seguimos viviendo lo mejor que podemos. Aunque la ganancia vital que tenemos representa pérdidas en otra cosa. Vivimos mucho más que hace dos siglos, pero no sabemos qué hacer con tanta vida. Nos gusta seguir viviendo e insistimos en hacerlo, pero ¿para qué?

Quizás Freud tiene razón: en algún lugar del cerebro hay un instinto de vida, una energía que nos lleva a insistir. Pero mientras más alto llegamos, mientras más conocimientos tenemos, mientras más experiencias hemos vivido, mientras hayamos interactuado con más gente tanto en lo personal como en las relaciones virtuales, más escépticos y nihilistas nos volvemos.

Por eso creo que la naturaleza fue sabia con la vejez. La gente moría a los 20 años en la Edad Media, y lo hacía contenta, con toda la fuerza y gran parte de los dientes. Como estrellas de rock de los años sesenta.

Como dice Yukio Mishima: “En el Imperio Romano la mayoría de la gente moría con 21 o 22 años, en la Edad Media con veintitrés o veinticuatro, y ahora morimos con sesenta, setenta u ochenta. El cielo debe estar lleno de hermosos jóvenes romanos, griegos y chinos del pasado; y lleno de viejos horribles como nosotros, deseantes de querer comerse a esos jóvenes”.

También creo que la extensión de la vejez, cuyo control tecnológico se persigue ahora, sería maravillosa y terrible al mismo tiempo. La vejez nos prepara para aceptar la muerte.

En 2015 pasé más horas en guardias hospitalarias que yendo al cine (y eso que voy mucho al cine). No es solo una experiencia burocrática: es algo horrible. Nada era gravísimo, todo se solucionó con unas pastillas, con un “haga reposo” o con un suero. Pero vas notando que cada vez sos más frágil, que todo te derriba con más fuerza y con más facilidad.

Año tras año, por más que hagas una vida sana, el envejecimiento te va ganando. Si no muero porque me atropella un auto o me cae un meteorito en la cabeza, moriré porque mi cuerpo habrá llegado a un grado de desgaste que ya ninguna pastilla o ningún

cambio lo podrá mejorar.

A medida que podemos ir retrasando el envejecimiento hasta dejarlo de lado (lo que posiblemente sucederá en un futuro próximo, porque el mecanismo de envejecimiento es un mecanismo celular como cualquier otro y solo falta saber dónde está y cómo se lo detiene), las únicas dos enfermedades graves que le quedan a la humanidad por superar en este momento son el cáncer y las cardíacas. Ambas están muy cercadas. Entonces es muy posible que el envejecimiento también pueda ser cercado.

Pero lo que vamos a perder ahí es el aprendizaje de la muerte. Porque aunque vivamos mil, dos mil o cuatro mil años, en algún momento moriremos. No vamos a ser eternos, o por lo menos no lo seremos como nos gustaría ser.

Aunque por ahí, no sé, chocan dos máquinas y vivimos en la Matrix, sin conciencia de que estamos allí, y nos pasan una película que cada quinientos años cambia. No sé cómo podría ser ese horizonte. Pero mientras eso no suceda me parece que la vejez es un buen aprendizaje para la muerte.

Nuestros ideales son nihilistas: “Quiero tener independencia”, “Quiero poder mantenerme en pie”, “Quiero poder conseguir placeres físicos y espirituales”, etc. Pero todo eso es efímero, circunstancial y cambiante. Esto también lo aprendí en mi crítica de la izquierda. La izquierda cree que viene un futuro de izquierda. Para la izquierda, la derecha es la mentira que hay que combatir, y después de combatirla llegará la verdad de la izquierda y se hará eterna.

Esa idea es la de un cristianismo por otros métodos. Es como decir que esta vida que estamos viviendo no es la verdadera, y que la verdadera vida solo puede estar en el mundo que viene.

El problema es que toda creencia es efímera. Incluso es efímera esta idea de que la creencia es efímera. Las creencias, las ideas, aquellas cosas que escribimos cambian muchísimo. En especial si miramos un poco la historia de las ideas a las que pertenecemos. Todo eso también ha cambiado.

Mucha gente muy joven tiene retazos de los viejos ideales de los años cincuenta: tener un hogar y una familia. Pero no hay nadie que llegue al “hogar”. Mientras son jóvenes llegan a su casa, le dan de comer al gato y se van corriendo al bar, toman un trago y están a la expectativa de lograr coger con alguien o lograr una caricia.

Después de que se acariciaron y cogieron (si es que se les dio), se dieron cuenta de que el otro es aburrido, tiene un olor que no les gusta, mal aliento, una voz muy chillona o no habla nunca. ¿Para qué van a someterse? Entonces dejan a la persona fallada con la que estuvieron y siguen buscando. Así harán hasta que lleguen a viejos y ya no puedan interactuar más con nadie.

Queda la idea de “formar una familia”, “tener amigos”, “tener hijos”, “no envejecer solo”. Pero no hacen nada para que eso suceda porque el mundo ya cambió. En realidad, deberíamos prepararnos para envejecer completamente solos o con un robot que nos cuide (si tenemos suficiente dinero), o luchar para que el Estado o alguna institución nos provea robots para todos los viejitos.



**Lo que digo siempre es irónico, nunca es cínico. El cinismo es lo peor del ser humano. El cinismo es maldad. La ironía es separarse de lo que uno está viendo o está pensando para tomar una distancia y no creerse eso demasiado.**

Cuando digo que todo es hermoso estoy recordando algo que surge de mi primera lectura maravillada de “Otro poema de los dones”, de Borges. Empieza a agradecer por la vida y dice:

Gracias quiero dar al divino Laberinto de los efectos y de las causas  
Por la diversidad de las criaturas que forman este singular universo  
Por la razón, que no cesará de soñar con un plano del laberinto...

En un momento, el poema dice: “Gracias al amor que nos hace ver al otro como dios nos ve a todos”. Y ahí, en esa frase, aunque ni Borges ni yo creyéramos en dios, aparece la idea de dios como esa entidad que los humanos en algún momento creamos, para pensar que nos creó a nosotros y que creó también todas las cosas que vemos y experimentamos.

Entonces viene alguien y dice: “¿Si hay dios por qué hay cucarachas?”, “¿Por qué hay cáncer?”, “¿Por qué me salió un forúnculo?”, “¿Por qué se muere mi madre?”. Es que para dios todo tiene algún grado de sentido y de belleza. Por eso está en todos lados y los humanos no podemos verlo. Que haya ratas o cucarachas o gente mala es algo que no podemos entender. Para un dios, para una entidad que está afuera y con una mirada angélica, todo eso es muy lógico.

Podríamos decir, como en el poema de Rilke, que el ángel ve que las hojas y las ramas del árbol son las raíces porque lo ve al revés. Entonces, las raíces son el árbol. Una mirada angélica ve las cosas del otro lado y les encuentra un encanto que nosotros no vemos.

Entonces, el “todo es hermoso” con el que insisto es siempre una invitación a mirar las cosas desde otro lugar, porque de ese modo siempre vamos a encontrar algo nuevo. Lo que no quiere decir que una rata no me cause repulsión. Pero mientras no la veo y no me repulsa, me hace sentir cierta capacidad de pensar en su belleza. Porque la belleza es una idea.

Ese “todo es hermoso” es por un lado irónico, pero también una especie de apertura a ver primero todo lo positivo que tiene cada cosa. Alguien me dijo: “¿Y el nazismo tiene algo positivo?”. En principio, para mi debilitada mente, no. No puedo verle nada positivo. En *Genealogía del racismo*, de Foucault, que me parece la mejor crítica contra el nazismo, se dice que el nazismo quiere morir porque es tan desagradable hasta para sí mismo que su objetivo es suicidarse.

Diría que no, que no le veo nada positivo al nazismo. Pero desde el punto de vista de una mente angélica, podría decir: “Quizás algo tiene”. La mitad de sus contemporáneos

amaba el nazismo. Hay una parte importante de la humanidad que todavía lo hace. Además, identificamos nazismo con campos de concentración. Pero el nazismo no fue solo campos de concentración: se vieron sobre el final y después del final de la guerra.

Hubo más campos de concentración y más crímenes horrendos contra la humanidad llevados a cabo por Japón que por los alemanes. Pero los estadounidenses negociaron con la elite japonesa dejar a Hirohito como emperador y borrar todo el pasado horrible porque les convenía no crear un caos en Asia frente a la Unión Soviética. Entonces, hoy vemos a Japón como un país maravilloso.

Hirohito fue el primero, antes que Menguele, en experimentar con los esclavos humanos torturas horribles, entre ellas inyectarles petróleo en la sangre. Nadie condena eso porque hubo una política con muchos cómplices para olvidarlo.

No voy a defender al nazismo de ninguna manera. Lo que quiero decir es que nos horrorizan las cosas cuando tenemos información suficiente sobre ellas. Pero el que tiene información en abundancia sobre el nazismo tal vez no la tiene sobre el Japón de la Segunda Guerra, que fue tan malo como el nazismo alemán, cuando no peor. Sin embargo, Japón no aparece en el mapa de la maldad. Tampoco están tan presentes ni Stalin ni Mao.

Buena parte de la producción artística de vanguardia camina por el camino de la destrucción y de lo horrible. Incluyendo mucho de la música dodecafónica o de la música serial, que para un experto en música contemporánea es el súmmum de lo estéticamente valioso.

El asunto es el gusto. Cada época tiene su idea sobre la fealdad. A partir de esa idea nos extendemos en otras direcciones hacia lo que nos gusta o no nos gusta a las personas. Se trata de algo muy idiosincrásico. Me gustan muchas cosas humanas y no humanas que a otros no, y al revés.

Sucede que vemos a una persona paseando un perro y alguien dice: "Qué horrible ese perro". Pero al dueño le parece genial y lo adora, y lo buscó así adrede porque el perro tiene una gran personalidad en esa fealdad.

**Algo que nos parece horrible, y que además no queremos que suceda, es que el mundo sea destruido. Estando fuera de peligro alguien pudo decir: “Qué grandioso fue ver el aspecto estético de la caída de las Torres Gemelas”. Pero si uno estaba adentro de las Torres, o empatizaba con la gente que estaba adentro, no podía ver ninguna belleza allí.**

Es muy difícil ver belleza y a la vez simpatizar con el que muere “en la belleza”. No vi belleza ahí; me sorprendió, me pareció algo impresionante. Cuando vi esa caída en tiempo real, como en cámara lenta, me pareció tremebundo. Pero no puedo decir que fue bello.

Esa caída de las Torres Gemelas se dio de una forma nunca vista. Pero en ese acontecimiento hay justamente algo que es muy complejo: la sorpresa de lo nuevo, que por lo general es estéticamente positiva, pero que choca con la empatía que sentís por el que está adentro.

Sabés que ahí hay tres mil personas que se están muriendo de un modo monstruosamente atroz. Entonces, esa empatía tiñe de una manera fuerte el hecho estético que pueda encontrarse en la belleza formal de la caída. Ahí hay un nivel de complejidad que supera nuestra idea de arte.

En lo formal se juegan cuestiones éticas, no morales. La moral está ligada a las costumbres de determinada época. La ética es más esencialmente humana y parte de la empatía con el sufrimiento del otro.

No debo robar porque estoy sacándole algo a otro y estoy perjudicando a mi semejante. No debo matar porque estoy yendo contra la vida del otro, que es parte de mi vida. Esto me dice la ética, no la moral. En la conciencia ética hay una empatía con alguien que fue asesinado de una manera muy cruel, y que hace que yo no pueda gozar estéticamente de la forma de crueldad con que eso se llevó a cabo.

El objeto de esa empatía es siempre invisible. Uno la siente “por el que sufre”, “por el que muere”. Es una idea general y siempre está pensada por el lenguaje, o con imágenes que puedo verbalizar.

Por más oscura que sea la imagen que imagino, puedo traducirla al lenguaje. Es como un flash que desaparece, una luz que veo pero que no puedo retener. Pasa lo mismo con las imágenes no verbalizables. Por ejemplo, pasa con un sueño que no puedo recordar a través del lenguaje porque está perdido.

Perdés todo lo que no puedas verbalizar y ni siquiera alcanza con poder hacerlo, porque tampoco recordarás todo lo que verbalices. Pero si no lo consigo no lo recuerdo de ninguna manera. La empatía es del orden del recuerdo y de la proyección, no del orden de la visión.

Por ejemplo, veo un edificio e imagino que ahí está muriendo gente de una manera atroz. No necesito verlo. Es más: no podría hacerlo. Tampoco podría cuando me dicen: “El ISIS anoche fusiló en Irán a tres muchachos porque eran gays”. Empatizo igual, por más que no vea el fusilamiento.

Cuando lapidan a una mujer no me hace falta ver el video. Nunca se me ocurrió mirar las atrocidades de ISIS. Mi decisión es no mirar, pero es obvio que empatizo con la víctima. Igualmente, siempre va a haber un vocero que te va a contar que le cortaron la cabeza a alguien.

**¿Qué vemos? ¿Y cómo lo vemos? Volvemos al mundo del lenguaje. Está lo que efectivamente veo, y luego el proceso con el que mi imaginación y mi conciencia llevarán eso a una situación de recuerdo. Ahora, lo que creí ver, ¿existió fuera de mí? ¿Lo vi de verdad? Son preguntas que no puedo resolver.**

En “El pudor de la historia”, Borges, que es la biblia del ateo, dice: “Los ojos ven lo que están acostumbrados a ver”. Recuerda que Tácito registra la crucifixión de Cristo. En los Anales dice que hay en Judea uno de los tantos mesías que se levantaron contra el poder de Roma, y que fueron clavados en un madero. Pero Tácito no ve que Cristo (al que ni siquiera menciona por su nombre) es Cristo: el que va a fundar dos mil años de historia futura.

Tácito nunca imaginó que en ese hecho minúsculo que él registraba sobre Judea se estaba fundando una religión que ha transformado al mundo hasta el día de hoy. Tácito está hablando de un caso más entre muchos, un caso de actualidad en su época (ya que en Judea florecían los mesías); no es un gran hecho histórico para él, sino uno más en el contexto de una serie muy larga.

Muchos años después de que Tácito registró esto, la imagen de Cristo tuvo un grupo pequeño de creyentes, y recién dos siglos más tarde se organizó la iglesia cristiana para tomar el poder en Roma. Desde que Tácito registra la crucifixión hasta que tenemos el Concilio de Nicea pasan doscientos sesenta años. Doscientos sesenta años es mucho.

A partir de la fundación oficial de la nueva religión, una de las primeras cosas que se hace con toda la información que se tenía de Cristo es depurar los hechos según la conveniencia de la nueva iglesia. Se dejaron solo cuatro evangelios (de las decenas que existía), pero aun así estos textos se contradicen entre sí.

Imaginemos la cantidad de otras fuentes que se quemaron. Se crea una religión basada en hechos improbables y que, además, se contradicen entre sí. Aun hoy no hay una sola prueba concreta de que Cristo haya existido.

Las certezas de la religión católica tienen la forma de la duda. Lo cual, por una parte, es un problema. Pero por otra, me parece bárbaro. El creyente sostiene que Cristo realmente existió, y que tal evangelio dice la verdad cuando cuenta que “Cristo estuvo tal día en tal lugar”. También le cree al otro evangelio, que dice que ese día estuvo en otro lugar. La contradicción está bien: si es dios puede hacer lo que quiera.

Lo que a Borges en “El pudor de la historia” le parece interesante es que Tácito no ve una cosa que para el cristianismo será fundacional: el hecho de que clavan a una persona llamada Jesús en una cruz de madera. Tácito lo registra, pero para él es solo un hecho más. Es como decir: “Hay un tipo que se llama Cristo y fue a tomar un café a Starbucks”.

Resulta, sin embargo, que ese hecho que le resulta insignificante a Tácito dentro de tres siglos fundará la religión de ir a Starbucks a tomar un café porque tal tipo lo hizo y se cree que esa es la puerta de entrada al Paraíso. Encima los evangelios (esto que escribimos nosotros que ahora estamos también tomando un café en Starbucks), no nos

ponemos de acuerdo sobre si ese Cristo pidió realmente un café o fue un té. O incluso si vino un tipo llamado Cristo.

Cuando registramos algo no estamos haciéndolo con sus consecuencias. Tácito no registra en su texto que ese tipo clavado en la cruz va a ser el hijo de dios. Porque en ese momento nadie en el mundo pensaba que este tipo lo era. Entonces, menos podía pensarlo Tácito.

Nosotros vimos la caída de las Torres Gemelas pero no sabemos bien qué fue lo que vimos. Quizás dentro de cuarenta años se hace una religión de los ángeles muertos en la caída de las Torres Gemelas que salva a la humanidad.

Supongamos que estallan diez centrales nucleares al mismo tiempo y entran en erupción los grandes volcanes: quedan mil humanos en el mundo. A uno de ellos sus abuelos le contaban de niño historias sobre las Torres Gemelas. Pasan cincuenta años y en medio de la catástrofe de las centrales nucleares y los volcanes nace la religión de las almas de las Torres Gemelas que vienen a fundar un nuevo mundo. Todo el mundo cree eso.

Este delirio que imagino tiene algo cierto: no podemos imaginar las consecuencias que tienen los relatos en los que creemos (a los que solemos llamar “hechos”). Como dice Borges, un hecho tiene infinitas consecuencias de las cuales nosotros vemos una o dos. Vemos un recorte. Hay gente muy inteligente que ve cinco o seis consecuencias. Pero la mayoría de las veces vemos una micropartícula de los hechos que presenciamos.

**El arte y la ciencia imaginan territorios futuros. Tanto en las artes visuales como en la literatura o en la física. Borges imagina futuro. Hoy leemos con ocho pantallas abiertas a la vez. Es una experiencia que se parece más a “El jardín de los senderos que se bifurcan” que a cualquier teoría sobre Internet. En “El Aleph” vemos, en un solo punto, las posibilidades de ver todos los lugares, todas las historias y todas las cosas del mundo al mismo tiempo.**

Mientras Internet siga creciendo, más posibilidades tenemos de que sea el Aleph de Borges. Un Aleph virtual y creado por los hombres.

El arte traza mapas de futuro. Lo hace a través de la literatura, el teatro, el cine, las artes visuales. Son mapas que en el futuro pueden ser recuperados por la sociedad.

Por ejemplo, cuando Heinrich Schliemann va y encuentra Troya siguiendo los datos que el mismo Homero da, está orientándose por un mapa de futuro escrito por Homero. Ahora están discutiendo si lo que descubrió Schliemann era Troya o no, pero lo cierto es que encontró una ciudad muy parecida de la que se habla en los libros.

Esto no quiere decir que los libros hagan un mapa clarísimo y que uno lee un libro de ciencia ficción del pasado y entra directamente al futuro. Pero ayuda a pensar futuros posibles aunque sepamos que no pueden existir en la realidad.

En *El hombre en el castillo*, de Philip Dick, Hitler gana la guerra y los Estados Unidos están divididos en tres partes: la costa este, que es alemana, que es todo *jazz* y drogas, es muy parecida a los Estados Unidos de la costa este tal cual eran en los años sesenta, la época en la que escribió Dick. Lo único que cambia es que hay un gobierno alemán.

La costa oeste, en cambio, es tecnología y pura marihuana, hipismo, viajes psicodélicos, gente que experimenta con hongos y que está manejada por los japoneses. O sea: la costa oeste tal como era en los sesenta, pero bajo gobierno japonés. En el medio viven los “estadounidenses puros”, que son todos imbéciles: matan al que piensa diferente y persiguen a los negros, que se tienen que exiliar en California; es decir, muy parecido a como es todo el centro de los actuales Estados Unidos. Philip Dick escribió ese libro en 1962 pero representa a los Estados Unidos de los setenta en adelante.

Otro ejemplo es *Blade runner*, la película de Ridley Scott basada en la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, también de Philip Dick. El libro es de 1968 y la película de 1982. La historia que cuenta anuncia el año 2019.

En esa película no la pegaron con las máquinas futuristas. Pero muchas de las experiencias que suceden allí, entre ellas la de interactuar con robots, son más o menos de nuestra época, al menos de lo que esta época pone en discusión. Ahí hay un mapa en el que se pensaban experiencias que nosotros podríamos tener hoy.

**A los romanos la religión les importaba un carajo. Por eso tenían quinientas ochenta religiones oficiales y, por eso mismo, no perseguían a nadie. Los imperios, a diferencia de las religiones monoteístas, son politeístas. Son abiertos, dejan que todo el mundo crea lo que se les canta. Lo único que las personas que viven en un imperio tienen que aceptar es el poder del Estado.**

El Estado cobraba un impuesto y te ponía ciertas normas. Definía los pesos y las medidas, y no podías poner otros pesos y medidas que ellos no aceptaran. Tampoco podías organizar tu familia a tu manera por fuera del derecho romano.

A partir de que aceptabas estas cosas, si después querías meterte un burro en el culo era cosa tuya. Si creías en un dios de ocho cabezas, también. Por supuesto, tenías que rendir culto al Rey Sol el día que correspondiera. Era un dios ecuménico que todos podían aceptar.

El cristianismo fue perseguido porque no lo aceptaba. Había quinientas ochenta religiones oficiales y una sola, el cristianismo, no quería someterse al Estado. Algunos pocos cristianos trataban de conciliar, en especial los nobles, que tomaban como esencial la supuesta frase de Cristo: “Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.

Significaba que si el César pedía acatamiento había que dárselo. Después uno, en la intimidad, algo que es un rasgo moderno, pensaba como quería.

Lo que ocurría era que el cristianismo quería ser imperial y manejar a toda la sociedad. No era que solo quisiera manifestarse: quería mandar. Desde su fundación trata de dominar todo lo que puede pero no puede hacerlo con todos los seres humanos. Para eso hubo que esperar mil ochocientos años.

Los marcos conceptuales que tenemos hoy para pensar el mundo han sido definidos a mediados del siglo XIX y principios del XX. Entre Nietzsche y Wittgenstein definieron casi todas las formas de pensar que tenemos hoy.

A lo mejor alguien en este momento está imaginando formas de pensar que están cambiando todo eso, pero no las conozco. Las que sabemos se han pensado en los últimos ciento cincuenta años, digamos hasta la Primera Guerra Mundial.

La filosofía hace la civilización. Sobre todo la occidental, que es la que colonizó al resto del mundo. Sin Platón y su idea de verdad –que termina en Nietzsche– no habría civilización tal como la conocemos. Como dice bien Alfred Whitehead: “Toda la filosofía occidental es una serie de notas al pie de página de los diálogos platónicos”. Pero además de Platón tenemos a Nietzsche.

El *Gorgias* es uno de los diálogos más brillantes de Platón. Gorgias niega todo lo que existe: es hipermoderno. Dice: “Nada existe, si algo existiera no podría ser pensado; si algo pudiera ser pensado no podría ser transmitido; si pudiera ser transmitido nadie lo entendería”. O sea: cuatro imposibilidades.

En ese diálogo de Platón, Sócrates se encuentra con Gorgias y quiere discutirle esas ideas. Obviamente, ese Sócrates ya es absolutamente platónico. No son sus ideas las que

argumentan sino que son, claramente, las de Platón. Él está tratando de fundar la verdad: el mundo sí existe y la verdad es la concordancia entre lo que yo pienso y el mundo tal cual es. Si lo que pienso está de acuerdo con el mundo, eso es verdadero. Si no, no.

Gorgias tiene su discípulo preferido, que se llama Polo. Todos los argumentos que da Polo son los que va a dar Nietzsche. ¡En ese diálogo Platón ya desarrolla la “genealogía de la moral” dos mil cuatrocientos años antes de Nietzsche! Dice: “El bien no existe. El bien es lo que los nobles y los poderosos decimos que es bueno. Y si los pobres no lo aceptan los matamos a golpes. Y está bien, porque nosotros tenemos la fuerza”.

El bien es la expresión de la fuerza en toda la sociedad. La justicia consiste en que los poderosos hagan lo que quieren, y está bien que sea así porque son los más sabios y los que ayudan a los pobres a vivir mejor. Lo dice brutalmente.

Nietzsche luego va a tamizar eso. Veinticuatro siglos después, sostendrá que las ideas morales son la expresión de la fuerza de los poderosos.

No hay ideas morales generadas por un dios; son la expresión de la fuerza y de la energía social. Esto ya lo dice Polo en el diálogo de Platón, y después habla de la verdad: “Si no hay mundo y no lo podemos conocer, ¿cómo va a haber verdad?”.

La sociedad, para tolerar el horror de vivir, construye una ficción y cree en ella. Es una discusión sobre la verdad y la mentira. Polo no solo discute la moral, sino también la idea de verdad. Y esta es la más importante de todas, porque sobre esto se funda la modernidad.

¿Qué sabemos gracias a la modernidad? Que no hay verdad. Es la famosa frase acerca de que “no existen hechos, solo las interpretaciones”, una frase que Nietzsche introduce en *La genealogía de la moral* para discutir sobre el resentimiento. Pero luego la transpola a la discusión metafísica. Lo que dice es que no hay verdad en la metafísica porque la humanidad no puede conocer el mundo verdaderamente.

**Lo único que posee la humanidad son ficciones. Es lo único que tenemos. Siempre. No hay forma de no tener ficciones porque el lenguaje es metafórico. Todas las palabras son metáforas, y las únicas que no recordamos que son metáforas es porque se han convertido en moneda tan gastada que olvidamos que “mesa” fue un poema alguna vez y que ahora la usamos como moneda de intercambio.**

Creemos que la moneda “mesa” no dice otra cosa que mesa. Pero la historia de cada término es la historia de una metáfora. Como trabajamos con metáforas y construimos ficciones, necesitamos creer que alguna de esas ficciones encarna alguna verdad. Entonces pensamos en las ficciones que tengan algún consenso, y a esas ficciones sobre las que hay consenso las llamamos “la realidad” o “lo verdadero”.

Con el tiempo cambian las ficciones, porque cada tanto viene la ciencia a desmentirlas. O vienen otros conocimientos, otras discusiones y otros debates culturales y la sociedad pasa a decir otras cosas.

Di una charla llamada “La verdad es mentira”. Comenzaba hablando, justamente, en una “verdad de hecho” que perduró cinco mil años en la sociedad occidental: es la que decía que la mujer debe ser subordinada al varón porque ella es un ser débil e irracional que no tiene capacidad de autogestión.

Durante milenios se creyó que las mujeres debían ser criadas por un padre que les impusiera rigor y límites; luego, si habían sido “bien educadas”, podían servir a un marido. Cuando hablaba estas cosas, el público que asistía a mi charla se reía. Yo decía: “Esto está en todos los manuales para las niñas casamenteras que se enseñaban hace solo ochenta años”.

En 1915 las mujeres de ninguna parte del mundo tenían derechos políticos. En casi ningún lugar podían siquiera votar. Hoy hay sesenta y cinco mujeres que han gobernado sus países, elegidas por voto popular. Ese cambio fue posible porque el paradigma nietzscheano comenzó a actuar hace un siglo y medio, y empezamos a cuestionar las verdades “de hecho”, las verdades “lógicas”, etc. Comenzamos a creer que las verdades son solo viejas metáforas que podemos sustituir por otras nuevas, que nos parecen mejores. Por ejemplo, que la mujer no es inferior al varón.

La filosofía logra, por distintos caminos, que el pensamiento innovador llegue a todas partes. Aunque parezca arcana, secreta y minoritaria, es como el agua de una lluvia por aspersión: termina filtrándose por todas partes.

El gran difusor de las ideas de Nietzsche, aunque no lo conoció, fue Oscar Wilde. Es común que siempre haya una alianza estratégica entre el arte y la filosofía. Wilde y Nietzsche son los padres de la modernidad posmoderna. Uno lee hoy a Wilde y siente que es nuestro contemporáneo.

Las vanguardias artísticas de comienzos del siglo XX y de los sesenta muestran dos grandes momentos de ese tipo de irrupción filosófica en el arte moderno. Casi todo lo que se produjo en esos años está basado en Andy Warhol y en Marcel Duchamp, que a su vez remiten a Nietzsche y Oscar Wilde.

Wilde, veinte años antes de que Duchamp hiciera nada, ya había inventado la vanguardia del siglo XX y el arte del siglo XXI. En *El crítico como artista* (y en toda la vida y obra de Wilde) están las ideas artísticas que van a revolucionar el siglo XX. No solo están ahí, sino que aparecen mejor explicadas, desarrolladas y fundamentadas. Es alucinante leer ese libro. Sucede lo mismo si uno lee *El alma del hombre bajo el socialismo*: comprende que Wilde fue un ser profético. Creo que Borges lo vio antes que nadie y quizás por eso, ya a los 9 años, tradujo *El príncipe feliz*. Siguió dialogando con Wilde hasta el final de su vida.

El padre de Borges era fanático de Oscar Wilde. También la abuela paterna, que es quien le enseña inglés. Hay un relato de Borges en su *Autobiografía*, que seguramente es un hecho falso –aunque es verdadero desde el punto de vista ideológico-cultural–, que dice que a los 6 años leyó una versión de *El Quijote* en inglés. Era una de esas versiones infantiles que se hacían sobre todo con monosílabos, para que los propios niños pudieran leerla. Borges dice (y esto es muy borgeano) que cuando a los 12 leyó el original de *El Quijote* en castellano le pareció una mala traducción. Es, obviamente, un chiste. Pero al mismo tiempo explica todo Borges y todo Wilde, y explica la cultura contemporánea.

Vlady Kociancich le contó a un amigo mío que Borges la llamó cuando estaba escribiendo esa *Autobiografía* para los Estados Unidos (la iba a publicar *The New Yorker*). Le contó: “¿Vos sabés que no me acuerdo cuál fue el primer libro que leí? Me piden que cite mi primer libro, y como no recuerdo estuve pensando, entre varios, cuál me puede hacer quedar mejor”. Ella le respondió que tenía que ser uno de Mark Twain, porque era para los lectores de los Estados Unidos. Así fue.

Los datos que Borges da no son los que valen demasiado la pena en cuanto a la veracidad biográfica. Lo fundamental es que con esa anécdota Borges nos muestra cuál es su concepto de la cultura, y nos la hace entender en una microhistoria.

Uno de los mejores lectores que tuvo Borges fue Michel Foucault. Foucault lee “El idioma analítico de John Wilkins” y se maravilla con la anécdota de la enciclopedia china inventada por Borges, que es absurda. En medio de un ensayo muy documentado, erudito, sobre un personaje que casi nadie conocía en el mundo moderno, como John Wilkins –un personaje que quería crear un idioma universal en el siglo XVII–, Borges inserta un hecho totalmente ficcional dándolo por cierto. Eso fascinó a Foucault.

Esta ficción borgeana en medio de un ensayo erudito sobre el lenguaje inspira a Foucault un libro: *Las palabras y las cosas*, un texto que será fundamental para el pensamiento posmoderno. A la vez, le enseñó que la filosofía no solo tiene que hablar de ideas, sino que tiene que contar historias.

El primer gran libro de Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, está lleno de microrrelatos. Desarrolla una idea y después agrega tres o cuatro historias que permiten ver el contexto en el cual esas ideas funcionan o están relacionadas. Es casi una novela filosófica.

En casi todos los libros de Foucault está el método borgeano. Yo creo que es uno de los grandes discípulos de Borges en ese aspecto. Por un lado, su maestro es Nietzsche, y por el otro, Borges, en el sentido de que aprende que a una idea hay que encarnarla.



**Empecé a poner la frase “Todo pasa” en Twitter a partir del anillo de Julio Grondona, quien fue el ex presidente de la AFA y un personaje muy popular desde los años setenta. “Todo pasa” remite a una frase de Heráclito, pero a la vez es un dicho popular, porque el personaje que la portaba era popular. Volvemos a la enseñanza borgeana.**

Borges me inició en que todo puede ser utilizado para poder pensar seriamente. Cuando habla sobre Dios, que asegura que todo es uno y uno es todo y se refiere a la esfera infinita, todas esas cuestiones que trata Pascal, Borges dice: “Mis amigos más cultos me dicen que Pascal les sirve para pensar, y a mí me parece una tontería porque para un cerebro entrenado en el pensamiento todo sirve para pensar”.

Me gusta tomar una frase de la Cicciolina, o de alguien que está discutiendo en un *talk show* para, a partir de ahí, invitar a pensar otras cosas. Hace unos años estaban todos hablando del “todo pasa” a causa del anillo de Julio Grondona, y me pareció que se podía tomar para poner en escena lo efímero. ¿Qué es lo efímero? ¡La vida es efímera!

Roland Barthes y Susan Sontag, cuando hablan de la fotografía, dicen que logra el milagro moderno que es hacer permanente un instante efímero.

La fotografía registra técnicamente una experiencia que jamás volveremos a vivir existencialmente, pero que podemos volver a ver. Congela ese instante al que nunca más vamos a volver. Pero tanto la fotografía como muchas otras experiencias nos hacen ver que no solo registran un instante que pasó: nos ayudan a pensar.

Todo instante, lo hayamos registrado o no, pasó indefectiblemente, y toda la vida que tenemos en el pasado es vida sobre la que fantaseamos. Nunca volvemos a tenerla.

Leí un reportaje a un neurobiólogo, ahora que los neurobiólogos son las grandes estrellas de los medios, en el que mostraba varios experimentos nuevos que están haciendo acerca de cómo registramos o recordamos los recuerdos.

No hay ninguna forma de que lo que nosotros recordemos no sea en gran parte ficcional. Tenemos montones de experiencias personales que si no estamos atentos no nos damos cuenta de que experimentamos. Yo noté que a veces recordaba cosas de una manera y después las recordaba de otra. ¿Cuál fue la verdadera “cosa”? Cosas que, por cierto, fueron muy potentes y estremecedoras para mí, como la muerte de mi padre.

La muerte de mi padre sucedió cuando yo tenía 9 años y ahora tengo 63. Ocurrió hace cincuenta y tres años. Recordaba algunas cosas de tal manera, pero hace unas dos décadas hablé con una tía que era de la misma edad de mis padres sobre esos recuerdos y me dijo: “Eso que recordás no pudo haber sido así. Fue de tal otra manera”.

Entonces decidimos hablar con otra “testigo” que vivió con ellos esa época; pero la tercera versión de los hechos no era ni la de mi tía (aunque era más cercana a esta versión) ni la mía. Como soy de dudar de todo, lo hice acerca de las tres versiones.

Hace unos cinco años me encontré con compañeros del colegio Nicolás Avellaneda. A algunos hacía cuarenta años que no los veía, desde que terminamos de cursar el secundario. Nos reunimos porque el colegio iba a poner en la puerta unas baldosas

conmemorativas de los compañeros que fueron desaparecidos o asesinados durante la Dictadura, de los cuales seis habían sido compañeros nuestros.

Después del acto nos fuimos juntos a tomar un café, empezamos a recordar cosas, ¡y era como si hubiéramos concurrido a colegios secundarios diferentes! Acordábamos en algunos detalles generales, pero a partir de los detalles y de las historias disentíamos en casi todo. Éramos siete personas que habíamos vivido siete vidas diferentes.

Un día de octubre o noviembre de 1971, que fue el último año en que cursé el secundario, salimos muchos alumnos del colegio y los de quinto año nos fuimos a divertir por ahí. Fue la única vez que me hice la rata en toda la cursada. Había otros que lo hacían varias veces por mes.

En la reunión conmemorativa charlamos sobre eso y otra vez ¡había siete historias de lo que hicimos ese día! De lo que hicimos y de adónde fuimos. El desacuerdo era total. Uno podría haber dicho que habíamos ido a Osaka a comer sushi y nadie se hubiera asombrado.

Se recuerda de manera ficcional. Traigo como ejemplo la forma de ver el mundo de mi tío Lito. Para él, no había cambiado después de 1960. Todos los cambios que hubo en el mundo habían sucedido desde que él nació, en 1920, hasta 1960. A partir de que cumplió 40, el mundo no cambió más. Entonces, iba por avenida Corrientes y llegaba a Florida, y a pesar de que veía que había un local de Burger King, él decía que era la esquina de Casa Mayorga, una marroquinería que ya no existe. Conocía todas las esquinas del Centro porteño según los negocios tradicionales que ya no estaban desde hacía años.

Me decía: “Te espero en la esquina de Ramus” y yo no sabía dónde era porque Ramus ya no existía hacía años. Le decía: “Bueno, tío, decime la esquina”, entonces él me citaba en “Suipacha y Corrientes: Casa Mondiale”. Yo iba a Suipacha y Corrientes porque la esquina sí seguía existiendo, aunque Casa Mondiale estuviera cerrada desde 1948.

Con el tiempo mi tío no solo erraba el nombre del comercio; también erraba la esquina. Me decía: “Casa Mondiale, de Corrientes y Suipacha”, y resultaba que Casa Mondiale había estado en otra esquina. Esto de recordar el pasado es un problema. No es infalible.

Cuando encontrás una foto de tu pasado, por más que lo hayas vivido y creas estar seguro de tus recuerdos, la memoria falla. Siempre reconstruimos, y no siempre reconstruimos lo mismo que la vez anterior.

A muchos nos pasó vivir de niños en una casa con un patio gigantesco. Pero si volvemos siendo adultos el patio se achica. Yo fui preso a los 20 años. Vivía en una casa de Palermo que, para mí, tenía un patio enorme. Esa casa, que primero fue de mis abuelos, después de mi mamá y se la quedaron mis tíos: o sea que estuvo noventa años en la familia porque mi abuelo la adquirió en la época de la Semana Trágica, en 1919.

En esa casa, en ese patio en el que me crié y que me parecía enorme, cuando fui a verlo de adulto noté que era un patio de 8 metros por 6. No es un patio gigantesco, aunque yo de niño tenía esa imagen.

Platón acuerda con Heráclito en que es imposible tener dos veces la misma experiencia. Todo el saber que nos proponen los sentidos es engañoso.

Por un lado, es imposible tener dos veces la misma experiencia. Por otro, Platón también acuerda con Protágoras en que el hombre es la medida de todas las cosas. Miramos todo desde lo humano. No podemos tener una objetividad por fuera de lo humano. Es más: no solo lo miramos desde lo humano, sino que lo miramos desde el momento en que lo miramos.

Agrega Platón: “El hombre que está sano, prueba un vino y le gusta; pero si tiene acidez estomacal es como una puñalada horrible”. El vino está bueno, todos los demás coinciden en eso, pero para el hombre enfermo está horrible.

El conocimiento que nos da el instante, el momento y los sentidos es engañoso porque luego será otra cosa y a la vez lo obtenemos solo desde un determinado lugar, no desde todo lugar posible. Siempre experimentamos desde una situación física y anecdótica que después puede cambiar.

Es por eso que Platón trata de buscar algo permanente y sale del mundo físico para ir al mundo de las ideas. Esa es su solución. Pero a la vez ese es el gran problema para la historia del pensamiento. ¿Cómo podemos saber algo si la experiencia no nos da nada permanente? Lo permanente para el hombre es la no permanencia.

**El futuro tiene la forma de lo monstruoso porque es lo imposible de conocer. El pasado es diferente. Con el pasado podemos tener acuerdos. Todos los tenemos. Con mis compañeros de secundaria podemos acordar que todos fuimos al Nicolás Avellaneda.**

Después discutimos el cómo. Pero es en esa discusión donde nos damos cuenta de que vivimos de manera diferente cada día en común, aun cuando haya acuerdos básicos.

Sobre el futuro no hay acuerdo alguno que podamos tener porque realmente no hay nada. El futuro es la nada. Es lo que vamos a escribir sin saber cómo. Podemos imaginar y dejar que ocurra. Pero en ese momento el futuro ya será pasado. Lo único que vamos a poder hacer es verificar si algo de lo que imaginamos se cumplió o no.

El futuro tiene la imagen de lo monstruoso, y por eso genera un poco de miedo hasta en el más optimista. Hay un pánico frente al porvenir.

Hay algo que sí sabemos del futuro: nos da pánico. Hacia adelante solo nos quedan dos cosas: morirnos o envejecer. Si envejecemos mucho, eso también nos produce pánico.

Ese futuro que nos espera no es nunca agradable. En algún momento vamos a ser viejos. Muchos jóvenes creen que la vejez es una enfermedad que nunca les va a tocar. Que nunca van a llegar a ser viejos. Es muy posible que alguna vez eso se retarde, pero hoy no es lo que sucede.

Entonces, aunque lo niegues, lo más probable es que envejecas. Y la vejez, con todo lo positivo que pueda tener, es siempre una disminución. Para empezar, del poderío físico y mental, y las limitaciones físicas te causan dolor real.

Ahora, a los 60, cada vez que me quiero agachar me quedo duro. Eso me da bronca. ¿Cómo puede ser que yo no pueda agarrar el zapato para ponérmelo? Esas limitaciones las vivimos como humillantes. Sin embargo, así como la vida futura nos da temores también nos permite apreciar y hasta disfrutar de cosas que antes no valorábamos.

Tener hoy una charla con amigos tiene un nivel de placer, una carga de energía positiva que no tenía cuando era un adolescente. A esa edad, todos los días descubría cosas nuevas y era lógico que no me diera cuenta de que estaba descubriendo el mundo. En cambio, ahora hasta lo más pequeño es tan valioso como un diamante. Cuando envejecemos sabemos que cada cosa que vemos o disfrutamos puede ser lo último que disfrutemos o veamos.

Todo pasa, es cierto. La vida por delante nos desafía porque objetivamente nos espera la muerte, el envejecimiento, el sufrimiento. Pero también nos esperan muchos descubrimientos positivos. Hay que entender que nos vamos preparando para morir pero que eso puede ser incluso alegre.

El pasado me parece más frondoso que el futuro ya que es un espacio mental del que se puede aprender mucho. Aprender siempre implica saber cambiar algo que nos han transmitido erróneamente y que hemos aceptado. Muchos de los errores que cometemos en el presente vienen de una mala idea que aceptamos en el pasado. Ideas negativas.

Creo que el mejor ejemplo de las temporalidades futuras, presentes y pasadas es la *Divina Comedia*. Nuestro pasado funciona como el Infierno de Dante. El presente es el Purgatorio, que es lo más aburrido, lo más gris de todo ese poema inmenso. En el futuro está el Paraíso: el lugar en el que podemos situar nuestro deseo. Por algo Dante no puede entrar al Paraíso con Virgilio, que es el gran poeta del Pasado. Necesita como guía para el Futuro de una ayuda angélica, la de Beatriz: ella (que ya murió, que conoce la muerte) le permite imaginar un futuro que solo existe en el deseo.

No es casual que lo más interesante que tiene la *Divina Comedia* sea el Infierno; es decir, el pasado. Nos muestra que se castiga a los adúlteros, pero a la vez los deja juntos porque el amor es tan fuerte que hasta limpia el pecado, como se ve en la historia de Paolo y Francesca. A pesar de que los amantes están condenados a sufrir por toda la eternidad se les permite sufrir juntos, verse (por toda la eternidad).

Toda esa riqueza que tiene el Infierno de la *Divina Comedia* no está en los otros cantos del poema. Hay algunos versos maravillosos en el Paraíso y en el Purgatorio, es cierto. Pero el presente es la parte más burocrática de la vida y también de la *Divina Comedia*.

Es difícil vivir en el presente. Sentimos que es muy difícil ser contemporáneo de uno mismo. No nos damos cuenta de que vivimos en un presente, y tampoco nos damos cuenta de que la cultura del presente nos enloquece. Por eso vemos las puntas que tiran de esta cultura enajenante hacia el futuro o hacia la historia, que nos conecta con el pasado.

Pero el presente, que es lo único que realmente existe, es lo más difícil de asir: es el tormento insoportable de lo cotidiano.

**Hace tiempo, al tuitear sobre el amor, recordé un curso que dicté hace más de veinte años sobre cómo se construyó, en Occidente, la idea del amor apasionado y también sobre cómo surgió la idea de la masculinidad.**

En ese curso yo insistía en dos momentos clave de la cultura occidental: uno de ellos se centra en el instante cenital en el que descubrimos que la supuesta literatura superficial de Oscar Wilde nos enseña a pensar críticamente, y el otro remite al análisis que hace Denis de Rougemont en un texto, quizás ya anticuado, pero fundante de una visión crítica de la Historia: *El amor y Occidente*.

De Rougemont era un tipo que venía de la escuela de los Anales, que escribió en la década del treinta y luego fue rescatado por los *hippies* en los años sesenta. Su tema es la invención del amor, y lo que hace es demostrar que el amor como pasión (no el afecto filial, la ternura o la amistad) no es una idea original de Occidente ni es perpetua en la historia, sino que es algo que llegó a la cultura medieval (entre el siglo XI y el XII) desde afuera. Desde el exterior absoluto: desde China, traído por los árabes.

El tema de la reflexión de De Rougemont es el enamoramiento; el amor pasión. En su gran libro, estudia hitos esenciales de la literatura amorosa, como la poesía provenzal, *Tristán e Isolda* o *Romeo y Julieta*. Y dice que una de las características de este amor apasionado es que no puede ser matrimonial, es decir que no puede ser gobernado por la costumbre. Porque en ese caso se rebajaría a lo habitual y desembocaría en un final trágico, que va desde la muerte de los amantes hasta la muerte del amor. Recordemos que Tristán, Isolda, Romeo y Julieta mueren.

En el fondo, el amor apasionado es imposible. Lleva a la muerte o a la separación del amado que, para el enamorado, es de algún modo la muerte. Para el enamorado el amor es todo. Por lo tanto, sin amor siente la muerte.

Lo que hace De Rougemont es recordar que ese tipo de amor no existió en Occidente hasta el siglo XI o XII. En los pocos registros antiguos que tenemos sobre la pasión amorosa, que son los de la literatura grecolatina y la medieval temprana, vemos que el amor era una forma de locura. Incluso en el derecho romano se estipulaba que si una persona se enamora de otra se debía considerar que había adquirido una discapacidad para manejar su patrimonio.

Hubo casos en que las familias querían sacarle el poder patrimonial al padre porque se había enamorado de este chico o de aquella prostituta. Si se demostraba que estaba enamorado, o sea, enfermo, se le sacaba la administración de la propiedad y se la cedía a los hijos.

En la Roma imperial había dos causales por las que un *pater familias* podía perder el patrimonio. Una era el enamoramiento. La otra, la práctica del *cunnilingus*, que describe el sexo oral que se le da a una mujer. Esta práctica era considerada el máximo grado de locura, era la degradación total de una persona de bien. Pero para probar que un varón libre y con patrimonio había “caído” en la “aberración” del *cunnilingus* se debía contar con al menos dos testigos que lo acreditaran.

Los romanos (siguiendo la costumbre de los pueblos mediterráneos de la época) no dividían las sexualidades según el sexo del objeto del deseo. Quizás, en parte, porque en el mundo antiguo no se consideraba que la mujer poseyera una sexualidad diferente del varón, sino que era, de una manera que hoy nos resulta extraña, una especie de varón fallado. La diferencia sexual en el mundo mediterráneo se establecía según las prácticas y el poder. Por eso se dividían en activas y pasivas.

Se consideraba lógico que un esclavo o un joven libre practicara una *fellatio* o tuviera un papel pasivo con un varón rico o un amo. Pero se valoraba muy negativamente que sucediera al contrario. Para el mundo mediterráneo el placer sexual se obtenía por poder y no se consideraba placentero “someterse” al deseo de otro. Por eso, el *cunnilingus* practicado por un varón rico era visto como el colmo de la perversión: el más poderoso que se interesaba en darle placer a lo menos poderoso de la sociedad (la mujer) era solo comprensible como enajenación.

El cristianismo mezcló las dos formas de censura sexual. Una es la clásica romana (pasivo-activo), y la otra es la cristiana misma, que castiga toda sexualidad no reproductiva (y por eso considera que lo peor es practicarla entre personas del mismo sexo, ya que de allí jamás se llega a la reproducción, pero también condena la sodomía entre personas de distinto sexo o cualquier práctica “meramente” placentera). Dios creó el sexo solo para reproducirse.

En ese régimen conceptual el pasivo es visto como el más corrupto porque es, en su pasividad, el que permite que se cometa el pecado. Es el que deja hacer y el que, además, goza sufriendo, y lo hace de manera innoble. Esto, para los romanos, era una práctica sexual terrible porque se consideraba que una persona solo gozaba activamente.

El varón que hacía que le practicaran una *fellatio* o penetraba a otra persona realizaba, en el mundo mediterráneo, un “acto sexual correcto”. Por eso también estaba aceptado que el noble y rico fuera activo con cualquier objeto sexual: podía penetrar a una mujer, un niño, un varón adulto plebeyo y rico, un esclavo varón; no importaba el sexo sino la posición social.

Imaginemos lo que ocurría en Roma si un noble, que tenía un matrimonio con una mujer noble (entregada como prenda de alianza social por una familia patricia, y que era, por lo tanto, lo máximo de la escala social) fuese sorprendido haciéndole sexo oral a una prostituta, que tal vez fuera esclava o una plebeya pobre, es decir, lo más ínfimo de la sociedad. Esa situación, en el mundo romano, era la prueba de que ese individuo desvariaba: no se lo consideraba digno de manejar su patrimonio y de merecer todos los privilegios que este le daba.

En *El amor y Occidente* se muestra que el amor de la época clásica, anterior al año 1100, siempre fue visto como una enfermedad. No como una enfermedad insignificante, sino como una enfermedad grave. Era un cuadro patológico equivalente a la moderna esquizofrenia.

A partir del año 1100, en las cortes de la Francia provenzal o del norte de Italia (que por entonces era la región más desarrollada), los poetas comienzan a hablar positivamente del amor. Esta idea nueva viene de China, según De Rougemont. Llega a

Europa a través de los árabes, que ya hacía siglos dominaban plenamente Andalucía y Sicilia, además de tener contactos permanentes con el resto de las cortes cristianas. Lo que demuestra De Rougemont es que la poesía de Dante y de Petrarca, que son los grandes poetas del amor, se inspira en la poesía árabe que ve el amor en el sentido positivo, al modo chino.

Los que somos foucaultianos o nietzscheanos sabemos que las ideas nacen en algún momento y que en algún momento mueren, y que cosas que nos parecen eternas, que creemos que están desde siempre, solo tienen una tradición de veinte años o a lo sumo un milenio (pero con decenas de cambios esenciales). Por eso, cuando leí el libro de De Rougemont me fascinó comprender que el amor es un cuento chino.

En Oscar Wilde también descubrí una mirada irónica sobre el amor, similar a la de De Rougemont, aunque Wilde se reserva siempre la ironía para el amor matrimonial. Tal vez se riera de su propio matrimonio (a pesar de que sentía ternura por su esposa).

En su obra de teatro *Una mujer sin importancia*, el personaje de Lord Illingworth dice que el amor es una mentira y que la gran diferencia entre el amor eterno y el capricho momentáneo es que el capricho dura más. Una dama rica que lo está escuchando le recuerda que “en el libro de la vida” (es decir, en La Biblia) se lee que la historia de la humanidad comienza con un hombre y una mujer en el Paraíso. Lord Illingworth remata la conversación diciendo: “Pero termina en el Apocalipsis”.

Cuando Oscar Wilde fue preso en 1895 su mundo se destruye. No solo es maltratado espiritualmente sino que sufre aislamiento total y un trato brutal. Entonces la ironía desaparece de su obra y alcanza una sabiduría que está más allá de la inteligencia brillante en la que se había destacado.

Hoy no se tiene idea de lo que fue Oscar Wilde en el siglo XIX. Wilde era una figura tan popular a nivel internacional que mezclaba la fama actual de Los Beatles, Charly García, Borges, Marta Minujín, Madonna, Warhol, Maradona y Tinelli. Todo eso junto, y tomándolos en la época de máxima fama de cada uno de ellos. Era el centro del mundo.

En ese momento del siglo XIX, lo más popular y, a la vez, lo más prestigioso era el teatro. En el momento en que Wilde va preso los cuatro teatros más importantes de Londres tenían en cartel cuatro obras de Wilde con todas las localidades vendidas ¡por un año!

Wilde era una celebridad absoluta: hoy, de estar en la TV, tendría 108 puntos de rating. A tal punto era famoso que el día que va preso, el diario porteño *La Nación* publica la noticia en primera plana, a pesar de que el uso del cable para mandar noticias entre Londres y Buenos Aires era carísimo.

*La Nación* usaba ese cable con cuentagotas y siempre era para consignar las dos o tres noticias más importantes de Europa. Pero ese día la noticia más importante del diario fue que Wilde había ido preso.

Empieza el juicio a Wilde. Durante varios días se dan las noticias de las novedades, hasta que un día aparece la noticia de que Wilde está siendo juzgado por “indecencia”. Es por mantener una relación con Alfred Douglas, que había sido denunciada por el

padre de Alfred, que era Lord. Entonces, el diario comienza a achicar el espacio que le dedica a Wilde, hasta que desaparece el nombre del escritor inglés y se mantiene así durante décadas. Lo mismo estaba sucediendo en todo el planeta.

En prisión, Wilde solo escribió un texto importante y comenzó a pensar en otro, su mejor poema, que lo termina en libertad. Uno, el que escribe en la cárcel, es una carta a su amante, Alfred Douglas, que hoy conocemos como *De profundis*, donde se convierte a una especie de cristianismo ascético inspirado en los primeros cristianos, y donde hay una reivindicación del amor fraterno, es decir, del ágape y no del eros, del amor clásico, griego, sin pasión: la amistad.

Reivindica el amor, pero no el amor erótico o sexual. Habla de una amistad apasionada que él, Wilde, siempre tuvo hacia Alfred, pero que –le reprocha– Alfred jamás le demostró. También dice que el dolor nos hace sabios. En circunstancias tremendas Wilde entendió que el dolor hace ver cosas que sin él no se pueden ver.

La otra visión nueva que tiene del amor la obtiene al pensar desde el punto de vista de otro preso que conoció en la cárcel de Reading. A este detenido lo iban a colgar en la horca porque mató a su mujer. Pensando en ese preso, y desde la mente de ese preso, escribe *Balada de la cárcel de Reading*, que es la única poesía de Oscar Wilde que a mí me parece maravillosa.

En la *Balada de la cárcel de Reading*, deja de lado totalmente la ironía. El poema nos enfrenta a una tragedia y nos interroga sobre ella: ¿quién puede entender al que mata enloquecido por amor? Hoy es un tema aún más difícil de pensar que en la época de Wilde porque hoy esta cuestión trágica está cargada de disputa social y política.

Además, Wilde también cuestiona la pena de muerte. Se adelanta setenta años al Truman Capote que escribirá *A sangre fría*. ¿No son más crueles y más siniestros la sociedad y el Estado que van a matar a este hombre que el hombre que mató a su amada? Ese hombre ya mató, y lo hizo en caliente. Hoy lo llamaríamos feminicidio; hace más de ciento diez años, Wilde lo muestra como una tragedia. El asesino quiso a su amante y la mató en un momento terrible, enceguecido. Ahora la sociedad va a matarlo con frialdad, “para compensar”. ¿Qué es peor?

Es en la balada donde Wilde pronuncia una de sus frases más célebres. Nos hace saber que todos matamos lo que amamos: “El cobarde con un beso, el valiente con una espada”. Pero el amor no sobrevive nunca: está hecho para morir. Wilde ya no ironiza con el amor. Nunca fue un cínico. Le interesaba el cinismo griego y no el cinismo moderno, que es cruel.

El cinismo griego consiste en ser como los perros. El perro no ve los oropeles con que la sociedad nos compra. Es un cinismo de los placeres. Pero ese cinismo, que era una apuesta crítica radical ante la mentira social, ha desaparecido. Hace poco más de un siglo y medio surgió el cinismo moderno, que pasó a ser el cinismo de los oropeles. Hay una frase de Wilde sobre el cínico moderno que dice que este sabe el precio de todo pero el valor de nada.

Borges, al que le encantaba Wilde, no tiene mucho interés en el amor. En “El Aleph”, por ejemplo, se trata de un deseo necrofilico (ama a la muerta) y fetichista (necesita ir a

la casa en la que vivió ella para cargarse eróticamente). Ese deseo necrofilico y fetichista se expresa en la masturbación, pero no es amor.

Al describir lo que ve en el Aleph, el narrador dice que ve, entre muchas otras cosas, una cama, y que en esa cama no había nadie: es la del cuarto del narrador (que ahora no está allí, por eso no ve a nadie), y es la cama en la que se masturba pensando en Beatriz. Ahí comprende que Carlos Argentino Daneri lo vio masturbarse como también vio que él no había realizado la gestión que le había solicitado (y que, por eso, no le pidió explicaciones de por qué no la concretó). También ve las cartas obscenas de la muerta que ella intercambiaba con Carlos Argentino Daneri. Él detesta a Carlos Argentino, pero va a su casa año tras año para poder estar donde ella estuvo. No había Internet en la época que narra “El Aleph”; y al no poder ver un video de Beatriz para pajearse, visita a Daneri para estar en la casa de ella, como haría un verdadero fetichista.

En Borges siempre que aparece el deseo lo hace como una forma de la perversión. Por ejemplo, en “La intrusa”, donde hay una relación gay entre los dos hermanos. Pero como no pueden tener una relación sexual entre ellos porque les resulta incestuosa, los dos se acuestan con la misma mujer. Borges no lo dice explícitamente, solo lo sugiere, de manera ladina.

Eso es lo que da a entender claramente la película de Carlos Christensen en su versión de *La intrusa* de 1979. Esta película le dio mucha bronca a Borges porque para él la relación entre los hermanos no debía hacerse explícita. Incluso, negaba que estuviera aunque fuera de manera sugerida. En Borges lo erótico siempre funciona así. Se resuelve por la perversión.

Otro ejemplo del erotismo en Borges: “Emma Zunz”. En el cuento, la protagonista Emma Zunz se hace violar por un marinero. Lo incita para después poder matar a quien ella cree que es culpable de la muerte de su padre y acusarlo de haberla violado.

En el momento en que Borges escribe “Emma Zunz” está traduciendo “La humillación de los Northmore”, de Henry James, que es un cuento relativamente largo. La voz que narra la historia es la viuda de un hombre famoso, que vive elogiando la inteligencia de su esposo y denostando lo mal que lo tratan sus ex camaradas en la Cámara de los Lores. Como le creemos a la voz que narra no nos damos cuenta de que está equivocada (o loca). En realidad su marido fue un mediocre, no dejó nada memorable (por eso sus camaradas no conservaron nada de él, ni cartas ni discursos). Al final del relato comprendemos que nos dejamos engañar.

Creo que Borges se inspiró en esa narración de Henry James para construir el relato de “Emma Zunz”. En “Emma Zunz” nosotros también le creemos a la protagonista: el tipo que ella acusa y al que decide asesinar era una pésima persona y fue el culpable del suicidio de su padre. Aceptamos que ella lo mate como una forma de justicia. Pero lo cierto es que lo único que conocemos es la versión de Emma. ¿Y si ella estuviera errada (o loca) como la viuda Northmore en el cuento de James?

Enrique Pezzoni decía en sus clases que en “Emma Zunz” estaba el Borges más íntimo. En el cuento, Borges va de la tercera a la primera persona, y en un momento dice: “Tengo para mí que ella...”. Pero Pezzoni dice que eso que narra como propio de

Emma es lo que a Borges le estaba pasando y lo que él sentía: que el sexo es algo monstruoso. Cuando Emma tiene sexo con el marinero, Borges escribe: “Pensó (no pudo no pensar) que su padre le había hecho a su madre la cosa horrible que ahora a ella le hacían”.

En “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” expresa el mismo sentimiento de repulsión sexual cuando dice que “los espejos y la cópula son abominables porque multiplican a las personas” (frase que ya había incluido en el relato “El tintorero enmascarado Hákim de Merv”, en *Historia universal de la infamia*).

Al amor lo destruye la realidad. Mi visión del amor es lacaniana. Si es que entiendo a Lacan. El enamorado encuentra en el otro un reflejo de lo mejor de sí mismo, y queda fascinado viéndose a sí mismo, al fantasma de sí que ama (en el otro usado como espejo). Pero en un momento –sea por lo que fuere, esa situación se produce siempre– el espejo (que el otro es) cae. En la vida de relación, si no ha sido recreada, ese espejo desaparece y veo al otro tal como es. Y el otro me decepciona, me causa repulsión, me causa daño: no soy yo tal como me gusta verme.

Aunque puedo querer al otro –porque en la relación que ahora se acaba me llevé bien con esa persona–, ese otro ya no es el fantasma de mí que amaba en él.

El amor es muy narcisista. Por eso lo que me importa a mí es crear con otras personas una gran relación de amistad y de confianza que puede incluir o no al erotismo. Solo sobre esa plataforma se puede fundar el amor (fraterno, tierno, no pasional y casi nunca erótico).

También soy nietzscheano y creo que es un gran error basar en un capricho que no dura nada, como es el amor apasionado, una institución sólida como el matrimonio, ese contrato por el que se unen dos personas para luchar juntas, resistiendo los embates de la sociedad. El matrimonio tiene sentido (social). El amor es un capricho (asocial).

Ninguna persona funda una sociedad económica porque se enamoró de otra. No se puede fundar el matrimonio sobre esa idiosincrasia efímera. Debería fundarse sobre algo más sabio.

El ideal romano era mucho más sabio que el capricho de casarse enamorado, porque consistía en intentar quererse, respetarse, ser amigos luego de estar casados durante diez años o más.

Cuando los presentaban, los novios por lo general no se conocían. Salvo que fuesen muy ricos, dado que como había pocas familias ricas se conocían todos. Pero por lo general los miembros de la alta burguesía romana no se conocían entre sí porque a veces vivían en ciudades distintas.

Entonces la idea era que se conocieran, se quisiesen y se llevaran bien, y que recién comprendiesen que eran una sociedad inquebrantable, basada también en el afecto, luego de transcurrido mucho tiempo desde que aceptaron irse a vivir juntos.

Imaginemos: si para ellos el amor era una locura, no podían ni pensar en fundar una familia sobre esa idea. Habría sido montar una locura sobre otra.

La etapa de transición cultural en la que estamos ahora nos lleva a hacer generar muchas cosas nuevas mientras abandonamos otras que estuvieron en nuestra cultura

durante algunos siglos. La idea del amor como algo importante está cambiando. Incide menos el amor en la conformación de la pareja moderna. Está la idea, eso persiste, pero dura cada vez menos.

A mediados del siglo pasado la conformación de la pareja era un mandato más fuerte, sobre todo en las clases altas. Lo que veo en este momento es que hay una especulación cada vez más social en la búsqueda de la pareja matrimonial. Se busca la compatibilidad de intereses, se imagina con más racionalidad cómo va a ser la vida juntos.

Antes el enamoramiento no actuaba por compatibilidad, por encontrar en el otro cosas similares a las de uno, sino por encontrar cosas muy distintas de las que uno tenía. Hasta nos gustaba de los otros que tuvieran lo que nosotros no teníamos. Ahora buscar a un semejante es la experiencia contraria. Es algo racional que no tiene que ver con el enamoramiento sino con el consumo.

Cuando buscás una pareja por similitud de un modo racional, sospechás todo. Tenés que ver si no te están mintiendo. Es como buscarse un trabajo.

El amor es destructivo. ¿De qué manera se destruye uno mismo en esa cosa destructiva que es el amor? Me parece que los varones creen más en el amor que las mujeres. Me refiero a hombres jóvenes, menores de 25 años. Ellos creen en eso, en que van a tener un amor verdadero porque para ellos existe. Mientras tanto, antes de casarse “para siempre”, hay que “garcharse a todas las minas” porque todas les parecen lindas “y putas”. La mentalidad del varón joven de clase media es como una fiesta nocturna eterna.

Creen que el amor verdadero ya va a llegar. Pero lo cierto es que, en la mayoría de los casos, eso no sucede. La prueba está en que el 60% de los matrimonios se divorcian antes de los diez años, y muy pocos duran más de veinte.

Al llegar a los veinte años de matrimonio algo pasa, sobre todo en los hombres. La mayoría de los varones quiere empezar de nuevo. Ya no hay enamoramiento en un matrimonio de veinte años. Sí puede haber amistad. Hay una aceptación de que esto es lo mejor que le puede pasar para combatir la soledad. Pero también sienten que por miedo a quedarse solos tienen que aceptar una dosis gigantesca de aburrimiento.

La búsqueda del amor es como la búsqueda de un Paraíso portátil. Cuando se da es una satisfacción inesperada, como heredar mil millones de dólares de un tío que nunca viste y conseguir de la nada todo el poder absoluto en lo material. El amor es lo mismo, pero en el sentido del poder espiritual. Te enloquece, te conmueve, te enfermás.

Cuando eso queda atrás hay una decepción muy fuerte. No solo con la persona que fue amada apasionadamente sino con la idea misma del amor. Es que no hay una buena educación para el amor.

Cuando somos niños nos hablan de la princesa dormida a la que vamos a despertar con un beso, o que va a llegar el Príncipe Azul. Pero cuando uno se ha enamorado y ve que un día pierde ese enamoramiento, se experimenta algo muy desagradable.

Hay personas que aceptan muchos enamoramientos y siguen esperando el próximo. Pero el primer desenamoramiento es muy traumático. Uno se pregunta, pero ¿cómo?, ¿esto no iba a ser para siempre? Es como enterarte de que los Reyes Magos son los

padres.

La mayoría de la gente no está capacitada para pensar que el amor es algo construido socialmente, que no es una cosa eterna, pero que, sin embargo, fuimos educados para enamorarnos eternamente. Para mucha gente el fin del amor es una catástrofe porque es la destrucción del único Paraíso que esperaba habitar en vida. Pero si las personas son capaces de racionalizar esto, comprenderán que el fin del amor no es un drama mayor.

Hay que entender que el enamoramiento es breve, no es más que un flash, un flechazo. Por algo Cupido representa el amor con una flecha.

**Muchos varones se enamoran de mujeres que pertenecen a grupos sociales inferiores al de ellos. No solo eso: son mayoría los que suelen formar sus parejas estables de esta manera. En cambio, no he visto muchos casos de mujeres que se enamoren de hombres socialmente inferiores a ellas.**

La mujer suele tener una especie de brújula social incorporada al cerebro que le permite siempre elegir varones socialmente mejor ubicados que ella (o, como mínimo, del mismo grupo social).

No conozco un solo caso en el que la mujer sea bastante rica, que posea varios millones de dólares, y que elija como pareja a un hombre que no tiene dinero ni figuración social.

Matar por amor, no poder desprenderse de la persona que alguna vez te tuvo cariño, escribir tuits contra los ex, denunciar que no te quieren más. Relaciono toda esa conducta tóxica (que es muy habitual en las redes sociales y en la calle) con la vieja idea del amor como una pertenencia. Esperar que vuelva alguien que no te quiere es absurdo desde el punto de vista racional (y nocivo desde el punto de vista emocional).

Si alguien dice que no te quiere más y se va, no va a volver a quererte porque quieras que vuelva. Es muy difícil (no sé si es posible en nuestra cultura) separar la idea del amor de la de propiedad; es decir, sentir que la persona que uno ama no es de uno.

La idea de amor es una expresión extrema del narcisismo: yo me enamoro de mí en otro. En el amor está menos presente el otro que yo.

Cuando el amado se va, no lo soportamos porque lo que se está yendo es lo que más queremos de nosotros. Si el otro se va no solo pierdo mi patrimonio, que es él: se está llevando algo de mí que yo deposité en él. No se lleva solo lo que tengo sino también lo que soy. Me está robando mi ser, no solo mi juguete.

Si el enamoramiento está cayendo es posible que lo que sienta es que me están sacando ese juguete que era mío. Pero determinar el límite entre yo y mi objeto de amor es algo muy difícil.

**El cínico es un desvalido intelectual y afectivo en grado extremo. No es raro que el cínico sea inteligente; incluso, brillante. La conciencia de su propia inteligencia lleva al cínico a colocarse por encima de todo.**

Es común que el cínico considere que todos los demás son nada (en comparación con él) y, además, su discurso público se construye en la afirmación de esa creencia: “Los demás son nada”. Lo piensa y lo dice.

El cínico moderno es un desvalido amoroso. Para sentirse valioso desvaloriza al resto del planeta. Pero esta conducta cínica nace, justamente, de que el cínico siente que nadie lo quiere. Y no se equivoca.

El cínico habla de sexo; nunca de amor. Mucho menos se refiere a las afectividades horizontales, como la fraternidad o la amistad. En el cinismo moderno solo se valoran las relaciones de dominio.

El cinismo es una droga que no tiene antídoto: una vez que se la prueba es casi imposible de abandonar. La droga del cinismo es tan poderosa que embota la razón: la mayoría de los cínicos no se da cuenta de que es cínica. Es más: muchos cínicos creen que los cínicos son las personas que a ellos les caen mal; en especial si esas personas suelen usar el pensamiento más incompatible con el cinismo: la ironía.

Mucha gente confunde cinismo con ironía, pero son justamente dos polos contrarios del pensamiento. La ironía es el arte de salirse de uno y verse desde una mirada crítica. El cinismo es la estrategia de desvalorizar todo lo que el otro posea para poder destruirlo con la ayuda de una audiencia proclive a aplaudir al que demuestra poder social. Por eso Oscar Wilde dice: “El cínico sabe el precio de todo y el valor de nada”. Usa todo, no importa lo sagrado que algo sea como arma de destrucción del otro. El cínico solo cree en ganar. Y en que esa ganancia le dé prestigio social.

No conozco casos de cínicos recuperados. Conocí personas que a los 30 eran cínicos y a los 65 seguían siéndolo. Creo que el cinismo ofrece alguna forma de placer intenso y que, además, es un buen sustituto para la falta radical de afecto que el cínico siente como una puñalada incesante. Esa mezcla de placer y de antidepresivo ante la falta de amor hace que el cinismo sea infalible como droga.

Otra droga, quizás tan poderosa como el cinismo, es la nicotina. Dicen los toxicólogos que es más adictiva que la heroína o que el paco. No probé paco ni heroína, pero fumé tabaco mucho tiempo y dejar de hacerlo fue para mí una experiencia terriblemente difícil.

Las tres veces que dejé de fumar sufrí mucho y dos veces volví en busca del cigarrillo, aunque cada una de esas dos veces estuve más de un año sin fumar. Ahora ya hace veinte años que no fumo y me molesta incluso oler un cigarrillo a varios metros de donde estoy. Pero recuerdo siempre lo complicado y aterrador que fue dejar de fumar.

Creo que es muy difícil que vuelva a fumar porque hasta detesto oler humo de cigarrillo, incluso a cielo abierto en la calle. Pero cuando recién dejé de fumar, durante muchos meses, sentía cada minuto de cada hora que la vida no tenía ningún sentido. Sentía que yo podía vivir sin fumar, pero me preguntaba todo el tiempo ¿esto es vida?

Creo que al dejar la nicotina definitivamente hace veinte años sufrí una depresión fuerte. Fue una experiencia horrible: estuve unos meses viviendo sin deseo de estar vivo. Tuve que atravesar eso para poder seguir viviendo sin desear fumar. Lo logré, pero fue muy difícil.

Twitter está lleno de cínicos. Cuando yo comencé a tuitear me costaba mucho comprender que si quería permanecer allí debía entender el ambiente de violencia en el que me había metido. Incluso, al principio, me resultaba difícil tuitear sin los moduladores: “me parece que”, “creo que”, “en mi opinión”. Me negaba a afirmar rotundamente algo, pero Twitter te exige que cada frase sea una afirmación rotunda. Desconoce la duda, la afirmación de la creencia, de lo inestable.

El problema era (y sigue siendo para mí) que tengo una mentalidad irónica; por lo tanto, dudo. Nunca sé si algo es de tal manera o no: lo digo y luego pienso lo contrario o algo diferente de lo que afirmé antes. Por el contrario, el cínico no duda. En especial no duda de lo que cree sobre los demás. El cínico descalifica a los que detesta sin drama: si él detesta a esas personas es que no valen la pena.

Michel Houellebecq es un escritor cínico y puede servir de modelo (un modelo elevado) para los cínicos argentinos. Hay muchos inspirados en él. Tiene ese gesto de decir: “Yo estoy por encima de todos, me doy cuenta de todo y me cago en el Mayo Francés, en la izquierda y en todo lo que alguna vez fue considerado positivo”.

Creo que también es de cínico juzgar al pasado con valores actuales. Por ejemplo, condenar a Julio César porque mató gente en la guerra civil romana o en las guerras de la Galias. O atacar a Platón porque no condenó la esclavitud.

El revisionismo moralista del pasado es cínico. Uno puede hacer un análisis del pasado y decir que el nazismo es atroz. Pero si hago historia, además de la atrocidad tengo que ver por qué pasó eso. Hacerme la virgen enloquecida de moral me gana el aplauso de una audiencia imbécil, pero si quiero pensar la moralina de esta (o de cualquier época) no me sirve para nada. Para pensar debo conocer el contexto, las causas, las fuerzas en pugna y mil detalles que no tienen nada que ver con la moral ni con el cinismo.

Hay gente que me dice: “¿Cómo podés reivindicar la potencia cultural de la era isabelina con una reina que basó su poder político en la defensa de la esclavitud y de otras prácticas que hoy nos parecen abominables?”. Pero es que hasta 1850 todo el mundo defendía la esclavitud. Criticar un momento del pasado porque no se ajusta a nuestros valores presentes (que, estoy seguro, serán condenados en un futuro no muy lejano) es una imbecilidad. Pero en esa imbecilidad anida el moralismo moderno y el cinismo.

Hasta muy avanzado el siglo XIX todo el mundo –salvo los esclavos– creía que la esclavitud era algo normal. Era parecido a como nos resulta hoy ver a los obreros de la construcción trabajando arduamente al rayo del sol. La mayoría de nosotros no dice: “¡Qué barbaridad monstruosa es hacer edificios con esta técnica basada en el trabajo humano!”.

El cinismo tiene un gran predicamento como justificador del presente. Houellebecq es

un gran ejemplo. Critica al Mayo Francés pero acepta el presente: lo más brutal del presente. Houellebecq justifica todo lo que el presente genera, por ejemplo, el turismo sexual, porque dice que a los niños pobres de los países del mundo subdesarrollado se les paga y así colaboran con la economía familiar.

Son los franceses ricos los que pagan y los niños explotados sexualmente no son franceses. Quizás el cinismo de Houellebecq no le permita aceptar la prostitución de los niños franceses.

El mecanismo cínico necesita identificar un enemigo. En el caso de Houellebecq, ese enemigo está en el pasado (pero sigue insistiendo): es la izquierda y todos los que hicieron el Mayo Francés. Como todo cínico, Houellebecq “denuncia” que los izquierdistas de antaño son mentirosos porque terminaron siendo gerentes de empresas, altos burgueses, capitalistas. Por lo tanto, como el pasado nos mintió, como esa izquierda que se proclamó humanista terminó siendo egoísta y aportando su saber al capitalismo más desarrollado, entonces solo nos queda endiosar lo peor del presente, como violar niños del Tercer Mundo. “El cínico sabe el precio de todo y el valor de nada.”

La gran cínica argentina es Elisa “Lilita” Carrió. Es la encarnación de Girolamo Savonarola. Como el fraile dominico del siglo XV, Lilita dice: “Yo soy el Bien, yo soy la Espada de Dios que vino a purificar el mundo”. Cuando el discurso cínico se transforma en discurso de purificación social, política y cultural estamos ante la Inquisición: el deseo de instaurar un poder totalitario.

Lilita no es meramente cínica. Encabeza una gran operación político-religiosa: la depuración moral de la Argentina. Para eso, apela al maniqueísmo: dice que existe un mundo del Bien perfecto (que es el que ella preside, encarna e ilumina) y un mundo del Mal absoluto (encarnado por los que ella denuncia, tal como hacían Savonarola en Florencia o Torquemada en España). Los amantes de Lilita, sus fans, apelan al cinismo. El cínico fan de Lilita desconoce la autocrítica porque se siente miembro del mundo del Bien Perfecto.

Al considerarse el Bien en Sí Mismo, el cínico fan de Lilita contempla y juzga el mundo sintiéndose el Ojo de Dios. Frente a cinismo moralista atrozmente inquisitivo es bueno recordar la ironía de los grandes humoristas, como Charles Chaplin o Buster Keaton: en su mundo el bien es fallido y el mal no es del todo monstruoso. Los buenos y malos pertenecen al mismo mundo y, muchas veces, ocupan lugares intercambiables. Eso es la ironía.

En el ámbito de la cultura letrada y de las distintas artes, donde hay mucha gente emocionalmente desvalida, el cinismo está muy extendido. Es fácil encontrar cinismo donde no hay afecto. Es difícil encontrar escritores argentinos que vendan muy pocos ejemplares y no tengan una gran dosis de cinismo.

El cínico es un resentido: es el hijo que hace todo para que el padre lo quiera mientras el padre prefiere al otro hijo. Entonces el cínico se vuelve atrozmente resentido y es capaz de expresar todo el odio del mundo.



**La identidad es una cárcel. Lo digo en el sentido en que Friedrich Nietzsche decía que toda convicción es una cárcel.**

Cuando yo leí de adolescente a Nietzsche era cristiano. Tenía dudas y estaba a punto de abandonar mi religión, pero aún era cristiano. Poco después de leerlo dejé la iglesia católica de manera formal y comencé a militar en la izquierda, que es otra forma (que puede ser, incluso, peor) de fanatismo religioso monoteísta.

A los 12 años (era 1966, 1967) yo era un conservador cristiano. Milité (sin demasiado compromiso, es cierto) en contra de la Cuba comunista porque me parecía que estaba desarrollando una política muy contraria a los Estados Unidos. No sé por qué en esa época me fascinaban los Estados Unidos; quizás me gustaría Disney, qué sé yo. Pero entre los 15 y los 16 años me hice más de izquierda, milité y, unos años más tarde, fui preso.

En ocho años, de mis 12 a mis 20, fui del catolicismo a un ateísmo de izquierda. Terminé siendo un izquierdista tan convencido que hubiera podido pensarse que estaba practicando una especie de cristianismo por otra vía.

Leía a Nietzsche y ahora descubro que entonces no entendía nada. Me parecía que sus libros eran una mera provocación.

Nietzsche decía que el cristianismo era lo terrible porque había inventado la piedad. Eso era algo que yo no podía entender. Pensaba: “Pero ¿cómo dice esto si es la piedad lo que nos hace humanos?”. Me parecía lo mejor de un ser humano ser piadosos con nuestros hermanos que sufren.

Desde el cristianismo o desde la izquierda atea no podía entender esa frase de Nietzsche (ni casi todo lo demás). ¡Yo me sentía el San Francisco de Asís que iba a liberar a los pobres! Me parecían monstruosas todas las ideas de Nietzsche. Si por entonces no hubiera estado muerto hubiera estado de acuerdo con que se lo matara.

Tampoco comprendía esa idea central (que hoy es la guía de mi vida) en la que Nietzsche afirma que toda convicción es una cárcel: “¿Cómo puede ser que la convicción sea una cárcel? ¡Sin convicción no se puede vivir!”. Así pensaba yo en la época que estaba terminando el colegio secundario: 1971.

Con los años, después de leer a Giorgio Colli, que es el gran editor de la edición crítica italiana de la obra de Nietzsche, y a Gilles Deleuze, y también a Jacques Derrida y a Michel Foucault, empecé a entender mejor (creo) a Nietzsche. Todo eso lo comencé a leer a los 18 años, en 1972, pero lo leí en extenso durante la década que estuve en la cárcel.

Allí, en la cárcel, comprendí mejor que cuando uno está demasiado metido en una convicción está, de algún modo, encerrado en una cárcel terrible, de la que es muy difícil salir porque no solo no la vemos, sino que la deseamos, la apoyamos, la disfrutamos. Las convicciones, cuando están muy arraigadas, no te dejan pensar. Por eso, en *Así hablaba Zaratustra*, Nietzsche nos muestra que pensar en serio no es atarse a tal o cual idea, sino que es bailar. Pensar “bailando” es dejarse llevar por un pensamiento que esté libre de las

ataduras de las convicciones.

Yo, para poder ser gay, tuve que asumir una identidad gay. Pero después de asumir la identidad gay, me di cuenta de que si me quedaba preso de esa identidad me iba a convertir en un gay profesional.

Tengo muchos amigos gays que solo ven el mundo como gay, como si en la vida todo debiera dividirse entre lo que se hace a favor o en contra de los gays. Ser gay es también una construcción. La ironía y la duda son armas muy eficaces para salir de la convicción que no nos deja pensar.

Defiendo la construcción gay, me gusta, me gustó luchar por eso, me gustó acostarme con tipos. Pero eso no es esencial. Nos cagaron a palos pero nos liberamos. Por lo tanto, ahora quiero pensar sobre mis posibilidades de ser en el mundo. Y ser en el mundo no es solamente asumirme gay: es ser una persona que trata de no caer en la prisión de las convicciones ni de las identidades.

Lo único que reivindico de ser humano es ser contradictorio, complejo, y ser una “multitud” como dice Walt Whitman. Cuando uno asume una identidad no se da cuenta de que entró a una celda. Mientras no sea consciente de que está en una cárcel nunca va a poder salir de ella.

Ya no soy gay. Soy Daniel. Solo vuelvo a ser gay cuando el mundo me lo recuerda, por lo general con violencia. Cuando el discurso del otro me reconoce como gay y me reconoce así para discriminarme negativamente, ahí vuelvo a serlo.

A la mañana, cuando me levanto de la cama, saludo a mi perro Giap. Para Giap yo soy yo. No soy gay ni no gay.

Vamos a la calle con Giap. Caminamos divertidos. Entonces un vecino me ve y piensa: “Ahí va el viejo puto con su perrito” (como me dicen muchos homofóbicos en Twitter) y me manifiesta, de alguna forma, su desagrado por mi “identidad sexual” (que, en realidad, él construyó en su mente). Pero camino una cuadra más y me cruzo con otro vecino que no me ve así, que juega con Giap y me hace una broma amistosa: entonces ya no soy más gay. Así va pasando mi día, pero nunca estoy en “modo gay” las veinticuatro horas.

Tampoco me veo como heterosexual o monotributista o lector o escritor o profesor. Me veo como una persona. A mí me costó ser gay. Eso lo supe ser, pero ahora me lo olvidé porque ya no lo necesito ni me parece bien. Me di cuenta de que era gay cuando me construí como tal, de los 10 a los 40 años, por poner una fecha.

Me gustaban los hombres desde niño, pero eso no me hacía gay.

Me hice gay cuando vi que el mundo tenía un discurso para eso. Entonces tuve que enseñarme a serlo para que los varones me identificaran. Cuando me acordé de que yo aprendí todo eso, y también a no sentirme incómodo en una sociedad que, aun como desecho humano, me aceptara, empecé a abandonar la identidad gay.

Hace por lo menos veinte años que está en crisis la idea de identidad, que es una cárcel tanto para mí como para cualquiera. Si a alguien le viene bien esa prisión, que se quede ahí. Pero creo que te libera saber que a esa cárcel te la construiste vos mismo y que la aceptaste con docilidad. Ni dios ni la naturaleza te hicieron así.

La primera identidad que logró reconocimiento por sus marchas fue la del movimiento gay. Por eso todavía la mayoría de las personas sigue llamando a esa identidad movimiento gay, por más que haya muchas banderas juntas allí. Empezó en los sesenta, se consolidó en los setenta y llegó masivamente a la Argentina en los ochenta (a pesar de que, desde los sesenta, ya había aquí algunos grupos de militancia por los derechos de los homosexuales).

El sida contribuyó a cohesionar posiciones, incluso las de dos sectores que nunca se llevaron bien: los gays y las lesbianas.

Los gay y las lesbianas estuvieron siempre divididos por los gustos sexuales. Las lesbianas aman a las mujeres y en eso tienen un deseo sexual parecido con los varones heterosexuales, lo que las diferencia radicalmente de los gay. Por otro lado, los gay son hombres que aman a los hombres (algo que suele repugnar a las lesbianas, al menos desde el punto de vista erótico). Por estas razones había incompreensión recíproca entre ambas identidades sexuales.

Las marchas en contra del maltrato de Reagan y Bush en la era del estallido del sida unió los movimientos y así surgió lo gay-lésbico. Luego aparecieron todas las demás minorías sexuales a reclamar su derecho a la identidad: trans, bisexuales, etc. Pero después de luchar por tus derechos, y una vez obtenidos los más importantes, si vos creés que sos solo gay, trans, intersex o lesbiana, creo que cometés un grave error. Nadie es una sola cosa.

Escribo este libro para personas que piensan. Si digo que la identidad es una cárcel no te enojés conmigo. Seguí pensando, como yo pensé cuando me indigné con Nietzsche al leerlo hace tantos años. Vas a ver que en algún momento te vas a dar cuenta de que realmente la identidad es una cárcel.

Un día de estos vamos a tener un presidente gay. Ya no necesitamos seguir encarcelados en una identidad. Se justifica más insistir en la identidad cuando esa identidad está más invisibilizada. Por eso les cuesta más a las travestis abandonar la identidad: hoy son la minoría sexual más golpeada, más maltratada.

Ellas están en plena lucha, y es desde su identidad que pueden defenderse y salir adelante. Lo mismo ocurre con las prostitutas que quieren sindicalizarse, pero las prostitutas no son solo prostitutas aunque la identidad les sirva para lograr cosas.

Muchas prostitutas a las que entrevisté para escribir notas para los medios me han dicho que la mayoría de ellas no siente nada cuando coge. Están como anestesiadas, y si algo sienten por lo general es asco, pero como deben demostrar lo contrario para contentar al cliente, muchos de estos clientes creen que las prostitutas la pasaron bárbaro con ellos. Es un trabajo muy feo, como el trabajo burocrático. Sin embargo, aún hay gente que dice: “Eh, estas se la pasan garchando todo el tiempo y quieren que las respetemos”.

**A mediados de 1985 yo era el secretario de redacción de la revista *El Porteño*. Por entonces, estaba escribiendo la que fue la primera nota sobre los argentinos que estaban muriendo de sida.**

Para documentarme había entrevistado a médicos, a familiares de gente contagiada con HIV y a los pacientes. En esa época era todo tan secreto, tan prejuicioso y tan difícil de investigar que no pude encontrar a nadie que supiera a ciencia cierta cuál era la cifra más realista de muertos: según algunos, eran poco menos de diez, pero había médicos que suponían que ya sobrepasaban los quince.

En aquel momento, la opinión pública consideraba que el sida era un problema de los homosexuales (en los medios masivos se lo llamaba “cáncer gay” o “peste rosa”). No solo se lo pensaba como una cuestión muy minoritaria sino como algo peor: un tema extranjero. Según los diarios y los noticieros de TV, los que se enfermaban de sida vivían en los Estados Unidos, Europa o Brasil.

En aquellos años yo mantenía correspondencia frecuente con Néstor Perlongher, entre otras cosas, porque me encargaba de publicar en la revista algunos de sus artículos. En una de las cartas le conté sobre la investigación que realizaba para *El Porteño*, porque él estaba escribiendo en San Pablo un libro dedicado al sida, y además estaba realizando su investigación sobre los prostitutos masculinos (que se publicó años más tarde como *O negócio do michê*).

Le pedí una columna que acompañara mi artículo. La columna que escribió Perlongher, muy breve, se puede resumir en una frase: “Que el temor de la muerte no nos prive del goce de la vida”. Todo un clima de época en menos de cien caracteres.

En ese mismo número publicamos una entrevista con el escritor estadounidense James Baldwin, autor de *El cuarto de Giovanni* y de *Otro país*. Afroamericano y gay, Baldwin decía allí que era doblemente marginal en el sistema cultural yanqui, pero aclaraba que al ver la situación de los homosexuales y los afroamericanos que no eran famosos como él, se sentía un marginal de lujo.

Por último, en ese mismo número publicamos también la entrevista a Michel Foucault en la que hablaba sobre la amistad gay. Era un número con tantos artículos interesantes para un público intelectual y difusamente disidente, que al encontrarme con María Moreno en el estreno de *El cuis cuis*, de Emeterio Cerro, la misma noche en que la revista salió a la calle, ella me dijo –tajante, como es la Moreno–: “Hay un exceso de material de lectura, no se distingue qué es lo bueno de lo que uno podría saltar. Pusieron toda la carne al asador”.

Tenía razón. Quizás por eso la entrevista a Foucault pasó inadvertida para el público intelectual. Nadie la debatió. No se habló de ella. Pero considero que fue un punto de inflexión en la discusión cultural argentina. Funciona como lo no visto, lo imposible de comprender, de asimilar. Y así, el Foucault que aún hoy se difunde en la universidad argentina no tiene cuerpo, sigue siendo un alma pura, pasteurizada por una lectura que oscila entre el marxismo ingenuo y el anarquismo sistemático.

La entrevista a Foucault me había llegado por una de esas afortunadas conspiraciones de la amistad que fundan tantas cosas buenas. En un encuentro que tuvimos en un bar de Corrientes y Callao, Ricardo Piglia me mostró una publicación cultural italiana que reproducía la entrevista (después supimos que la misma había sido publicada originalmente en 1981 en la revista francesa *Gai Pied*). Piglia nos acercó ese artículo porque le pareció que ofrecía un aspecto de la reflexión de Foucault que no se había difundido en nuestro medio, y porque pensó que únicamente en *El Porteño* podría ser publicada.

Y no se equivocaba. Yo había conocido la obra de Foucault incluso antes de ir preso: recuerdo que el primer libro suyo que leí fue *Historia de la locura*. Sucedió en el verano de 1972, poco después de cumplir los 18. Fue una de esas experiencias que no se olvidan. Tan fascinado quedé con una escritura y una mirada que no se parecían a nada que yo conociera, que, desde 1975 y ya en la cárcel, leí todos los demás libros suyos que por entonces se conseguían en la Argentina.

Pero la política de silenciamiento de la homosexualidad es tan poderosa que incluso yo, un gay que tenía a Foucault como uno de sus faros, recién me había enterado de que el filósofo era homosexual varios meses después de su muerte. Hasta dar con esa entrevista, nunca había leído tampoco ninguna de sus reflexiones explícitas sobre la cuestión gay.

Esa entrevista sobre la amistad gay me resultaba absolutamente enigmática y provocativa. Tenía la fuerza de un *koan* zen: no me decía qué hacer sino que me cuestionaba. No me ofrecía un programa, sino un desamparo.

Decía Foucault en ella unas cuantas cosas que yo no había oído jamás. Sus frases se han quedado grabadas en mí. Para empezar, citemos: “La homosexualidad no es una forma de deseo, sino algo deseable” –frase que Caetano Veloso transcribió al portugués y la convirtió en un verso del poema que le dedicó a su amistad con Gilberto Gil; poema que, a su vez, en 1987 yo traduje para la revista *Fin de Siglo*, de la cual por entonces era secretario de redacción—. Con parsimonia, pero tensando cada vez más la cuerda, Foucault también decía en esa entrevista: “Debemos empeñarnos en devenir homosexuales y no obstinarnos en reconocer que lo somos”.

Cito otra frase más: “Me parece que tendríamos que ocuparnos no tanto de liberar nuestros deseos, sino de volvernos, nosotros mismos, infinitamente más susceptibles de experimentar los placeres”. Al hacer eje en la amistad gay como forma de transformación existencial, Foucault proponía que la homosexualidad sirviera de base para inventar otra forma de ser, todavía improbable, abierta, no codificada. Sigue: “En mi opinión, ser gay no es identificarse con los rasgos psicológicos y con las máscaras visibles del homosexual, sino procurar definir y desarrollar un modo de vida”.

Terminaba esa entrevista de una forma radicalmente novedosa: “Hay que hacer aparecer lo inteligible sobre un fondo de vacuidad y negar una necesidad, y pensar que lo que existe está lejos de llenar todos los espacios posibles. Plantear un verdadero reto ineludible con la pregunta: ¿a qué podemos jugar y cómo inventar un juego?”.

Cuando entrevistamos en el Centro Cultural Rojas a David Halperin, autor de *San*

*Foucault, para una hagiografía gay*, él reconoció que cuando leyó esa entrevista en los Estados Unidos de comienzos de los ochenta sintió el mismo desconcierto que yo sentí en Buenos Aires.

¿A qué podemos jugar y cómo inventar un juego? Creo que ahí está la propuesta más radical de Foucault sobre la amistad gay. A diferencia del Lenin, que en 1903 se pregunta qué hacer como forma de delinear un programa revolucionario global, la pregunta de Foucault rechaza explícitamente cualquier programa (y me atrevería a decir, que también rechaza la revolución como algo deseable). El juego al que invita debe permanecer abierto. No debe transformarse en un programa que conduzca al campo de reeducación.

A diferencia de lo que hoy piensan algunos activistas de la sexualidad, que relacionan a Foucault con alguna de las ideologías en boga, lo que al filósofo francés le interesaba de lo gay no era que a partir de allí se podían entablar alianzas políticas con otros grupos minoritarios o marginalizados para llevar adelante una revolución social, sino la creación de un estilo de vida. La producción de una cultura. Se lo podría emparentar, como él mismo lo hace, con un dandismo a lo Baudelaire.

El gran sueño de una sociedad de amigos homosexuales surgió en el círculo de intelectuales británicos, que comenzó con la defensa que John Addington Symonds realizó de la homosexualidad masculina en la cultura griega (basándose en los estudios de los neoclásicos alemanes del siglo XVIII) y se extendió, a través de riquísimos debates y contribuciones, hasta la comunidad de amigos que fundó Edward Carpenter, pero alcanzó el punto más alto en la obra y la vida de Oscar Wilde.

A pesar de que Foucault no cita en este contexto explícitamente a Wilde (como bien recuerda Didier Eribon en *Reflexiones sobre la cuestión gay*), su idea de crear un modo de vida homosexual o una cultura gay coincide plenamente con la propuesta que Wilde había arrojado a la discusión pública un siglo antes y de una manera aún más sofisticada y elaborada que la reflexión del francés.

No es el homosexual el modelo que presenta explícitamente Wilde. Nadie en esa época hubiera podido ni siquiera imaginar que eso hubiese sido posible: tampoco Walt Whitman o Walter Pater van a tomar al homosexual explícitamente como su tema. Hasta muy entrado el siglo XX no se hablará de lo homosexual de manera clara y explícita, salvo unas pocas excepciones, que solo fueron posibles en el campo de la ficción y en un medio cultural más tolerante, como el ambiente intelectual parisino (Proust, Gide y Genet).

A través de reflexiones que se presentaban en código para entendidos, por lo general centradas en la amistad masculina o sobre la personalidad del artista, los intelectuales británicos van a proponer un programa vacío y a la vez más radical que cualquier transformación social: hacer de cada vida una obra de arte y de la amistad la más rica relación social. La amistad es el espacio de la libertad y el goce, enfrentado sistemáticamente a la obligación y la familia.

En algunas de sus obras, tanto Wilde como Carpenter, aunque de maneras diversas, ligan esa transformación al socialismo. Pero no hay que engañarse en ello: el sistema social que Wilde presenta en su famoso ensayo *El alma del hombre bajo el socialismo*

es una utopía que no tiene nada que ver con ningún programa socialista de su época o de cualquier época posterior. Por el contrario, allí realiza una fuerte crítica al autoritarismo y dogmatismo de los partidos de izquierda. La utopía de Wilde tiene en el artista –es decir, en el hombre liberado de las convenciones de su época– el motor de cambio y presenta la nueva sociedad como un mundo en el cual cada uno va a transformar estéticamente su existencia.

Todos los escritores varones que han reflexionado sobre la amistad gay se han basado en la idea de una comunidad exclusivamente de varones homosexuales. Las comunidades de amigos, tales como las que aparecen en las luminosas páginas de *Christopher y su gente*, el libro en el que Christopher Isherwood habla de las amistades gay en la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial y que ya había retratado en código en *Adiós a Berlín*, eran férreas fraternidades masculinas. Incluso las opciones más radicalizadas – como la de William Burroughs, quien propuso crear una mafia gay, con grupos de choque incluidos, que copara las ciudades estadounidenses en pie de igualdad con la mafia china, por ejemplo– insisten en la comunidad de varones.

Lo cual no es extraño, porque se trata de reflexiones que no se plantean favorecer una política en el sentido de crear un movimiento programático (como las actuales alianzas gay-lésbica-travesti-transexual-bisexual-intersex, más cualquier otro grupo social o sexual que se considere marginalizado). Por el contrario, la amistad gay es una política que plantea la creación de un espacio en el que lo central ya no es la identidad del deseo, sino la intensidad del placer. Por eso mismo, no puede ser programática.

La amistad gay (ya sea como se la piensa en la obra de Foucault, de Wilde, de Allen Ginsberg o, incluso, de García Lorca) va a ser presentada como un espacio en el que las relaciones entre hombres se potencien a través de la prevalencia de los afectos, de la creación de nuevas posibilidades y la desexualización del placer (aunque habría que aclarar que cuando Foucault insiste en decir “desexualizar el placer”, quizás habría que entender que quiere decir “desgenitalizar”, como cuando reivindica las relaciones sadomasoquistas como “desexualizadas”, diciendo que fundan una nueva cultura en la cual el sexo no es lo central).

Ese hacer de la vida una obra de arte (es decir, un juego abierto en todos los sentidos) coincide con la propuesta de Friedrich Nietzsche de que “cada uno logre transformarse en quien ya es”, porque esa transformación es una producción estética. Esta frase (que también se relaciona con otra idea nietzscheana, expuesta en *La gaya ciencia*, que dice: “Dar un estilo a la vida, a costa de un ejercicio paciente y de un trabajo cotidiano”) suena enigmática solo si se la lee fuera del código gay. Foucault la leyó toda su vida en código gay y la convirtió en su estandarte principal.

Foucault usa esa frase de Nietzsche en medio de una discusión con alumnos estadounidenses que tenían una visión liberal respecto de la responsabilidad individual. Después de sorprender a los muchachos cuando declaró que no se sentía responsable por cómo había sido su propia vida, Foucault les dijo:

A nadie se le puede pedir cuenta de sus actos, a nadie se le puede juzgar por su

naturaleza; “juzgar es lo mismo que ser injusto”, dijo Nietzsche y estoy de acuerdo. El individuo es contingente, está formado por el peso de la tradición moral; por eso no es verdaderamente autónomo. Hay que ser un héroe para enfrentarse con la moralidad de la época. Hay que ser un verdadero héroe para transformarse en lo que uno mismo es, por encima de las convenciones morales de la época.

A esa heroicidad planteada a mediados de los setenta, Foucault comenzó a llamarla “ascesis” a partir de sus investigaciones de fines de esa década, realizadas para los tres tomos de la *Historia de la sexualidad*. Se trataba siempre de dar cuenta de un trabajo riguroso con uno mismo para transformarse en alguien no dominado por la moralidad de la época. En palabras de Wilde: hacer de la vida de cada uno una obra de arte.

No hay ni puede haber un programa, una forma de encarar la amistad gay más que siendo amigo, reinventándose en el afecto y permanentemente cambiando el proyecto. Otra vez en palabras de Wilde: “La humanidad siempre encontró su camino porque nunca supo dónde iba”. Frase que funda, a la vez, una historiografía anarquista e instaura un programa político vacío.

Permitiéndose ser incoherente, contradictorio, diferenciado según el contexto o incluso el capricho, Foucault dice que de la amistad gay lo único que se puede afirmar son sus negaciones. Dice, por ejemplo, que no existe ni es deseable ningún proyecto de liberación sexual ni social que se proponga terminar con la afectividad entre los varones y que esta afectividad está siempre en proceso de reinventarse.

Así como hubo una época –dice Foucault– en la cual no se pensaba en la homosexualidad, pero igualmente había relaciones sexuales entre varones o entre mujeres, quizás llegue una época en la que nadie piense ya más en la homosexualidad; pero jamás –agrega– la homosexualidad se diluirá en un pansexualismo indiferenciado, en el que los varones gay de golpe correrán embelesados para arrojarse sobre las mujeres.

Ni tampoco sucederá la inversa. Porque si bien Foucault no piensa en una amistad lesbiana, la imagina no solo posible sino incluso deseable.

En la entrevista dedicada a la amistad gay, Foucault desconcertaba a sus lectores con un párrafo, que citaré en extenso como una forma de acabar temporariamente una cuestión que no acaba. En esta cita Foucault plantea una minuciosa provocación intelectual, ya que subvierte el sentido común casi con cada palabra:

Es una concesión a los demás presentar la homosexualidad bajo la forma de un placer inmediato, el de dos jóvenes que se conocen en la calle, se seducen con la mirada, y se tocan mutuamente el culo antes de echarse un polvo de un cuarto de hora. Hay en ello una suerte de imagen aséptica de la homosexualidad, y que pierde toda virtualidad de inquietud, por dos razones. Responde a un patrón

tranquilizador de la belleza, y anula todo lo que puede haber de inquietante en el afecto, la ternura, la amistad, la fidelidad, la camaradería, el compañerismo, todas esas cosas a las que una sociedad higienizada no puede reconocerles un lugar por temor a que se formen alianzas y se propicien líneas de conducta inesperadas. Pienso que es eso lo que vuelve “perturbadora” a la homosexualidad: el modo de vida homosexual más que el acto sexual mismo.

**El arte es posible porque el mundo nos resulta imposible.**

**Me gusta ese juego de palabras. El mundo nos resulta imposible porque no sabemos cómo es.**

Algo parecido señala Kant hablando de la visión. Dice que el ojo es poeta porque interpreta el mundo a través de un proceso estético similar al de la poesía.

Lo que vemos es una construcción del mundo que el cerebro “inventa” a partir de la información que le da el ojo. Algo parecido sucede cuando nosotros tratamos de entender la modernidad: nos referimos siempre a relatos del mundo y no al mundo en sí mismo (ni podemos imaginar qué es).

Nos parece totalmente natural y normal que estemos en un lugar que se llama Argentina, que limita con tales y cuales países, y donde la lengua oficial es el castellano. Pero hace doscientos diez años este país no existía, como no existía casi ningún país hace quinientos años.

Recién entonces se pudo comenzar a hablar de las naciones. La mayoría de los países tiene menos de doscientos años de existencia. La gran mayoría surgió después de la Revolución Francesa. Recién por entonces surgieron países con habitantes que se sienten miembros de una misma comunidad nacional.

Por razones muy difíciles de explicar (y de entender), una persona que vive en los Valles Calchaquíes siente que pertenece a la Argentina de manera parecida a como lo siento yo, que vivo en Buenos Aires. Por ahí yo me siento más identificado con un tipo que vive en Nueva York que con un colla que vive en Jujuy. Sin embargo, el colla y yo pertenecemos a la misma nación.

Todas estas arbitrariedades ocurren porque el mundo no tiene un sentido y si lo tiene es por medio de una construcción poética permanente. No sabemos qué es el mundo. Tampoco sabemos cómo funciona. El marco conceptual (científico o poético, da lo mismo) que nos permite creer que el mundo tiene un sentido va cambiando. A ese cambio es a lo que llamamos Historia. Creemos en la Ley de gravedad, en la Teoría de la relatividad y en el Teorema de Gödel, pero son construcciones humanas para darle sentido al mundo. Necesitamos creer que este sinsentido tiene sentido.

El mundo es una construcción mental. De todas las posibles construcciones mentales del mundo, las que más me interesan, las que creo que son las mejores, son las construcciones que genera el arte. Nietzsche dice que la realidad es fluida, dinámica, vertiginosa, pero que la única forma que tenemos de acercarnos a ella es por el lenguaje. Pero el lenguaje está condenado a hablar de sí mismo y, además, es solidario de una estructura tan fija como la gramática. Por eso inventamos la poesía: para que el lenguaje también fluya y nos dé, casi de manera alucinógena, una imagen de mundo que se parezca al mundo (si es que eso fuera posible).

Inventamos la poesía para salvar las distancias entre la dinámica fluida de lo real y las fijaciones del lenguaje. ¿Cómo hacemos para tener una imagen del mundo en transformación? Mediante el lenguaje, porque el mundo es representación.

Representación y voluntad, diría Schopenhauer.

El arte no trata de contarme el mundo tal cual es. Eso lo hace la ciencia, que es pura ilusión. La ciencia investiga el mundo para construir un relato que, con voluntad e intervención física, se haga real: me diga lo que el mundo es. Por el contrario, el arte produce un mapa de mundo futuro. Es una pequeña linterna en la oscuridad que me muestra algunos metros por delante de donde estoy.

Me gusta mucho una frase que se le adjudica a Miguel Ángel: “El arte es un relámpago que ilumina, por un instante, la noche más oscura”. La visión de ese instante fantasmal e irrepetible es el arte.

El arte nos permite seguir pensando más allá del final de la filosofía, que sucedió en 1917 cuando Ludwig Wittgenstein dijo que ya que no se puede hablar hay que callar. Él mismo calla durante décadas. Es el momento en el que la filosofía comprende que no puede ir más allá. Ese más allá es el territorio del arte: aparece Duchamp y reinventa todo.

Los filósofos que vienen después de Wittgenstein, como Jean-Paul Sartre, Michel Foucault o Martin Heidegger, no hacen más que señalar esa impotencia de seguir adelante. Releen a Nietzsche y a Wittgenstein en busca de una salida, pero no hay salida dentro de la filosofía. La salida es el arte. Es Duchamp. Lo que se llamó posmodernidad aludía a que ahora estamos pensando lo que ya pensamos antes: nos estancamos en un punto del que no podemos salir.

Marcel Duchamp había huido de Francia para no ir al frente de combate durante la Primera Guerra Mundial. En una de sus paradas de exilio estuvo casi un año en Buenos Aires, pero le pareció que la clase dirigente argentina era tan rústica y conservadora que él no podía hacer nada interesante acá. Durante meses solo se dedicó a jugar al ajedrez en el bar de Paraná y Sarmiento, muy cerca de donde vivía. Y se fue a Nueva York, que ya estaba convirtiéndose en la capital del mundo cultural.

Allí ya existía una clase rica moderna, que admiraba a los vanguardistas europeos. Duchamp sintió que Nueva York era incluso más moderna que París. Aunque aún allí el arte de vanguardia solo era comprendido por un grupo muy pequeño de críticos, artistas y coleccionistas. Duchamp entonces quiere correr los límites. Es lo que todo vanguardista quiere hacer. Quiere demostrar que incluso en los ambientes más modernos no se permite todo. Y él busca correr ese límite: hacer que se pueda hacer todo en arte.

Hay muchas versiones de esta historia (porque realmente no está bien documentada). Me gusta contarla así: hay un salón de arte de vanguardia en el que se prometió que todo lo que se reciba será exhibido. Para tentar el límite, Duchamp compra un mingitorio en una casa de sanitarios y lo firma con un nombre falso, “R. Mutt” y lo manda al concurso como si fuera una escultura. Lo acompaña con una ficha técnica tradicional, que describe su altura y su profundidad, y dice que el material con el que está hecho es loza y, además, le pone un título: “Fuente”.

Cualquiera que vea ese objeto titulado “Fuente” se da cuenta de que es un mingitorio. Quizás por eso se lo rechaza. El jurado, por moderno que fuera, aún no podía aceptar que un objeto producido en serie podría ser visto como obra de arte: no ve el “concepto”

que el gesto de Duchamp (escondido bajo el seudónimo Mutt) está inaugurando. Esta operación artística se va a discutir cuarenta años después, porque en ese momento es incomprensible. Y cuando se descubre que es un “chiste” de Duchamp se lo toma como una broma.

Sea lo que fuere que sucedió en ese salón de arte de Nueva York, allí se funda el arte contemporáneo. Eso es lo que viene después del fin de la filosofía. Lo que ocurre allí es que la lectura del mundo deja de ser filosófica y pasa a ser estética.

El artista, a partir de Duchamp, se convierte en una especie de chamán. Toma un objeto y le dice a la tribu: “Miren, es un mingitorio, pero yo lo transformo en fuente, una obra polisémica, que dice más por mi gesto que por su sustancia”. La tribu tiene que comprender, que vivir, que sentir el reencantamiento del mundo que el artista produce con su gesto (con su discurso).

Se trata de algo inédito: un modo de repensar el mundo que nunca antes se había imaginado. Va a ser algo tan disruptivo que recién se comienza a aceptar cuarenta años más tarde, cuando el propio Duchamp lo sostenga discursivamente, en el mismo momento en que surja el arte conceptual de Joseph Kosuth y el pop art de Andy Warhol, que son impensables sin el gesto previo de Duchamp.

En los sesenta surge esta nueva forma de pensar el arte: desde lo conceptual y desde el pop (y eso fue posible porque ambos se fundan en Duchamp). Hasta la pintura más clásica que se produce hoy tiene algo de pop y mucho de conceptual, pero en los sesenta y setenta eso aún no estaba aceptado. Fue necesario que la ruptura conceptual y pop se uniera al posestructuralismo (centrado en Foucault y Derrida, sobre todo) para que se pueda comprender al arte como la continuación de la filosofía: lo que viene después de pensar, cuando el mundo ya no puede pensar en nada.

Sin lenguaje no puede haber nada humano. Wittgenstein dice que puede haber mundo fuera del lenguaje, incluso experiencias importantes como la mística o la estética. Son experiencias de captación sensorial que no pasan por el lenguaje. Pero no hay experiencia verdaderamente humana sin lenguaje.

Roland Barthes critica esta idea: él cree que la experiencia que no sea traducida al lenguaje se disipa y se pierde: no hay tampoco ni mística ni estética fuera del lenguaje.

Por ejemplo, recuerdo que murió mi padre y que sufrí. Pero si no recuerdo cómo fue y qué pasó (es decir, si no puedo relatarlo) solo sé que sufrí y nada más. ¿Cuál es la experiencia? No lo sé, porque no me quedó nada de la experiencia más amplia. Si lo que queda es mudo, pura experiencia sin lenguaje, entonces no tengo nada, ni siquiera la huella de esa experiencia.

Eso es lo que demuestra Barthes cuando analiza el cuento de Gogol en el que una campesina no logra explicarle al médico qué es lo que siente. El médico le pregunta si siente una picazón o un dolor y ella dice: “Ahora es un cosquilleo” (y el médico anota “un cosquilleo”, entonces debe ser tal enfermedad), pero ella dice: “No, ahora es un dolor” (y el médico ya no sabe qué anotar ni de qué enfermedad es síntoma).

Lo que dice Barthes es que la experiencia es ágrafa y muda. No tiene lenguaje y fracasa cuando la quiero traducir. No logro dar en la tecla. Si yo digo que tengo dolor de

muelas, todo el que tuvo alguna vez dolor de muelas puede entenderlo, pero nadie sabe cómo es mi dolor de muelas, porque el dolor no es transmisible por el lenguaje.

El arte a veces es preverbal y muy ingenuo. Pero cuando se lo puede pensar con tiempo, cuando permite la reflexión, se vuelve al lenguaje y se piensa el mundo nuevamente en términos filosóficos, pero que no están completamente dentro de la tradición filosófica.

Creo que no tenemos un lenguaje que nos permita entender esta era cultural. Estamos en un momento parecido a cuando inventamos el lenguaje hace cien mil años. Estamos en un cambio crítico tan gigantesco que todavía no lo podemos pensar. Usamos las viejas metáforas, pero comprendemos que no nos sirven. Hablamos y no nos entendemos del todo.

No creo que nada sea para siempre. Ni el amor ni el dolor ni el lenguaje: nada. El arte no existió siempre. Como dice Julia Kristeva, en Egipto hace miles de años, lo que hoy vemos como arte era para ellos un panfleto político: pura propaganda del reinado de tal faraón.

Hasta la Edad Media lo que hoy llamamos arte también fue un manifiesto político-religioso. Es en el Renacimiento que surge (muy tímidamente) lo que ahora consideramos como arte: una forma de pensar poéticamente el mundo.

El arte como algo libre empieza en la época de la Revolución Francesa, después de la cual los artistas ofrecen sus obras al mercado, dejando de depender de los favores (y dominación) de los nobles y de la iglesia católica. La libertad del artista y la aparición del arte moderno van a surgir como un problema: es el mercado, con su libertad engañosa y su impulso brutal, el que va a generar el espacio del sentido del arte.

A veces sucede que convencer al mercado es más difícil que convencer a un mecenas. Pero también el mercado puede tentar a alguien que le guste lo raro y a partir de allí consagrar ese tipo de arte. Si el mercado es incipiente o muy pequeño, el artista está tan esclavo como del mecenas más tiránico, pero si el mercado es amplio y sofisticado el artista puede gozar de una libertad que es impensable en cualquier otro contexto.

La libertad de los mercados sofisticados modernos no existía ni con los mejores mecenas. En esa época había pocos mecenas y si a ninguno le interesaba la obra de un artista esa obra era casi de imposible realización. Además, en la época de los mecenas a los artistas los trataban poco menos que como esclavos. Hay una obra de Goethe en la que muestra la relación de Ludovico Ariosto con su mecenas, y se trata de una relación de esclavitud.

El arte es posible porque el mundo (que nos proponen fuera del arte) nos resulta imposible.

**Steven Spielberg es un gran artista. En su trilogía política, el film *Amistad* (basado en hechos reales) es la historia de unos negros esclavizados que llegan a los Estados Unidos luego de rebelarse en alta mar y matar a sus captores. Consiguen un abogado que tras muchas vicisitudes llega a la Corte Suprema y logra que los absuelvan. Es el primer gran paso hacia la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos.**

La Constitución de los Estados Unidos aceptaba que los negros del sur fueran propiedad de los esclavistas, pero no ocurría lo mismo en el norte. Este primer gran relato político de Spielberg nos dice que los Estados Unidos son la tierra de la libertad porque todo ser humano es considerado una persona de pleno derecho. Spielberg es un gran poeta. Creo que es el gran artista de esta época.

La segunda parte de esta trilogía política es el film *Lincoln*, que trata sobre la lucha por poner una cláusula en la Constitución para que a partir de entonces la esclavitud sea imposible. Aparecen en el film los troskos, el ala izquierda del bando antiesclavista, y dicen que si la enmienda no dice explícitamente que los negros son iguales a los blancos no vale la pena ninguna enmienda. Todo o nada: al estilo trotskista. El problema es que esa declaración no se podía poner en la enmienda a la Constitución porque la relación de fuerzas en el Congreso era muy desfavorable en contra de la posición de Lincoln y sus aliados.

Lincoln compra votos de diputados dispuestos a venderlos, encierra a algunos otros diputados para que no voten y a otros los amenaza. Hace todo lo que las almas puras de la política republicana dicen que está mal, y lo hace para lograr lo que para él es el bien supremo: terminar con la esclavitud.

La escena más importante, desde el punto de vista político, es cuando Lincoln convoca al líder del bando trosko, que quiere no solo el fin de la esclavitud sino el reconocimiento de que los negros son iguales a los blancos; le dice que si ellos quieren lograr esa posición extrema no se va a lograr terminar con la esclavitud. Lincoln afirma que hacer política no es estar en esta montaña y decir: “Hay que ir derecho hasta aquella montaña que está enfrente”. Eso es mero idealismo: ver un objetivo claro y apoyarlo, pero sin saber cómo se lo puede lograr.

El político baja de la montaña, descubre que en el camino hay pantanos, logra rodearlos sin caer en ellos, se mete en lo más oscuro de la selva, ve de lejos a los cocodrilos y, luego de sortear los mil peligros del camino, logra llegar a la otra montaña, la que representa el objetivo ideal que todos amaban.

Lo que Lincoln le manifiesta al líder de la bancada de izquierda de su propio partido es que hay que bordear algunos peligros y enfrentar otros, pero no enfrentarlos todos, porque si no es imposible llegar a la meta.

Lincoln les dice a los puristas, que son los que confunden siempre moral con política, que si realmente quieren abolir la esclavitud, que es algo que con muchas dificultades puede lograrse, deben dejar de lado las declaraciones principistas, porque les restarán

algunos de los escasos votos con los que podrían contar y, entonces, fracasaría la aprobación de la enmienda que prohíbe la esclavitud.

Lincoln logró que se apruebe la enmienda. Y se prohibió la esclavitud y, desde el punto de vista legal, los negros fueron libres desde ese momento. Pero llevó un siglo que los negros pudieran compartir los mismos espacios e instituciones que los blancos. Y llevó casi otro siglo que Barack Obama, un negro, fuera presidente de los Estados Unidos. Pero sin aquel paso que se dio en la Corte Suprema y que bien muestra la película *Amistad*, no se podría haber llegado a la abolición de la esclavitud. Y sin esta abolición no se podría haber ido a la lucha por todos los demás derechos.

El tercer capítulo de esa trilogía política de Spielberg es *Puente de espías*, donde se toma prisionero a un espía ruso durante la Guerra Fría. Rusia y los Estados Unidos fueron aliados en la Segunda Guerra, pero desde la caída de Hitler están enfrentados.

El film muestra un simulacro de juicio, en el que los Estados Unidos quieren demostrar hipócritamente que defienden la libertad, pero en el fondo quieren mandar al ruso a la horca. Pero sucede algo inesperado (y en los films de Spielberg se hace hincapié en la fuerza brutal que tiene lo inesperado, lo imprevisible): el abogado estadounidense que eligen para que defienda al espía lo hace en serio. Cuando ve que todo está perdido y que puede ser condenado a muerte, el abogado va a verlo al juez y le dice: “Piense que si los rusos encarcelan a alguno de los nuestros no vamos a tener nada con qué negociar. En cambio, si este espía queda vivo, sí podremos hacerlo”. El juez es abucheado por los fanáticos nacionalistas, pero toma la decisión de no matarlo.

Lo que muestra Spielberg en todas estas películas es cómo se hace la ley. Las que tenemos en la sociedad actual son el resultado de una larga y difícil lucha de siglos. No es que ahora podemos estar tranquilos, sin temer a los abusos del Estado, porque graciosamente el Estado nos regaló la libertad. Podemos vivir en paz, dice Spielberg, porque mucha gente valiosa luchó por eso durante siglos.

Eso está siempre presente en toda la obra de Spielberg, pero en estos tres films (*Amistad*, *Lincoln*, *Puente de espías*) es muy explícito. La suya es una estética de la ética. Spielberg es el más ético de los artistas contemporáneos. Me parece que, en su esencia, se parece mucho a los libertinos del siglo XVIII, cuya obra –más que erotizar a los otros– lo que hizo fue incitarlos a pensar: liberar su cuerpo era la base para liberarse completamente.

Spielberg pone tres hechos históricos sobre el escenario. Es un gran narrador, que toma los ejemplos del pasado para leerlos en relación con el futuro. Nos dice que si pudimos hacer todo esto en el pasado, cuando todo el mundo se odiaba (de hecho Lincoln es asesinado poco después de abolir la esclavitud), cuando se vivía en un clima de odio y de guerra, también podemos hacerlo en el futuro.

El personaje de Lincoln, compuesto por el actor Daniel Day-Lewis, tiene una estatura política extraordinaria. Es un presidente pedagogo, que está todo el tiempo explicando y argumentando a favor de su causa. Raúl Alfonsín también era así. Todo el tiempo estaba convenciendo a todo el mundo de instalar formas civilizadas de convivencia.



**Soy un ser contradictorio que disfruta de asumir la contradicción como forma de vida. Como no creo en nada, no me detengo en ningún punto. Por eso puedo ir de lo punk a lo hippie sin dramas, aunque lo hippie siempre me pareció un poco chirle y me remonta a mi pubertad.**

En los años noventa me obligué a leer autoayuda porque descubrí que era un fenómeno de masas que desconocía completamente hasta ese momento. Durante un año trabajé en una gran librería porteña. Apenas ingresé allí vi que los libros considerados “despreciables” (los de autoayuda) estaban al fondo del local. Cuando me fui, apenas un año más tarde, habían sido desplazados al lugar privilegiado: a la entrada del local. Era lógico, ya que eran los títulos que más se vendían.

Estuve en el mundo del libro justo en el momento de esa transición entre la vieja librería que le vendía libros a gente entendida y la nueva librería que vende productos encerrados entre tapas, sean estos lo que fueren. Con tal de que se venda un libro da lo mismo hoy que sea La Biblia, “Cómo matar a tu esposa en cuatro lecciones” o *En busca del tiempo perdido* (aunque ya sabemos que este último título jamás será masivo).

A partir del comienzo de los noventa las librerías ofrecieron lo que se vende sin que les importara demasiado el contenido. También apostaron a tomar personal que sabía poco y nada de libros. Alcanzaba con que supiera encontrar lo que el cliente le pedía y pudiera recomendar alguno de los títulos de moda.

Lo primero que me llamó la atención cuando trabajé en la librería fue la gran cantidad de gente inteligente, o que al menos no parecía descerebrada, que leía libros de autoayuda. Lo supe porque me quedaba hablando con ellos y teníamos buenas charlas y veía que tenían ideas sofisticadas. No sobre literatura, por supuesto (ya que por lo general no leían literatura) pero sí sobre otras cosas. Cuando hablaban parecían muy lúcidos, pero de golpe te pedían el libro “Aprender a amar sin sufrir” o algo semejante. Y durante meses solo llevaban libros por el estilo: “Cómo ser bueno sin que abusen de mí”.

Empecé a leer algunos de los libros más pedidos, como *Piense y hágase rico*, que es uno de los *best seller* más masivos de la historia de la autoayuda, al nivel del clásico *Cómo ganar amigos*.

La primera recomendación de *Piense y hágase rico* es: “Si usted no nació rico cátese con una persona rica”. También trae un test para saber si sos una persona capaz de ganar dinero y hacerte rico. Te pregunta, por ejemplo, qué harías si estás frente a una entrevista muy importante de negocios o de un trabajo que te puede hacer ganar mucho dinero, y te llaman para decirte que tu madre se está muriendo y que pide verte. ¿Qué harías en esa situación? ¿Continuás con el negocio o vas a ver a tu madre por última vez? Digo madre, pero en el libro se habla de la persona más querida, que puede ser una esposa, un hijo o a quien más quieras.

El libro te advierte que si desaprovechás la oportunidad del negocio y no vas a la entrevista porque te parece más importante despedirte de la persona que más querés, nunca podrás ser rico. No estás preparado para hacer dinero. Si realmente te interesa

tener dinero debés cambiar esa actitud.

Cuando leía el libro recordé a un amigo que tiene muchísimo dinero logrado por él mismo (no viene de familia rica, apenas clase media, como la mía) y que solía decirme que él creía que yo podría vivir siempre con dignidad porque tenía talento, pero que al no tener la obsesión por hacer dinero nunca sería rico. Tuvo completa razón: no soy ni pude ser jamás rico.

En cambio, él sentía que si no estaba todo el día haciendo dinero, si alguna vez paraba en su afán de aumentar su riqueza, iban a pasarlo por arriba. Por eso nunca paraba y eso le permitía tener cada vez más dinero. No pensaba jamás en otra cosa, ni siquiera un instante. Estábamos en un restaurante hablando de viejos amigos de la época del colegio secundario e inmediatamente se le ocurría un negocio y dos meses después ya le daba ganancia. Gracias a esa forma de pensar, dice él, ahora es muy rico.

Si solo pensás en el dinero, hacés dinero. No hay una sola persona medianamente inteligente que no haya hecho dinero si es que pensó todo el tiempo en el dinero. Eso sí: no tenés que pensar en nada más. Realmente en nada más.

Este amigo no partió de ser esclavo o vivir en la calle, pero tampoco era rico. Sus padres ni siquiera eran propietarios. En vez de comprar una casa pequeña en un barrio alejado (que tal vez hubieran podido comprar), alquilaron una linda casa en Recoleta y eso les consumía todo lo que ganaban. Pero él hizo fortuna desde muy joven: ya a los 30 años tenía cuarenta millones de dólares, o quizás más.

No sé ni quiero saber mucho sobre los métodos que usó para hacer su fortuna (tiene razón Balzac cuando dice que en el origen de toda fortuna hay un crimen), pero creo que tenía razón cuando decía que hay que pensar todo el día en el dinero para poder hacer dinero.

Lo que yo vi en ese libro titulado *Piense y hágase rico* era que tenía una base ideológica terrible, pero muy cierta desde el punto de vista práctico. Por lo tanto me interesé por el género de autoayuda. Que, además, es enorme, es casi tan grande como toda la literatura.

Leí al doctor Andrew Weil, que es médico, y que me ayudó mucho en cuestiones propias de mi vida. Él dice que la primera regla para mejorar la salud es eliminar los diarios y no ver los noticieros, especialmente los que presentan crímenes. Hay que alejar las imágenes de violencia, sufrimiento y conflicto. Nada de noticias, y poner flores naturales en casa. Parece una boludez pero funciona.

Mostraba varias páginas de fundamentos médicos sobre eso, con mucha bibliografía científica. Decía que todos los días muere gente por hechos violentos, y que si uno hace varios duelos diarios terminará creyendo que el mundo es horrible y que no se puede vivir en él.

Es lo que les pasó a nuestras tías y abuelas que vieron todo el tiempo la señal TN durante el kirchnerismo y creían que esos cinco asesinatos que pasaban por semana era la prueba de que no se podía salir a la calle porque te mataban. Vivían en estado de angustia permanente por mirar un canal de noticias.

“Salís a la calle y te matan” fue la imagen que construyeron los canales de noticias

durante el kirchnerismo. La gente que se enganchaba con eso tuvo una vida horrible: realmente temían que los mataran, los violaran, los robasen. Andrew Weil analiza este mismo problema en los Estados Unidos de los noventa. Lo que él recomienda es no ver esas cosas y, si las ves, no creer en ellas porque los medios viven aterrorizando por principio. Su negocio es producirnos miedo, mientras que el nuestro es justamente el contrario: no tener miedo. Vivir felices.

El segundo consejo de Weil es rodearse de belleza. Entre otras cosas ver flores, pero no artificiales sino naturales. Hay que invertir en flores naturales. Las más baratas, las que te gusten. Si no tenés les pedís a tus amigos, y las ponés en el lugar que más te guste de la casa. Lo hice todas las semanas durante años y me alegraban al llegar a casa. Realmente tienen un efecto positivo.

Cuando empecé a escribir y leer en Twitter vi que todo el mundo estaba demasiado informado, demasiado pegado a lo que decían los medios. Todo el tiempo comentan las noticias más atroces, aquellas que hacen que los débiles de espíritu inmediatamente reaccionen diciendo que todo es horrible. Entonces se me ocurrió que estaba bien citar los principios de Andrew Weil, empezando por no ver los noticieros y no creer en eso de que si salís a la calle te matan.

Si bien mi crítica a los medios tiene una base fuertemente semiológica y filosófica, es desde la autoayuda que comprendí lo nocivo para nuestra salud que es nuestra creencia en “las denuncias” que instalan los medios. El “salís a la calle y te matan” no fue un invento de los medios durante su lucha feroz contra el gobierno de Cristina Kirchner, sino que lo mismo (aunque en menor medida) les hicieron a Alfonsín y a Menem; incluso se lo hicieron a la Dictadura cuando estaba en sus meses finales y se lo harán a Macri en algún momento cuando ya no le puedan sacar nada más.

Antonio Gramsci, ya en la década de 1920, reflexionaba sobre por qué la gente pobre lee las páginas de policiales de los diarios. En esas páginas es donde se la hace quedar peor: siempre el asesino, el violador, el ladrón es un muchacho pobre, feo, sin dientes, el hijo de los que leen noticias policiales. Gramsci cree que eso sucede porque en las noticias policiales hay un mundo de terror y una violencia ordenadas que son mejores que el mundo real que el pobre imagina para sí. Eso calma al pobre y emociona al rico.

Gramsci es más sutil al reflexionar sobre esto. Yo lo estoy resumiendo abruptamente y me da un poco de vergüenza, pero si traigo su idea a colación es para recordar que es desde hace mucho tiempo que el periodismo aterroriza con las noticias. Por lo menos desde hace un siglo.

El tercer principio de Andrew Weil para vivir más saludables dice que debemos amigarnos con todas las personas que están a nuestro alrededor. Si hay alguien que no es ni puede ser amigable, lo que hay que hacer es soltar a esa persona.

Todas estas cosas de Weil comencé a ponerlas en Twitter, relacionándolas con otras recomendaciones para vivir mejor. Y mucha gente sintió que le estaba hablando especialmente a ella. Es lo que sucede con la buena autoayuda: parece que nos habla solo a nosotros.

Si fumás tenés que dejar de hacerlo; si comés mal debés hacer una dieta saludable:

menos grasa, menos sal, menos harina, menos azúcar, menos cantidad de todo. Nada del otro mundo. Pero solo con eso reducís drásticamente las posibilidades de tener un infarto o un ACV. Si dejás de fumar, mejor todavía.

Empecé a decir eso y recibí miles de respuestas positivas en Twitter. Me encontré con gente en la calle que me decía que había dejado de fumar por mí, lo que era una alegría porque a mí me costó muchísimo lograrlo.

Recuerdo que mis amigos me veían haciendo el esfuerzo por dejar de fumar y me decían: “No seas boludo, fumate un puchito”. El discurso de dejar de fumar era visto como una cosa nazi. Consumir tabaco era un acto de rebeldía en el ambiente cultural de los ochenta o de los noventa.

**Descubrí que una de mis facetas es la de tratar de ayudar en lo que se pueda y la hice funcionar en todos los lugares: en la radio, en Twitter y en mi programa de televisión. Cuando me invitaron a conducir un programa en el Canal de la Ciudad lo hicieron viendo en mí a un crítico de arte y un crítico cultural, y lo que querían era que hiciera un programa de arte.**

Eso me pareció una estupidez porque ahora está de moda hablar de arte y todo el mundo hace su pequeño negocio con eso. Yo no lo hago porque no me interesa.

A mí solo me interesa ver la obra. Pero reconozco que hay muchos negocios no demasiado santos en el mundo del arte. Muchos. Por ejemplo, si manejas la sección de arte en algún medio vas a la Bienal de Venecia y conseguís mil otros beneficios. En este caso se trata de negocios que podríamos considerar legales, pero también hay otros negocios que son mucho más oscuros.

Veía que mucha gente en el campo de la cultura estaba yéndose para el lado del “arte”, ya que es de los pocos espacios culturales que puede dar dinero al que no tiene ningún escrúpulo. Muchos que escribían sobre libros se estaban dedicando a escribir sobre arte porque en el mundo del arte no hay mucha gente que tenga una buena formación.

La gente que leyó bastante y fue a algunos museos ya puede hacer crítica de arte sin problema (incluso si no leyó mucho ni fue a demasiados museos). Por eso me aburrí de ese mundo. Me interesa el arte, pero el mundillo me parece horrible. Así como dejé de ser crítico de libros después de haberlo sido muchos años, también dejé de publicar crítica de arte desde hace un par de años.

Fue un perjuicio económico porque escribía todas las semanas. Gracias a eso lograba una pequeña suma constante, que se extraña cuando no está. Al dejar de escribir de arte perdí un 20% de mis ingresos, pero siento que vivo mejor. Justo que estaba pensando en dejar de escribir de arte me llaman del Canal de la Ciudad y me proponen hacer un programa sobre arte. Los convencí rápido de que eso no era lo mejor y que podíamos explorar otros espacios. Y me apoyaron.

Me gustaba más la idea de hacer algo más personal, más íntimo y menos trillado, aunque llegara a un pequeño público. Me importaba hablar de algo de lo que no se hablaba en la televisión argentina y es de la gente que está pensando el futuro. Propuse eso y lo aceptaron.

En todos los canales hay alguien “especializado” en mostrar los nuevos chiches tecnológicos. Te muestran el último teléfono y te dicen cómo lo podés usar. A mí lo que me interesa es ver cómo estos cambios tecnológicos están transformando la vida de la gente.

Así nació *Los futuristas*. No está copiado de nada. Partimos de esa idea, hicimos un guion muy flojo, pero al tercer programa nos dimos cuenta de que teníamos un formato que funcionaba bien.

Empezamos con un especialista en tecnología que era optimista sobre lo que hablaba.

Decía que el futuro ya llegó y que, en general, sus cambios son positivos e irreversibles. Y terminamos, en el último programa, entrevistando a un filósofo que criticó la idea de que vivamos alguna vez el futuro porque siempre estamos en el presente y lo único que hay en el futuro es la muerte.

Es decir que ofrecimos muchos puntos de vista sobre el tema de cómo la tecnología está cambiando nuestras vidas. Fue un programa muy querido por la gente del canal y me ofrecieron la segunda temporada. Pero no acepté porque creí que si seguíamos haciendo lo mismo íbamos a hacer la misma versión con invitados de clase B, y a mí me gustan los de clase A. Además de que no me gusta repetirme.

Así como vi que en la Argentina nadie hablaba del futuro pero sí de los chiches tecnológicos “futuristas”, lo que vi luego de hacer ese programa es que todo el mundo tenía una mala onda total. Entonces se me ocurrió hacer un programa sobre aquellos que comprendieron que podían escapar de la idea de hay que tener una mala vida y lograron hacer una obra importante. Le propuse al canal hacer un programa sobre la buena vida y les gustó.

Lo hicimos sobre gente que nadó contra la corriente o que inventó su lugar en el mundo con humor, con una degustación de café o algún otro placer. El placer siempre es una salida. Estas cosas placenteras les dieron buena vida a ellos y entonces valía la pena contarlos porque podían inspirar a los demás.

Me gusta cambiar. Aprendí mucho haciendo TV. En primer lugar, aprendí que el equipo es lo central. A mí siempre me costó integrarme a equipos de trabajo porque no tolero la mediocridad, la chantada. Y la mediocridad y la chantada es lo que abunda. Como la mayoría de los trabajos que había realizado antes de hacer TV podía hacerlos solo (aunque eso significara más trabajo y esfuerzo de mi parte) lo prefería y nunca me integraba a los “equipos”.

Pero en la TV tenés que formar parte de un equipo. No hay otra alternativa. He tenido la suerte de que casi todos los equipos que integré en la TV han sido muy buenos. Con gente muy dispuesta a escuchar y a trabajar en conjunto.

**Caminar es bueno. Siempre hay que tratar de caminar “un poquito más”. No caminemos solo hasta el subte. Hagamos unas cuadras más. Todo trayecto menor a diez cuadras, si no es bajo un sol abrasador, hay que caminarlo.**

Caminemos los 3 kilómetros diarios que se recomiendan. Aunque sea hagámoslo en pequeños fragmentos de dos cuadras. Sin excusas.

Todo el mundo dice: “Bueno, pero tengo que ponerme zapatillas, ropa adecuada, contratar un entrenador”, etc. Por supuesto que hay condiciones óptimas para hacer cualquier cosa, pero caminar un poco no es tan complicado y te vas a sentir mejor, las células del cerebro se van renovar, etc. Es un aporte a tu salud.

Incluso si lográs abstraerte mientras caminás de los problemas que te obsesionan, ese pequeño ejercicio cotidiano te va a cambiar positivamente el día. ¿Por qué negarse a mejorar nuestra vida?

Caminar, además, es ver. Simultáneamente, mientras caminás, podés escuchar música o el ruido ambiente del horror ciudadano.

También hay que sonreír. Hay que hacerlo, en vez de tener el dibujo amargo en la boca. ¿Por qué esa cara de culo como forma habitual de estar en el mundo? Levantá un poquito la comisura de los labios, intentalo.

Si los que te ven pasar caminando dicen: “Mirá este boludo con esa sonrisa”, te vas a reír en serio y eso ya te cambió el ánimo. Muchas de nuestras amarguras surgen porque consideramos que los estados negativos (el odio, el resentimiento, la indignación) son más interesantes que los estados positivos, en especial la alegría.

El odio contamina. Lo peor que le puede pasar a una persona es odiar. Te pone al otro adentro tuyo para que te contamine. A veces me enojo con personas que me han hecho mucho daño. No soy Cristo besando a sus enemigos. No amo a esas personas, no me gustan y, si puedo, las evito. Pero no las puedo odiar.

Soy una persona que no odia, pero sí veo gente que odia y no puede soltar. Conozco mujeres que se separaron, con las que a veces voy a tomar un café. Pido un capuccino sin azúcar y empiezan: “Ah, me hacés acordar a mi ex, cuando fuimos a Venecia”. ¡Hace quince años que están separados y hace veinte que fueron a Venecia! ¡Se acordó porque es una esclava de su ex!

Esas personas, si no tuvieran ese sentido del odio tan desarrollado, tendrían una vida sin sentido. Pero el sentido que produce el odio es la autodestrucción.

Tengo una personalidad que genera polémica en Twitter porque pondero mucho la existencia de matices, de que no solo hay blancos plenos y negros rotundos, sino también muchos grises. Cuando digo “pero hay grises” en Twitter mucha gente estalla. Me saltan a la yugular todos los que están en contra del blanco y todos los que están en contra del negro: se unen los contrarios porque ambos bandos extremos no toleran los matices y la complejidad de las escalas tonales.

En las redes sociales, la mayoría de la gente quiere demostrar que te odia, que estás equivocado, que sos un imbécil y que pensás lo que pensás porque sos un corrupto

inmundo, una mala persona.

Muchos trolls aparecen y dicen que digo lo que digo porque alguien me paga. Acusar al otro de algo es algo típico de las redes sociales. Y es efectivo porque hay mucha gente que cree cualquier denuncia contra cualquiera, aunque no haya la mínima prueba, el mínimo argumento racional: en Twitter se nos considera culpables por haber nacido y tuitear. Al aceptar estar en una red social uno acepta (aunque no lo sepa) que deberá inyectarse una incalculable cantidad de veneno en las venas.

Hay gente que me pregunta por qué me dejo afectar por el ataque constante de los malvados. Es muy difícil hacerle comprender el efecto que tienen cientos (a veces, miles) de agresiones brutales diarias (que incluso pueden incluir amenazas de muerte) a gente que tiene cincuenta seguidores y que casi no tuitea.

Las agresiones son muy violentas: “Te voy a ir a buscar y te voy a hacer arrepentir haber nacido”, “Sé dónde vivís”, “Te voy a matar el perro”, “Sos un hijo de puta”. Mil personas puteándote por una pavada que dijiste en un tuit, pero que hizo estallar a algún troll que te saca de contexto y te “denuncia” ante sus seguidores (y los seguidores de los trolls más malvados suelen ser la gente más imbécil y violenta del planeta).

Tuiteo: “Mejorá tu vida, dejá de fumar”, y aparece uno que te acusa de estar pago por una fundación o un grupo al que le conviene que no se fume. Inmediatamente aparecen decenas a agredirte. ¡Porque recomendaste dejar de fumar! Ni hablemos de la locura que es sostener un diálogo sobre temas políticos y polémicos.

El nivel de agresividad social empezás a sentirlo a partir del momento en que tenés cierta popularidad. Cuando sumás cincuenta seguidores y no tuiteás sobre nada que pueda ser polémico eso no lo notás, pero apenas pasás un grado mínimo de popularidad, y más aún si sos una persona que debate temas polémicos, vivís en medio de un huracán de agresiones.

A la semana de la asunción de Macri puse una serie de tuits elogiando alguna de las primeras medidas y hubo muchos kirchneristas que salieron a matarme porque suponen que este gobierno va a instaurar algo parecido a los campos de concentración, que no va a permitir que sus chicos puedan ir a la escuela por ser kirchneristas o cosas así.

Me decían: “¿Esto te parece bien? Tus hijos no van a poder comer. A vos te paga el macrismo”. Este tipo de gente es parte importante de la sociedad argentina.

Yo tuiteo sobre qué hermoso que es vivir o cuánto me gustan los árboles y me contestan que puedo decir eso porque soy rico. No hay tema sobre el que no pueda haber una respuesta negativa.

Es cierto que con estas intervenciones más *light* las agresiones son apenas cien, mientras que si hablo de Cristina Kirchner o de Macri son miles. La política es el ambiente más complicado. La política o lo que se considere político.

En Twitter descubrí que la gente que se expresa allí tiene un ideal que no puede cumplir. Guarda mucho resentimiento y, por lo tanto, reacciona negativamente. Lo que más odia no es una acción política, sino que a alguien le vaya bien dentro de una opción política.

Por ejemplo, si un artista tan talentoso como Fito Páez dice: “Me gusta Cristina”,

siempre va a aparecer alguien que proponga matarlo por haber opinado así. Aunque alguna vez, hace mucho, esa persona haya disfrutado de algunas de las canciones de Fito Páez, ahora lo odia porque tiene dinero y porque dice que le gusta Cristina, a la que esa persona odia.

Apenas Cristina Kirchner terminó su mandato leí en Twitter cientos de comentarios que pedían que Fito Páez, “ahora que ya no tiene protección del gobierno”, fuese preso. ¿Por qué debería ir preso? ¿Qué fue lo que hizo para ir preso? No hay un solo argumento racional: es odio. Creen que argumentan porque difunden “denuncias” sobre “todo el dinero que Fito Páez ganó con el gobierno de Cristina”. El resentido es muy creyente de cualquier chisme que le sirva para sostener su odio.

El que odia vive pegado a lo que odia. Las personas que vivían tuiteando que detestaban las cadenas nacionales de Cristina no se perdían una sola. En los ocho años del gobierno de Cristina Kirchner no vi una sola cadena nacional. Pero ellos, que decían odiarlas, las vieron absolutamente todas y las comentaban en Twitter, palabra por palabra.

Fue así que descubrí que esas personas necesitan vivir en estado de odio y que odian, sobre todo, a los que les va bien política, social o económicamente. No toleran que haya gente que no fracase como ellos.

La idea que articula la vida del resentido es “el que no me gusta tiene que ir preso”. Es decir, que el odio no es contra el político sino contra aquellos a los que no les va mal.

Por eso los trolls de Twitter tienen decenas de miles de seguidores. Son líderes de opinión especializados en el odio. Viven acosando. Pero los siguen porque hay gente débil que necesita ese liderazgo.

Nunca voté a Cristina ni participé de ninguna actividad de su gobierno, pero muchos me acusaban de ser kirchnerista. ¿En qué se basaban? En que yo nunca pedí que Cristina fuera presa o directamente fusilada sin juicio. Es decir, porque no estaba (ni estoy) obsesionado con ella.

Vivimos situaciones terribles como la Dictadura, donde mientras una ínfima proporción de la sociedad tuvo actitudes maravillosas, mucha gente se comportó de manera horrible y la mayoría se posicionó como “neutra”. A mi mamá hubo familiares que no la recibieron más en su casa por temor a quedar comprometidos porque yo estaba preso.

Pero en aquellos momentos terribles no hubo una guerra discursiva equivalente a la que, en estos últimos años, dispararon los medios masivos y los trolls fanáticos en las redes sociales. Sencillamente no era posible porque entonces no había canales por los que circulara esta violencia discursiva.

El momento histórico del kirchnerismo es el primero que coincide con el auge de las redes sociales, que son instrumentos muy eficaces para expresar el odio, entre otras cosas. El odio existe desde siempre, pero desde hace diez años también hay un canal para expresarlo impunemente y, además (y quizás lo más importante), es posible calzarse la máscara del anonimato. El anonimato le permite ser brutal y atroz a gente que, si diera la cara, no se mostraría tan monstruosa.

Para la mayoría de los trolls, el anonimato es esencial, pero para otros, lo esencial es ser el Gran Troll Estrella. En la Argentina el Gran Troll Estrella es Lilita Carrió. No soportó jamás que el lugar del Estrellato Estelar lo ocupara la presidenta. Su vanidad infinita se sublevaba contra eso. Por ese motivo nos amenazaba con el Apocalipsis.

Lilita tiene absoluta impunidad para decir cualquier delirio, ser cruel y malvada. Los medios la aman porque es el Gran Circo y porque sus “denuncias” atraen como la mierda a las moscas y les permiten ganar público.

Lilita como Gran Troll Estrella tenía diez puntos de rating en TN, pero después la votaba el 1% del electorado porque lo que en realidad sus seguidores querían de ella era su odio, no que gobierne.

Una cosa es que sea representante del odio de un sector y otra que sea presidenta, porque los mismos que festejan su odio saben que posiblemente con ella se morirían de hambre.

Lo mismo pasaba con Lanata cuando concentraba a tanta gente con odio. Como no tiene ninguna responsabilidad pública, puede decir lo que quiera. Pero como es inteligente, nunca aceptó un cargo político porque habría sacado también el 1% de los votos o, peor, habría tenido que gobernar y enfrentarse a lo real.

El resentido es incapaz de actuar en el plano de la realidad. Solo funciona como agresor verbal (a lo sumo como agresor físico, pero jamás como constructor de nada).

El mundo no tiene ningún sentido, pero eso no nos habilita a odiar. El sinsentido del mundo puede ser la base de la producción estética positiva. Podemos hacer un poema a partir de ese vacío de sentido. Como hicieron Fernando Pessoa o Walt Whitman. No estamos condenados a ser Lanata o Lilita.

Nietzsche decía que se puede construir sentido positivo a través de la política, de la religión o del arte.

La política y la religión poseen fuerzas muy poderosas a las que él llama “El Legislador” o “El Sacerdote”, que no son los legisladores o sacerdotes como los entendemos hoy sino mecanismos que le dan sentido a la política o a la vida religiosa.

Fuera de estas fuerzas positivas, que generan sentido para este mundo sin sentido, están los esclavos, que acatan con odio fanático y resentimiento la cara monstruosa de la religión y de la política. En su odio antipolítico (que, a veces, también es antirreligioso) suelen convertir la política en una religión fanática, como hacen los terroristas (y, en una escala menos espectacularmente dañina, pero igualmente malvada, como hacen los trolls).

Hay gente que no puede dejar de odiar a Cristina Kirchner o a Macri (o a quien mierda fuere), porque el odio le da un sentido –un sentido que es antiartístico, es decir, no positivo– que les permite mantenerse en pie. Son personas que no pueden encontrar sentidos positivos y se refugian en la negatividad.

La experiencia de odio tiene que ver con la muerte porque el resentimiento es una experiencia de muerte. El que odia no vive. Son las personas que Nietzsche llama esclavos. Son los que odian la vida porque la vida es una instigación a aceptar el dolor con alegría. El que odia es incapaz de aceptar ese desafío, por lo tanto está en letargo

hasta que muere. Meramente existe. Eso es todo.

Hay que leer lo que dijo Nietzsche sobre el resentimiento: es “una manera de ir suicidándose de a poco”. Es un suicidio homeopático. El resentido es el que toma veneno mientras cree que el que va a morir es el otro, pero el que muere es él. Está envenenado y cree que va a matar al otro, pero su veneno solo puede matarlo a él.

**La vida es corta para comer triste. Esta frase suelo tuitearla cuando voy a un restaurante a comer rico (lo que sucede muy a menudo, porque habitualmente como fuera de casa). A los placeres hay que dárselos en vida. Los placeres son muchos.**

La importancia del sexo en una relación con otra persona es relativa. Durante unos diez años no pude coger más de lo que cogí, que fue mucho, quizás demasiado. Los primeros años de la recuperación de la democracia, lo que se dio en llamar “el alfonsinismo”, fue de una facilidad extrema para tener sexo entre hombres.

Era casi imposible no levantar un tipo. Buenos Aires era como Río de Janeiro, donde me pasó que salía a la calle, veía a un hombre y ya nos poníamos de acuerdo en ir a coger. Salía de coger con ese tipo y me encontraba con otro, y así. No podía caminar una cuadra sin tener una posibilidad sexual.

El Buenos Aires de los ochenta era un poco así. Después, por el temor al sida, por el recambio generacional y porque también uno va envejeciendo, las cosas se calmaron un poco. Pero haber cogido tanto me demostró que el sexo no es algo tan interesante. Llevado al límite, el sexo dice poco.

Marshall McLuhan decía que “una sociedad obsesionada con el sexo es una sociedad que tiene poco sexo”. Acuerdo con él. Creo que la obsesión sexual argentina surge de que hay poca práctica sexual. Al menos, poca práctica sexual interesante, variada, novedosa. La gente está, en el “mejor” de los casos, encerrada en el sexo con su pareja.

Cuando menos sexo tenés más lo deseas y más sofisticadamente interesante es en tu cabeza erótica. Como decía Giacomo Casanova, el gran libertino, el sexo es mejor imaginarlo a priori que practicarlo. A lo que Roland Barthes agregaba: “Por el contrario, lo que más me gusta es el recuerdo, cuando el chico se va a su casa”.

Cualquiera que haya cogido mucho sabe que coger no es tan interesante como piensa la mayoría de la gente que no coge o que ha tenido pocas experiencias interesantes.

La obsesión sexual parte de una lógica adolescente, y sigue siendo adolescente aunque el obsesivo tenga 80 años. Lo que no quiere decir que coger no pueda llegar a ser entretenido, o que uno no lo disfrute. Esas son cosas que hay que dar por hechas, porque se trata de una fuerza vital interesante.

Pero también hay otros placeres. Por ejemplo, estar charlando con una persona, comer rico, escuchar una música que te gusta, leer un libro son cosas que tienen un costo emotivo y material muy bajo. Aunque por supuesto no siempre, porque por ejemplo viajar es caro, y hacerlo en muy buenas condiciones es más caro aún.

Prefiero siempre viajar bien. Si no es así, prefiero no hacerlo. A los 30 años dormí en pocilgas de Ouro Preto por un dólar la noche; a esa edad, acostarse en una pésima cama se soporta bien. La pasé bárbaro entonces, pero ahora no tengo ganas de dormir en el piso. No lo disfruto. Sería una tortura.

Cuando era joven también tomaba un vino que ahora me quemaría por dentro, lo que no quiere decir que haya que tomar vinos de cien dólares. Puedo tomar vinos de ocho o

diez dólares que son buenísimos, y una botella me dura dos o tres días, por lo cual no se trata de un gran desprendimiento material.

¿Por qué es importante esto? Porque la vida es muy corta y el placer que vas a obtener hoy no lo vas a obtener luego.

La frase “La vida es corta para comer triste”, que suelo repetir, viene de una vieja publicidad de la marca de ropa New Man, que decía: “La vida es muy corta para vestirse triste”.

Me parece un buen criterio: la vida es corta para vestirse, para comer, para hacer cualquier cosa con tristeza. Se aplica a todas las situaciones. ¡Disfrutá ahora! (Esta podría ser la máxima enseñanza: el *carpe diem* de los romanos.)

**A veces me pregunto por qué participo de las redes sociales habiendo tanto odio. Creo que lo hago por ego. Como decía Santo Tomás, si no tuviéramos ego no podríamos amar y si no amamos no podemos entrar en relación positiva con el resto del mundo.**

La solidaridad, los afectos familiares, la amistad, todo el afecto positivo nace del ego: el amor a uno mismo. Nadie ama si no tiene amor propio. La gente que se degrada a sí misma no puede amar. Poco ego es sospechoso, aunque mucho ego también te impide amar. El ego es un problema, como todo lo interesante de lo humano.

Me gusta que la gente me siga en Twitter y banco la violencia que forma parte de la vida en esa red social no solo por el ego, sino porque también hay muchos comentarios positivos. Aprendí mucho en Twitter. Me dio (y me da) muchas ideas estar ahí. Casi todo lo positivo que hice en los últimos años sería impensable sin mi interacción en Twitter.

Además, hay gente que hace comentarios positivos. También hay una minoría silenciosa con buena onda. Por eso doy muchos de esos consejos sobre cómo tener una buena vida, que suelen parecer ridículos a los que se creen de vuelta de todo. Esos consejos tienen que ver con que sé que hay miles de personas que me leen y a las que eso les gusta.

Hay algo muy desgastante en Twitter, porque me demanda una gran cantidad de energía, que es tratar de responderle de manera razonada a la mayor cantidad de gente posible que me comenta algo.

Se hace difícil los días en que tenés que responderles a mil y ni hablemos si me zambullo en dos o tres discusiones con muchas personas interviniendo. Le doy un valor muy alto a la posibilidad de relacionarme con los que me escriben. Si no, no entiendo para qué estar en Twitter: es el núcleo de la comunicación humana actual.

Una de las cosas que aprendí de las redes sociales horizontales como Twitter es que la gente común quiere dialogar con los otros, hasta que te descubren los trolls y vienen a destruirte.

Notás claramente cuando aparece un troll porque su característica es agredir independientemente de los argumentos razonables que vos ofrezcas. Inmediatamente te das cuenta de que es un teatro para conseguir seguidores, mantener atentos a los que ya tiene y demostrar que ellos son “superiores”. Es la escenificación extrema de la violencia verbal.

He descubierto (a pesar del anonimato) que hay muchas mujeres trolls, por lo general mayores de cincuenta años, con maridos ricos. Son mujeres que viajan por el mundo. Hace treinta y cinco años que no cogen con nadie y saben que nunca más van a coger y entonces se pasan todo el día agrediendo en Twitter.

Es difícil razonar con esa gente. No hay conversación posible porque no asumen de ninguna manera la horizontalidad y la racionalidad de la conversación. Pero sí condescienden a armar pequeñas comunidades, digamos unos diez trolls, donde tampoco

conversan pero se apoyan unos a otros. De cualquier modo, fuera de los trolls, creo siempre que hay que tender un puente para acercarse a los otros.

El periodismo es horrible. La vida cotidiana en los últimos años en la Argentina es la prueba de eso, donde hubo periodismo militante en contra del gobierno y también a favor.

Es que el periodismo, tal como fue imaginado hace décadas, ha desaparecido: se convirtió en una ficción de lo que alguna vez intentó ser. Hace mucho, pero mucho tiempo, el periodismo se presentaba como la versión “objetiva” de lo real. Y trataba de mantenerse independiente de las facciones políticas. Eso no existe más.

El diario *La Nación*, por ejemplo, critica a Cristina por ser rica, por comprar ropa cara, por alojarse en hoteles de lujo cuando realiza un viaje oficial al exterior. Sin llegar al extremo de las locuras que publicó *Clarín*, *La Nación* criticó a la ex presidenta por eso. Si había una sospecha de que compraba su ropa con plata robada, tendrían que haber investigado eso, pero mientras tanto no es delito comprar algo, aunque sea caro (más si una persona declara que es rico). Pero que un medio se dedique militantemente a criticar a la presidenta por no comprar ropa en La Salada es porque ya cayó al nivel del subsuelo.

Se trataba de una persona rica comprando ropa cara. Lo mismo pasó con Macri cuando tomó aviones privados para ir a Río de Janeiro y Santiago de Chile durante la campaña electoral. Es lo lógico en un candidato a presidente. En ninguna parte del mundo se critican estas cosas.

El periodismo que “denunció” que Cristina Kirchner viajaba en un avión privado mientras el lector resentido al que se dirigen viaja en colectivo por La Matanza es un periodismo troll.

Como también es un periodismo troll el que decía que Cristina caminaba sobre las aguas y multiplicaba los panes y los peces. La única explicación de que estas cosas sigan funcionando es porque todavía hay gente que le gusta odiar a alguien o que le gusta amar a su dios en forma extrema.

Así como hay gente que odia o ama a los padres, hay gente que tiene la misma conducta con los políticos, que de algún modo también sienten que son sus padres. El periodismo canaliza eso sin importarle informar de manera mínimamente objetiva.

Hoy ningún argentino que no tenga daño cerebral puede creer que haya periodismo en la Argentina como lo hubo antes del kirchnerismo. El periodismo que se preocupaba por parecer mínimamente objetivo es algo que no existe más y que no va a poder ser reconstruido.

Es tan mentiroso, tan militante, tan troll el periodismo en la Argentina que dejó de interesarme. Leo los títulos en la Web y si algo me atrae mucho profundizo la lectura (pero siempre me decepciona). Prefiero leer medios del extranjero o información sobre tecnología.

La idea de que si uno no está enterado de lo que sucede en la llamada “esfera pública”, dominada por los trolls, se convierte en una especie de pelele, es equivocada. De hecho, es la propia militancia extrema en la esfera pública la que nos ha sacado de la

cabeza la idea de que uno está informado si se mantiene atento a eso. Basta percibir ese odio para saber que no nos perdemos nada si lo evitamos.

Es un signo de limpieza mental e inteligencia no dejarse engañar por los discursos de los medios. Me refiero al discurso político-económico-social. Otra cosa es leer sobre asuntos por afuera de eso, donde no se dirime poder, y que es lo que a mí más me interesa.

Hace unos años, Santiago Bilinkis, que fue el primer invitado a mi programa *Los futuristas* en el Canal de la Ciudad, me dijo que me fijara en una serie de noticias que hablaban de un trabajo científico sobre la memoria. Se estaba investigando la forma de almacenar la memoria y poder ponerla a resguardo, como cuando guardamos un documento en un pendrive. Eso sí que es una información que vale la pena leer.

Se están haciendo estudios de laboratorio con ratones sobre este tema de poner la memoria animal en pendrives; y no sale en ningún diario. Esto, que nos va a cambiar la vida dentro de cinco o diez años, no está en la agenda mediática; si por casualidad lo publican, lo hacen en la página 25, abajo, chiquito. Hay que buscar con lupa los artículos que nos hablan de las investigaciones más interesantes que se están haciendo. Estos temas son los que me gusta seguir en los medios.

Suelo sugerirles a mis seguidores de Twitter que hagan este ejercicio: que anoten en una libreta las noticias sobre las disputas políticas de la Argentina que más los enfervorizaron y que dentro de seis meses vuelvan a ver esas notas. Se van a terminar preguntando: “¿Por esta pelotudez me enojé y me terminé peleando con un amigo?”.

El que es capaz de hacer eso (es decir, de tener una visión crítica sobre la política de enloquecimiento que promueven los medios) la pasa mejor. Si no querés tomarte el tiempo de esperar esos seis meses, podés ir al pasado. Te fijás en la Web las cosas que se discutían hace seis meses y te vas a dar cuenta de que ya no importan. No te importan a vos y no le importan a nadie.

Los que tenemos más de 30 años tenemos costumbres de otra época, como leer diarios, pero la mayoría de los que tienen alrededor de 20 ya no lo hace. No los leen porque saben que ahí no hay nada interesante que encontrar, pero esencialmente porque los medios masivos son algo que pertenece a otra época cultural.

No es cierto que a los más jóvenes no les interese la política. Lo que ocurre es que saben que en los medios solo encontrarán mentiras y operaciones comerciales y políticas. Eso es lo que no les interesa.

Los jóvenes buscan (en los medios tradicionales y en toda la Web, sin importar dónde se lo encuentra) algo relacionado con la música, con los avances tecnológicos, con la historia de su barrio, con lo que sea de su interés. Van armando así su propio medio. Algunos dicen que esa forma de hacerse cada uno el propio medio, un medio que refleje lo que a cada cual le interesa, es algo parecido al “diario de Yrigoyen”. ¡Buenísimo! ¡Bienvenido el diario de Yrigoyen!

Lo contrario es dejarse arrastrar por esa ola de resentimiento, terror y odio que promueven los medios tradicionales: “¡Cristina es una hija de puta!”, “¡Macri es un hijo de puta!”, “¡Nos van a matar a todos!”. Vivir pendiente de estas cosas nos entristece.

La vida es demasiado corta como para vivir triste.

**El mundo en sí mismo no tiene ningún sentido. El sentido que tiene es el que le asignamos con nuestro pensamiento; o sea que el sentido del mundo es una invención humana. A lo sumo podemos decir que el mundo es. Pero no sabemos cómo.**

Platón, en su diálogo *Parménides*, dice que si el mundo es y es uno, ya entramos en contradicción lógica, porque “ser” y ser “uno” ya son “dos cosas”. Y así todo. Pensar te arroja a la vorágine. Eso es lo mejor de ser humano.

Pensar ya te escinde de vos mismo, y si el mundo existe no puede ser pensado. Si lo estamos pensando es porque está fuera de nosotros. Eso es darle un sentido humano al mundo. Pero la mayoría olvida (o nunca pensó) que lo que piensa del mundo es una construcción humana y que el mundo en sí mismo no tiene ningún sentido.

El mundo es nuestra creación. Como inventamos el lenguaje somos viciosos del sentido. El lenguaje es como una droga de la que no podemos dejar la adicción. Por eso vamos una y otra vez al lenguaje a buscar el sentido que creemos que el mundo tiene. Mientras el mundo tiene un sentido para nosotros, aunque sea aparente, vivimos. Cuando perdemos ese sentido, nos queremos suicidar.

Cuando dejé de fumar sentí durante tres meses que el mundo no tenía ningún sentido. Era como vivir en un mundo sin lenguaje. No había forma de que le encontrara un sentido a la experiencia de vivir. No le encontraba el relato al mundo.

Tenía amigos, pero ¿para qué quería amigos? Tenía trabajo, pero ¿para qué quería un trabajo si no podía fumar? Cumplía mecánicamente con las obligaciones pero peleaba cada segundo para no suicidarme. De golpe aprendí que si te angustia el sentido que le das al mundo, muchas veces al extremo del sinsentido, hay que cambiarlo.

Me gusta citar frases con el autor inadecuado. A veces digo: “como dijo Lichtenberg”, o “como dijo Barthes”, y me escriben: “¡Ellos no dijeron eso!”. Lo que hago con esas maniobras es dejar en claro que a las cosas siempre las dice alguien, y que nunca sabemos muy bien quién fue.

Hay una frase de James Joyce, que no sé si es de Joyce pero la citaba mucho Luis Chitarroni adjudicándosela a él, que dice: “No podemos cambiar el mundo, entonces cambiemos de conversación (o cambiemos de tema)”. Este es mi consejo para vivir mejor: el mundo no lo podés cambiar pero podés cambiar el sentido de lo que te angustia.

No acordamos con la angustia, nos hace sufrir, pero los medios generan un clima en el que la angustia más terrible es el estado normal. Cuesta salir de esa situación.

Si ves que estás en una forma de mundo que te está volviendo loco, ¡salí de ella! Ahora, si te da placer, quedate. Pero lo más probable es que sea un goce (en el sentido freudiano), una especie de ciénaga que te atrae y que no te deja salir del dolor. Tiene que haber algo que te saque de ahí y te ayude a vivir mejor. Otro sentido, distinto.

Encontremos “placeres sencillos”, como diría Jane Bowles. Solo hay que buscarlos. Poné flores, mirá una linda película, buscá gente positiva, jugá con tu mascota. Yo veo

que mi perro me enseña y que muestra que soy un imbécil. El perro es un animal borgeano: vive feliz con el olvido.

Creo que para vivir bien hay que ser un poco boludo, en el buen sentido. Ser un poco boludo denota una sabiduría extrema, que es la de renunciar a saber. Es imposible no saber a veces, pero otras es sano apartarse porque el saber crítico puede llevar solamente a la negatividad.

Más sabio aún que boludo (cosa que yo no he logrado) sería ser budista zen. Pero es muy buena la sabiduría del “boludo”. Hay que poner entre comillas porque tiene mucho que ver con la inteligencia.

No hablo de hacerse un poco el boludo sino de “ser” un poco boludo.

**Uso la palabra “alegría” en un sentido ambiguo. Por supuesto que significa que uno está alegre, pero también me gusta utilizarla con ironía. Por ejemplo: “Hoy no me pagaron. ¡Alegría!”. Es un forma distante de referirse a un problema, como decir: “No me pagaron, ¿y qué? Me chupa un huevo”.**

Creo que en Twitter se popularizó mi uso de “¡Alegría!” porque mucha gente lo veía solamente en su negatividad. No es que yo minimice los dramas más terribles. Lo que pretendo es que no seamos tan solemnes; menos aún con nosotros mismos. ¡Somos nada! ¡Nada!

Cuando empecé a usar “¡Alegría!” de esta forma ya tenía mi cuenta de Rayo Virtual y unos pocos cientos de seguidores, pero aun así empezó a hacerse popular usarla de un modo ambiguo. Empecé a recibir muchos comentarios, en especial de personas de Centroamérica, que son menos agresivas que las argentinas. Me escribían cosas de este tenor: “Estimado Señor Rayo, ¿usted me permitiría usar ‘¡Alegría!’ para ponerla en un tuit mío?”.

Eso me pasó durante bastante tiempo. Yo les decía que la palabra alegría está en el lenguaje. Evidentemente no la habían visto nunca usada de esa manera. Casi siempre a la mañana, al levantarme, escribía: “¡Alegría!”.

Incluso usé mucho “¡Alegría!” para hacer chistes con la forma kirchnerista del lenguaje políticamente correcto y decía “¡Alegría y Alegrío para todas y todos!” y otras arbitrariedades en el uso de Alegría y Todos. A muchos les resultaron graciosas.

Por supuesto, también estaban los que se enojaban con mi “¡Alegría!” y me decían: “Vos con tu alegría, sos un pelotudo. La gente se muere de hambre...”. Eso nunca falta. Escribís la palabra alegría y por eso te insultan.

Twitter muestra lo mejor y lo peor de las personas. Y lo hace en interacción, en el mismo momento en que sucede. Por eso digo que es el cerebro colectivo de nuestra época. No hay nada equivalente a Twitter en la historia de la humanidad.

Ahí está todo. Fuera de Twitter, el desierto. A diferencia de las otras redes sociales, esta es la herramienta más rápida, directa, discursiva y argumentativa. Es el cerebro colectivo del planeta. Si algo no está en Twitter es porque está fuera del cerebro del planeta.

Pasan cosas afuera, pero es insignificante. La gente que no valora Twitter suele argumentar que en esa red social solo suceden tonterías. Incluso alguien tan inteligente como Beatriz Sarlo dijo que Twitter es “la espuma de la espuma”. Es que para que el que no vive en Twitter y a la vez es capaz de reflexionar sobre esa experiencia es muy difícil (por no decir, imposible) que comprenda la potencia discursiva y creativa de esta red social.

Si en Twitter seguís, por ejemplo, a IBM Watson, que tiene su cuenta, vas a ver que ponen cosas muy piolas sobre inteligencia artificial. Y así muchas otras cuentas. Claro que si solo seguís gente que hace *stand up* lingüístico y tiene un arsenal discursivo muy limitado te van a aburrir en poco tiempo.

Twitter es la esfera pública hoy, y es horizontal.

Hace unos años, para conectarte con la esfera pública tenías que leer cinco diarios internacionales, revistas de ciencias, revistas de cultura. Recién ahí podías decir que tenías alguna idea informada de lo que estaba pasando en el mundo.

Hoy todo eso está en Twitter y, además, te enterás por los propios científicos qué es lo que están investigando y hasta qué comen, y muchas veces te contestan si les preguntás algo. Eso no pasó nunca antes en la historia de la humanidad.

Por eso Twitter es un cerebro global. Y como en todo cerebro, también hay millones de neuronas imbéciles. Están ahí para generar energía o, mejor dicho, combustión. Incluso la imbecilidad tiene su sentido en Twitter.

Gracias a Twitter los cincuenta mil que pensamos (considerando todo el planeta) estamos en conexión. Hay ciento cincuenta millones de tuiteros tirando mierda, cincuenta millones tirando buena onda y solo cincuenta mil somos los que pensamos. Creo que estoy siendo generoso con la cifra.

El problema de Twitter es que lleva mucho tiempo y energía: uno debe vivir ahí para lograr entrar en lo mejor de su dinámica. El beneficio es que estar allí es el equivalente a salir a la calle a fines del siglo XIX o comienzos del XX, donde estaba todo lo que pasaba en una gran ciudad.

Twitter es hoy el foro romano y el ágora griega. Es también una hermosa réplica de los bares de Buenos Aires de los ochenta, donde uno se encontraba a charlar con María Moreno, con Fogwill, con Ricardo Piglia, con Charlie Feiling, con *tout le monde*.

Hoy el bar no existe más. Los jóvenes no se encuentran ahí para charlar. En la década de 1980, cuando hacíamos la revista *El Porteño*, íbamos todas las noches al bar La Paz y allí estaban Néstor Perlongher y Miguel Briante, y se sumaban los de las mesas de al lado, donde estaban los más jóvenes, como Daniel Guebel o Sergio Bizzio. El mundo cultural funcionaba así. Ahora eso está en Twitter, y los de las mesas de al lado son millones.

Nunca se sabe hasta dónde puede llegar lo que tuiteás. Durante las últimas elecciones un tuit mío fue leído por novecientas mil personas (tomando solo los dos primeros días desde que lo publiqué). Son datos que te ofrece el servicio de análisis que pertenece al propio Twitter.

En ningún bar del mundo, aunque me ponga a gritar con un megáfono, me van a escuchar novecientas mil personas. Ni en la cancha de River ni en el Canal de la Ciudad.

Eso tiene un costo: te elogian cinco mil y te putean veinte mil. Pero podés dialogar con quienes están creando el mundo en este momento. También con quienes están haciendo su negocio.

A diferencia de Facebook, donde tenés “amigos”, en Twitter tenés seguidores y hay cuentas a las que seguís. No hay reciprocidad para la conexión entre las cuentas. Cada uno arma su agenda. Es como armar una biblioteca o una discoteca.

Vos decidís qué seguís y, por lo tanto, qué lees. Con la herramienta del bloqueo, te sacás de encima a los que te joden mucho. Pero por lo general no elegís a quien te elige.

Esta asimetría permite una mejor expresión de la inteligencia. Otra característica es la

limitación, los famosos 140 caracteres como límite para poder escribir un tuit. Hay que ser conciso, argumentar rápido y con inteligencia, lo que acelera la vida cotidiana.

El problema de Twitter es que cuando le hablás a un millón de personas, el 99% no entiende las sutilezas. Esa es la causa de gran parte de las reacciones negativas: no entender.

La mayoría odia lo que no entiende. En esa situación, si estás formado en la cultura letrada tenés que tener en cuenta que no estás hablando para tu comunidad original, es decir, para ese pequeño mundo de gente letrada con la que te formaste.

Uno le habla a una masa desconocida, informe. En ese contexto, la ironía es un disvalor porque no te podés hacer entender por los que no te conocen. Por eso estoy empezando a usar mucho menos la ironía. Mientras más te leen, menos son capaces de comprender que estás siendo irónico.

Hay algunas ironías tan obvias que casi cualquiera las puede detectar, pero la mayoría de la gente no entiende las más sofisticadas, que son el núcleo de lo irónico.

En Twitter, como en todo espacio en el que uno se comunique con mucha gente, solo se entiende bien lo que se explica a fondo, siempre y cuando el que te lea coincida con lo que estás diciendo. Si no está del todo de acuerdo, comienza la maldad, el odio, el rechazo. Es que en realidad la mayoría de la gente no fue educada para aceptar la complejidad.

Siempre digo que hablar es donarse al malentendido.

**Soltar es una idea de época. Nació vinculada a la gente que rompe una pareja y no puede dejar de pensar en ella. Se separan pero no: desde ese momento se relacionan por el conflicto.**

Comienzan las fricciones eternas: cuando tiene que ir a buscar a los hijos el fin de semana, cuando no les compra las zapatillas porque está ocupado con otra persona y eso se convierte en un escándalo terrible; y miles de otras pequeñas cosas que contribuyen al gran drama.

Este problema se traslada a lo social. Hay mucha gente que no puede soltar ya no parejas sino gobiernos, situaciones particulares, lo que sea. Poder soltar quiere decir poder centrarse en lo importante y abandonar aquello que ya no está interesado en formar parte de tu vida. Hay que soltar porque eso que te obsesiona ya es pasado. Y al pasado no lo podés cambiar. Ya fue.

Alguien dice: “¡Cómo puede ser que mi madre haya muerto!”. Ya murió. Entiendo que tengas dolor pero hay que hacer el duelo de las muertes queridas; porque es mejor y mientras no soltás te hacés daño.

No soltar significa temerle a lo nuevo y experimentar terror a no poder reinventarse. También hay un goce en ese sufrimiento, basado en la idea de que ellos son los malos y yo soy el bueno: el otro hizo una ley que no me gusta, el otro me abandonó y ahora es gerente de una multinacional y yo estoy sin un peso: el otro, el otro, el otro...

Todo lo que hay en la decisión (o en la fatalidad) de no soltar es insano. El amor al pasado, creer que uno es bueno porque protesta contra quien cree que es malo y no poder reinventarse, todo eso es negativo. No hay nada positivo allí.

La idea de soltar propone una reinención personal, no mirar todo lo malo, construir hacia adelante y dejar atrás un pasado que te puede dar un goce basado en el dolor, pero nunca te va a dar un placer que sea puro disfrute.

**“Las maldades más monstruosas se han cometido en nombre del bien.” No sé quién dijo esta frase, pero recuerdo que la escuché en 1974, poco antes de la muerte de Perón, cuando la Argentina estaba entrando en una espiral de violencia y locura que desembocaría en la dictadura de Videla. Desde entonces vengo repitiéndola y nunca ha dejado de ser cierta.**

¡Cómo puede ser que haya habido campos de concentración! Hay tanta gente que se pregunta esto, pero no ven que el proceso que lleva al horror perfecto parte de un umbral mínimo, casi insignificante y va *in crescendo*.

En el origen de esa política atroz no hay una declaración transparente de los objetivos, al estilo de: “Vamos a asesinar a todos los judíos, incluyendo a los niños; y también a todos los demás que consideramos seres fallados”. Para llegar al asesinato de masas se necesita hacer creer que esas masas son malvadas y que uno pertenece al bando de los buenos, de los que van a combatir la maldad.

El discurso que funda campos de concentración dice: “Vamos a purificar la raza alemana porque nosotros somos los buenos y, para conseguir eso, nosotros –los buenos– tenemos que excluir a los malos –que son los judíos, los comunistas, los homosexuales y los degradados física y moralmente, como los locos, los imbéciles y todas las otras lacras humanas–”.

El mecanismo de la maldad absoluta consiste en ponerse en el lugar del bien luchando contra lo peor del mundo: las ratas, los judíos, los gays y todo lo que es despreciable para la sociedad en determinado momento.

Como ahora lo son los funcionarios políticos.

Podría fundarse un nuevo exterminio que prometiera terminar con ellos.

No dudo que tendría un enorme apoyo ciudadano.

La Historia es la historia de cómo los malvados siempre se mostraron como los defensores del bien en estado extremo, puro, prístino: ahí están Savonarola, Torquemada, Hitler, Pol Pot.

En la política argentina de los últimos años, esta ideología inquisitorial de “somos los buenos luchando contra los malos” fue encarnada por Lilita Carrió. Ella se presenta aún hoy como la enviada de dios en la lucha que el Bien mantiene eternamente contra el Mal.

Una vez que se ha logrado convencer a mucha gente que ellos son buenos (es decir que pueden formar parte de los cruzados de esa guerra moral) se los incita a destruir al malvado de cualquier manera, por terrible e ilegal que fuera esa forma. En la Argentina mucha gente cree que contra los “malvados” (según su opinión) se puede hacer cualquier cosa, no importa qué cruel o ilegal sea eso, porque los malos merecen lo peor.

Los malos, además de malos, son corruptos, egoístas, frívolos. Todo lo que la imaginación puritana puede fantasear sobre el Mal se coloca en la esfera de los malos. Por suerte, piensan los buenos, enfrente de esta pandilla demoníaca está Lilita, paladín de la justicia, la única que puede llevar a los malvados al Infierno, que es lo único que merecen.

Si no nos dejamos arrastrar por el pensamiento maniqueo e inquisitorial del bando de los “buenos”, para pensar críticamente sobre el bien hay que reflexionar mucho, dudar mucho, estudiar mucho y entonces no es tan fácil encontrar ni buenos puros ni malos puros. Si uno es capaz de pensar (en vez de aceptar la cruzada de Lilita o de Pol Pot), ve que no hay un bando bueno que enfrenta a un bando malvado. Que eso es una construcción totalitaria, de base fanáticamente religiosa, para atacar a sus enemigos políticos con el arma de la locura social.

Creo que fue Christopher Hitchens quien demostró la brutalidad con la que la Madre Teresa de Calcuta trataba a los miserables que acudían en su ayuda. Bajo la formidable campaña de marketing que hizo que media humanidad creyera que esta mujer era una santa existía una persona malvada, que disfrutaba produciendo aún más dolor a los que más sufrían.

Ni a los más pobres les daba suficiente comida ni a los más enfermos les permitía acceder a los medicamentos porque ella valorizaba positivamente el sufrimiento y el dolor. Ayudaba a que esos miles de desgraciados que concurrían a pedir su ayuda sufrieran aún más, ya que sostenía que de ese modo ellos preparaban mejor su alma para la muerte.

Hay una famosa frase, que ahora no significa mucho porque cambió el signo de la época, que dijo Teresa de Calcuta sobre los contagiados con el HIV, y que en los ochenta era una forma de pensar masiva dentro del clero católico: “El sida es un justo castigo para una conducta sexual incorrecta”.

Por eso, desde siempre, las imágenes de bondad extrema me dan mucha desconfianza. La gente que realmente es buena hace el bien, no proclama que encarna la bondad en una lucha contra la maldad. Ese es el maniqueísmo de los que están sucios y pueden llegar a ser terriblemente malvados usando al bien para esconder sus fines atroces.

Casi todos los movimientos políticos que se presentaron con el objetivo de depurar el mal, como por ejemplo Pol Pot en Camboya o Hitler en Alemania o Videla en la Argentina, siempre se mostraron como el bien.

Hay una frase de Oscar Wilde que dice: “No le hagas a los otros lo que te gustaría que te hagan a ti porque los otros pueden tener gustos diferentes”. Con esa frase Wilde da vuelta el mandato que dios le dio a Moisés, ese mandato que exige amar al prójimo como a uno mismo. Wilde lo transforma en algo así: “No hay que amar al prójimo como a uno mismo, sino como lo que el prójimo es o desea”.

Mis héroes literarios son personajes que fracasan luchando por causas perdidas, desde el Quijote hasta Gregorio Samsa, que cuando decide no ayudar más a su familia se convierte en (o es visto como) un insecto.

Me gusta el personaje de *En busca del tiempo perdido* porque es pura memoria y desde esa memoria construye un mundo nuevo (que simula ser viejo). No me interesan los superhéroes que tienen superpoderes, como Superman. Prefiero a los seres complejos. Por ejemplo Batman, tan oscuro como la noche. Superman está condenado a ser bueno. Que sea bueno, más que un mérito es casi un castigo.

En cambio, el poder que tiene Batman es el que le puede dar su enorme riqueza. Batman encarna el lado bondadoso del capitalismo, es decir, su lado inexistente, ya que es un sistema amoral que no puede ser ni bueno ni malo. Es una máquina que nos usa para producir mundo sin importarle qué nos pasa a nosotros. Batman es una utopía capitalista: el poder del dinero puede usarse para hacer el bien social. Quizás por eso es que Batman está condenado a la oscuridad y no puede mostrarse a plena luz.

Batman existe fuera de la ficción: son los archimultimillonarios que crean fundaciones para los niños pobres de África. Esa es la bondad del hombre rico: donar unos cuantos dólares de su fortuna, que es miles de veces más grande que todo lo que da. Gracias a esas donaciones y campañas por el bien común aparecen, de manera positiva, en todos los medios. Es la publicidad barata la que le consigue su bondad pública.

Bill Gates dona proporcionalmente lo mismo que dona un empleado que está en un bar y le da a un niño muerto de hambre esa medialuna grasienta que prefiere no comerse porque supone que le va a caer pesada. El niño pobre recibe esa sobra, eso que iba a ser desechado. Para el niño esa sobra es algo valioso –calma su hambre– pero no es que la recibió porque el mundo es justo y lo aman; la recibió como un desecho.

Cada uno de nosotros sabe bien en qué momento realiza un acto de bondad. La bondad es siempre contextual, como todo. Si no conocemos el contexto en el que una persona ayudó a otra, es difícil saber si fue bondadosa o no lo fue.

Oscar Wilde, como siempre, lo dice mejor: “Es muy fácil simpatizar con la desgracia de un amigo, pero se requiere de un espíritu muy elevado y muy poco común para poder alegrarse con su éxito”.

Te llaman porque a tu mejor amigo se le muere la madre; entonces, salís, vas al velorio y lo consolás. ¿Eso es un gesto de bondad? No, eso es un gesto de interacción social; un gesto lógico de una relación de amistad, pero no está guiado por la bondad. Y si no podés ir porque estás de viaje o en el hospital o cerrando un negocio que te salva de perder tu casa, tampoco es una maldad.

Los actos humanos son el resultado de una lucha con todo lo que debés enfrentar en determinadas situaciones. Solo cuando hay algo de desinterés y apoyo solidario a los otros se puede decir que hemos tenido realmente un gesto bondadoso.

Sobre el mal más objetivo, como los campos de concentración, no se puede decir que tengan algo positivo o bueno. Pero puedo llegar a entender las razones de su existencia. Cuando digo esto me dicen que soy nazi. Pero no lo soy: pienso, lo que resulta aún más intolerable, porque pensar es arrojarse al desamparo; y escapar de toda certeza.

Estuve preso durante la Dictadura, en condiciones horribles, pero aun así no creo que alguien de los que tenía poder durante la Dictadura alguna vez haya pensado: “Ahora voy a hacer el mal en sí”.

No les creo a los malos de película, esos que no se quiebran nunca. No existe el mal en sí. Hasta la persona que hace más daño en la política argentina, que es Lilita, debe tener momentos buenos, incluso intenciones positivas.

Cuando la gente cree que alguien es bueno, no puede creer que también sea capaz de hacer cosas malas. La mayoría admira a gente que dona dinero, pero esa gente está

dando algo que para ellos es insignificante: lo donado a veces equivale apenas a lo que gastan en combustible en alguno de sus muchos autos de lujo.

Solemos ver y aplaudir al millonario “bueno” que dio dos docenas de medialunas teniendo trillones de dólares, y que gastó mucho más en prensa para que se sepa que ha donado tanto con tal fin, que seguramente es muy noble (tratan de que se conozca la noticia de la manera más indirecta posible porque así el efecto positivo es mayor y los admiran más). Pero no nos fijamos en la persona pobre que compartió la mitad de sus migajas, que quizás es toda su riqueza, con un desconocido.

Hay que ver siempre el contexto. Nunca nada es demasiado bueno ni demasiado malo ni demasiado puro. Hasta los ricos pueden ser buenos. Tampoco por ser pobre vas a ser bueno por esencia. La angelización o la demonización se da en abstracto. Pero un pobre no es bueno por ser pobre ni un rico es malo por ser rico.

Hay mucha gente que no está buscando el Premio Nobel de la Bondad y hace muchas cosas para los otros. Además, y es quizás lo más importante, nadie es completamente bueno ni completamente malo. Es de imbéciles dividir el mundo entre malos y buenos y tomar partido por algunos.

En un libro maravilloso que escribió Werner Jaeger hace ochenta años sobre la transmisión de valores en la cultura griega (y que se titula *Paideia*) se discute la *areté*, que es el concepto que designa el ideal de la excelencia en la vida. En *Paideia* Jaeger nos muestra que la sociedad de los guerreros y los reyes (que está reflejada en *La Iliada*) tenía una *areté* (un ideal de excelencia) muy diferente al que poseía la sociedad de comerciantes que refleja *La Odisea*, que se escribió medio siglo más tarde.

En *La Iliada* se refleja un mundo perdido, ya en decadencia, que es el de la nobleza, los guerreros, los reyes. En *La Odisea* se muestra el mundo pujante de los comerciantes, que era lo que estaba naciendo.

El primer ideal, el del noble, creo que Jaeger lo toma de *La genealogía de la moral*, de Nietzsche. ¿Quién es bueno? El *kalos kagathos*, que significa el que es hermoso y bueno. ¿Y qué es ser hermoso y bueno? Ser un buen guerrero: aquel que defiende a su sociedad de las otras; y ser bello era una muestra de que se formaba parte de la minoría griega que comía bien en esa época de terribles penurias económicas.

¿Cuáles son los grandes regalos a los dioses que se hacen en *La Iliada* y en *La Odisea*? La hecatombe. Matar decenas de bueyes, ofrecérselos a los dioses y darles una parte a los guerreros. El gran regalo a los dioses es la comida. Era una época de guerras internas y la violencia era un condimento de la vida cotidiana.

Esto va cambiando con el correr de los siglos y ya en la época de Platón se empieza a discutir el bien como un atributo de las personas justas y sabias. ¿Quiénes son las personas justas y sabias, es decir, buenas? En esa época, los buenos son Platón y su círculo. Hay que recordar, además, que Platón (y gran parte de su círculo) pertenecía a la ínfima minoría de los nobles más ricos de su época.

Grecia ya había ganado la guerra contra los persas y el ideal guerrero era ya una cosa del pasado. Pero en vida de Platón se desarrollaba la terrible guerra entre Atenas y Esparta, que desangró a los griegos. Aun así, ya no primaba el ideal guerrero. Por eso el

bueno no era el héroe mítico que combatía, sino el hombre sabio, el filósofo.

A partir del siglo V antes de nuestra era comienza en Grecia una etapa histórica más pacifista en la que el ideal de excelencia encarna en el hombre sabio, aquel que con su sabiduría y su racionalidad logra ser justo. ¿Y qué es la justicia para esta época que está fundando el pensamiento filosófico? Darle a cada cual lo que se merece. El concepto de justicia de esa época no significa igualdad. Significa que aquel que tiene mucho pueda llegar a la sabiduría y que aquel que tiene poco pueda comer.

Los ideales van cambiando y en Roma es otra cosa: el ejercicio del poder. En Platón, el poder se ejerce a través de la sabiduría. En Roma, a través de la fuerza y la violencia. Pero tanto en la Grecia de Platón como en la Roma de Adriano, el ideal siempre es masculino. La virtud (que podría ser la traducción latina de la *areté* griega) viene de “vir-virs”: varón (incluso la mujer que todavía no ha sido tocada por el varón se llama “vir-gen”: aun bajo la forma de varón, sin ser mujer del todo, sin haber sido penetrada).

El gran ideal romano hasta la caída del Imperio lo van a encarnar Julio César y Augusto. Uno funda un Imperio y el otro lo construye. César batallando contra todo el mundo y siendo capaz de derrotar a todos representa el ideal de Alejandro Magno: sabio, culto, guerrero, héroe.

La mayor biblioteca de la antigüedad romana era de César, y eso era un signo de riqueza. En vez de tener mil Rolls-Royce como un sultán petrolero, en la época de César uno de los grandes signos de riqueza era tener dos mil manuscritos copiados por tus esclavos eruditos. Ese era el *súmmum* del poder económico.

Augusto dijo, poco antes de morir: “Encontré a Roma con casas de barro y después de medio siglo gobernándola la dejo completamente de mármol”. La construcción del Imperio Romano transformó radicalmente el mundo. Al morir Augusto, aproximadamente un tercio de la humanidad vivía bajo sus fronteras y era el tercio más sano, que mejor comía, que mejor educación y salud tenía.

Augusto quería ser un buen gobernante y pensaba que para eso lo primero era tener el poder absoluto durante décadas, para asegurarse de que sus políticas perdurasen. Ese era su objetivo a los 16 años, cuando era un joven enfermizo y deja de ser Octavio para transformarse en Augusto. Vence a Marco Aurelio y a Cleopatra, vence a Bruto, vence a los nobles y vence al Senado. Sabe que la vida es una guerra sin final y así la enfrenta apoyado por su tercera mujer, Livia Drusila (madre, además, del emperador que continuó a Augusto, Tiberio). Augusto logró mantenerse en el poder durante medio siglo.

Augusto y Livia superaron cien intentos de envenenamiento y otras formas de asesinato. Sobrevivieron a todo. Acumuló riqueza para él, obviamente, pero también para todo el Imperio. Al morir dejó una Roma que no conocía el hambre: en sus límites todos comían. Nunca antes en la historia había ocurrido algo semejante y menos aún a la escala gigantesca del Imperio Romano, que reunía a un tercio de la humanidad.

¿Cómo logró eso? Con un enorme poder, con todo tipo de arbitrariedades, ejerciendo la violencia sin ningún prurito, llevando adelante guerras terribles, masacrando egipcios que no querían entregar los granos.

El objetivo era que más millones de personas tuvieran su comida caliente todos los

días y lo logró; durante medio siglo no hubo hambre y el Imperio, a pesar de todos los dramas, pudo sostenerlo durante casi tres siglos luego de la muerte de Augusto.

El Imperio Romano fue quizás el momento más maravilloso en la historia de la humanidad, pero no fue perfecto. Nada de lo humano es perfecto.

Hay muchos momentos oscuros en la historia. Son terribles. La Inquisición fue una de las cimas de la maldad. Los campos de concentración del siglo XX son otra cima. Algunos momentos oscuros de la historia dejaron un saldo positivo (como las guerras salvajes de Genghis Khan o el avance de los “bárbaros” contra Roma), pero los más terribles (la Inquisición o los campos de concentración de los nazis) no dejaron nada positivo.

Hoy es un lugar común repudiar la violencia brutal de los que no nos gustan. Por ejemplo, los terroristas fanáticos religiosos que masacran a civiles en las grandes ciudades de Europa. Después de milenios celebrando la violencia pareciera que la humanidad ha llegado a un punto en el que ya no la valora positivamente. Sin embargo, creo que esto no es del todo cierto, aunque por suerte sí hubo un avance positivo.

Si tomamos todos los atentados terroristas sucedidos en el siglo XXI, el número de víctimas es pequeño comparado con una sola de las luchas que se libraron durante las guerras de religión entre bandos cristianos que se odiaban. Solo en 1572, en la noche de San Bartolomé en París, donde vivían cuatrocientas mil personas (era, por entonces, la ciudad más grande de Europa) los católicos mataron a catorce mil protestantes y hubo cuarenta mil heridos graves (muchos de los cuales fueron muriendo en semanas siguientes). En los meses posteriores se continuó matando gente en las provincias. Para homogenizar religiosamente a Francia y apoyar la conversión del rey al catolicismo se realizó una masacre que hoy nos resultaría inimaginable. De ese episodio surge la famosa frase: “París bien vale una misa”.

Tenemos la idea de que los musulmanes siempre fueron monstruosos y que los cristianos siempre fueron buenos. Eso es falso. En las guerras de religión, adentro del cristianismo, se causaron más muertes que en todo el resto de las guerras religiosas afuera del cristianismo.

Los árabes ocuparon España en el año 711, y hasta que los reyes cristianos logran expulsarlos en el siglo XV dominaron España muy fuertemente más de setecientos años. Los españoles fueron recuperando territorio muy lentamente. Incluso durante décadas convivieron en completa paz. Son las famosas guerras del Cid Campeador, con batallas heroicas y largos períodos de negociación y vasallaje de los reyes católicos respecto del califa de Córdoba. Recién en 1492, los reyes católicos logran armar una confederación que va a ser la primera organización de la nación española en el sentido moderno.

En 1300, la capital de la España musulmana, Granada, era la ciudad más poblada, culta y civilizada del mundo. Tenía una población enorme para la época y todos convivían en paz. Se permitía libremente vivir a los judíos (que eran expulsados de casi todas partes) y a los cristianos.

Granada era una ciudad riquísima, llena de bibliotecas. Era la meca de todos los sabios del mundo. Ahí fueron salvados los manuscritos de Platón y de Aristóteles, los de

las bibliotecas de Egipto y de Pérgamo. Muchos manuscritos fueron traducidos al latín y al griego y, con acuerdo de Alfonso XII, se empezaron a traducir al castellano.

Judíos, cristianos y musulmanes vivieron juntos en la España musulmana durante cientos de años. No era una convivencia perfecta pero era la mejor convivencia que el mundo había visto hasta entonces y no se volvió a ver algo parecido hasta nuestra época.

Además, los musulmanes de esa época estaban en casi todos los aspectos mucho más avanzados que los reinos católicos, tanto en ciencias como en filosofía. Su medicina era más eficaz y humanitaria: por ejemplo, las enfermedades mentales no las trataban ni con violencia ni con aislamiento (menos aún con la muerte) que era la forma más común de hacerlo en la Europa cristiana.

Hoy hay en el mundo mil quinientos millones de musulmanes y de ese total gigantesco quizás unas decenas de miles sean fanáticos, y muchos menos son los que practican el terrorismo. Sin embargo, el prejuicio (muy alentado por los medios masivos) supone que es lo mismo ser musulmán y ser terrorista.

El budismo es la única religión que no ha matado a nadie. Habría que leer *Qué es el budismo* de Borges para comprender que no es del todo una religión.

Borges dice que los budistas tibetanos (y los que los imitan) son los únicos que tienen un Dalai Lama, sacerdotes y estructura institucional. Saben que la mayoría de la gente es ignorante y que, debido a su ignorancia, necesitan un universo de representación institucional para encaminarse a mejorar su vida y la de los demás: necesitan monjes, milagros, creer en un dios, aunque sea en abstracto. Por eso el budismo tibetano se parece a una religión monoteísta aunque tampoco lo es. El budismo es ateo, no cree en dios y hasta critica la idea de que estamos en un mundo

Las cosas más oscuras de la historia sucedieron tratando de imponer religiones monoteístas, cuando se intentó imponerle a los otros La Verdad: hacerles creer que solo hay una versión de todo suceso del mundo. Los monoteístas dicen que hay una sola verdad y una única forma de ver el mundo, y que esa verdad es la que ellos sostienen. Aun así es posible comprobar que en todas las religiones monoteístas hay gente buena. Podríamos decir que así como el budismo tibetano se parece al monoteísmo, los monoteísmos tienen fragmentos que funcionan de modo semibudista (dudando de que haya una verdad) o politeístas (admitiendo, al menos, que puede haber otras verdades).

Por ejemplo, Thomas Merton es católico y budista (porque como el budismo no cree en nada, no impide que uno crea en algo, el catolicismo quizás, y pueda ser, a la vez, budista). De alguna manera, aunque no se reconoce budista, Ernesto Cardenal, que es discípulo de Merton, también es un católico no inquisitorial, abierto a amar las demás culturas y formas de ver el mundo.

Hay una pequeña elite cristiana, generalmente muy culta, que están en la misma frecuencia de Merton o del ex papa Benedicto XVI, que aceptan el budismo como una práctica espiritual del cristianismo que puede ser posible. Sin embargo, la visión abierta es muy minoritaria y no tiene ningún peso real en la institución católica. La mayoría de los cristianos no pueden ni imaginar que su dios no exista ni, menos aún, que lo que ellos creen no sea La Verdad en sí misma.

De joven yo era muy religioso según la creencia católica. Me preparé incluso para entrar al seminario jesuita porque quería ser sacerdote, pero dios me iluminó y me hice ateo.

Desde el comienzo del Neolítico, la mayoría de las peores atrocidades que han ocurrido en el mundo tuvieron una causa religiosa. Sin una visión fanáticamente religiosa no se puede llevar adelante una política monstruosa.

Incluso las atrocidades “ateas” han funcionado siguiendo el esquema del fanatismo religioso: Mao, Stalin, Pol Pot, Hitler se impusieron así. Sin el componente religioso no pueden cometerse genocidios. Cuando se intenta eliminar a un pueblo, una religión o una “raza”, lo que se busca es establecer una pureza religiosa: imponer una idea o un ideal único.

Por el contrario, los imperios, como el británico o el romano, terminan siendo fuerzas civilizatorias no monstruosas que aceptan al otro. Los imperios son multirreligiosos, son multiculturales, son multilingües.

El único imperio que trató de no serlo fue el español. Pero incluso este imperio intolerante y salvaje fue menos brutal que el fanatismo religioso porque debió negociar constantemente con otras formas de ver el mundo y no siempre pudo imponerse. Cuando un imperio va de Filipinas a Perú, de Nuevo México a Tierra del Fuego y de Marruecos a Flandes, tanto el emperador como la corte saben que la gente que vive en sus fronteras habla en veinte idiomas y que cree en mil cosas, aunque finjan arrodillarse ante el dios del Vaticano.

También saben que hay diferentes formas de comerciar y de pintar y de escribir. Por lo tanto, si se quiere colonizar en nombre del latín, los dioses o lo que mierda fuere, hay que aceptar las diferencias.

Los romanos iban a Siria y volvían cargados de oro, con la cara pintada al modo oriental, como ya había sucedido con Alejandro Magno. César iba a lugares salvajes donde se comían las cabras crudas y entonces él también se comía las cabras crudas, y después volvía a Roma donde tenía un harén de soldados orientales, germanos y francos.

En cambio, las “fuerzas de la verdad”, por ejemplo Hitler, el cristianismo o el judaísmo ortodoxo son promotores de la discriminación del otro. O del desprecio, porque el judaísmo ortodoxo no propone matar a los diferentes, yo creo que hace esto solo porque se siente débil. Se propone ser indiferentes con ellos y aislarse para vivir en una supuesta pureza.

**La depresión y la alegría se contagian. Las energías espirituales y lingüísticas se llaman unas a otras. De la misma forma que cuando se leen rimas muy insistentes y la rima domina al que lee (la “rima te da grima”).**

La energía negativa o positiva llama a su similar. Te sentís muy bien, estabas en un bar escribiendo una página que te gustó escribir, se la mandaste a tu editor para que la publique y le encantó, te llama alguien que vos querés: todo es hermoso. A continuación entrás al subte en la hora pico y ves que hay gente hasta en el techo, todos se están puteando, alguien te quiere robar, otro te escupe y, no sabés por qué, en un minuto te convertiste en un asesino serial y querés matar a todo el mundo.

¿Qué ocurrió? Que la mala energía masiva que había en el subte te contagió, y ya no importa cuánta energía buena traías antes.

Hay que luchar contra eso.

Lo que siempre propongo es darse cuenta de esta situación y cortar con la energía negativa. De alguna manera cimarrona sigo lo que dice un gran libro de autoayuda espiritual que se titula *El darse cuenta*, de John Stevens.

Justamente darse cuenta ayuda a parar la locura y la mala onda. Lo que hay que hacer en esa situación del subte (o de cualquier lugar de encierro en una espiral de mala onda) es bajarse en la próxima estación y decir: “Me voy a tomar un café. No puedo seguir viajando en esta locura porque me va a dar un infarto”.

Por supuesto, vas a llegar más tarde de lo que tenías previsto. Pero tal vez si seguís como venías terminás en Constitución, donde te agarra un paro del Ferrocarril Roca porque hay un empleado que se lastimó un dedo en el baño y el sindicato decidió dejar sin transporte a un millón de pasajeros por ese incidente. Cientos de miles de personas que van al sur no pueden viajar porque no había vendas en el botiquín del Ferrocarril Roca, y eso se “soluciona” con un paro.

Peor todavía: a la mala onda que traías del subte se le suma la que hay en la estación de tren. Entonces mejor bajate, tomate un café o quedate en la plaza mirando un árbol: así vas a estar mejor.

Ahí hay un repliegue hacia uno, hacia la propia cordura, si es que uno es capaz de darse cuenta. Saber parar es sabio. Y hay que parar porque, si hay mala onda, vas a encontrar en ese camino mucha más mala onda: estás en la Argentina.

Hay mucha mierda en la calle. La gente grita enojada: “¡Cómo querés que esté si aumentó todo y no me actualizaron el sueldo!”. Calmate. Hay lugares donde podés aprovechar ofertas, las paritarias se efectivizarán dentro de unos meses, y que vos quieras matar o morir ahora, ¿te va a recuperar la parte del sueldo que perdiste?

Vas a perder más todavía si no te calmás. Vas a perder parte del sueldo que ya perdiste, pero también la oferta de pañales que no aprovechás, y vas a perder tu trabajo porque así como estás vas a ir a putear a tu jefe y te van a echar. Vas a estar en una situación peor que antes.

La mala onda llama a lo peor. Si no parás, si no entrás en el “darse cuenta” las cosas

no se van a solucionar.

Yo tampoco soy una persona angélica y a veces me enojo. Pero hay una enorme diferencia entre el enojo circunstancial y el vivir eternamente en estado de mala onda. Hay mucha gente que solo vive en estado de mala onda, le pase lo que le pase.

Creo que el éxito de las terapias psicológicas que hay desde hace tiempo en la Argentina, que debe ser el país con más gente analizada en el mundo, tiene que ver con el hecho de que la mayoría no sabe por qué vive tan mal. El problema es que después de la terapia tampoco lo sabe.

Conozco gente que hace treinta años que va a terapia y apenas enfrenta un pequeño conflicto se desmorona. ¡Hace treinta años que hacés terapia y se suponía que la hacías para no desmoronarte así de fácil!

Son personas a las que se les cae al piso la lapicera y se quieren suicidar. Si te están inyectando hepatitis C en las venas, si tu madre se muere o si tu hijo vomita sin que lo puedas controlar es admisible que empieces a flaquear. Pero no se entiende que todo el mundo estalle ¡después de treinta años de terapia!, solo porque se te cayó la lapicera al piso.

Darse cuenta es saber parar un poco, confiar en uno y ver otras alternativas en una situación de crisis. Lo que no sé es si esto que digo es transmisible porque a mí mismo me cuesta a veces darme cuenta y parar. Creo que la locura logra seducir mejor a la mayoría de las personas que la mínima racionalidad.

El humor es un signo de inteligencia. Quizás el más claro. Siempre que pienso en artistas geniales veo que todos ellos son genios del humor: Borges, Kafka, Beckett. Son humores raros, por cierto; a veces, un poco perversos. Pero no puedo imaginarme la inteligencia sin humor.

Spielberg, Hitchcock, Scorsese: todos los grandes cineastas tiene humor. En *El lobo de Wall Street*, de Scorsese (un film en el que no podía dejar de reírme) hay una escena en la que los dos personajes principales toman una droga que pareciera no hacerles efecto; entonces aumentan la dosis y les hace efecto de golpe, y lo que sucede es desopilante. También hay otra escena que sucede en un yate en el Mediterráneo: para no perder cincuenta millones de dólares hacen una locura y pierden doscientos millones y todo se complica. Sin humor, todo eso sería una tragedia.

Como dice Nietzsche: la tragedia también es para reír. El pueblo griego aprendió hace milenios que la vida es trágica, por lo tanto hay que reírse de ella. Hay una paradoja por la que la alegría y el humor están ligados a lo trágico y a la inteligencia extrema.

Me cuesta pensar que haya alguien que no tenga nada de humor, pero es cierto que hay mucha gente con poco humor y poca inteligencia. También hay personas que son buenas apelando a formas bastardas del humor. Son formas populares, como el sarcasmo. El cinismo roza el humor y se puede asociar con el sarcasmo a diferencia de la ironía, que es un humor más refinado.

En Twitter los más cínicos, los que emplean constantemente el sarcasmo, son muy populares. Toman de punto a alguien y dicen: “Mirá qué imbécil es este y qué inteligente soy yo” y mucha gente los aplaude.

Esa forma tiene algo de humor y de inteligencia, pero es esencialmente cruel con los demás mientras evita que el que la usa se ponga en riesgo. Es una forma refinada de la cobardía. Sin embargo, no descarto que allí haya una forma básica y mínima de inteligencia combinada con humor.

No tengo en claro si esto lo aprendí en la cárcel, pero suelo recurrir mucho al humor en situaciones que me resultan insufribles, violentas, molestas o terribles. Por lo general son situaciones que tienden a enojarme.

La primera reacción ante estas situaciones es negativa. Pero de inmediato aparece una segunda reacción, que es la de encontrarle la gracia a esa escena negativa. Trato de distanciarme un poco de los hechos. Visto desde afuera, una situación tensa es una película de Chaplin o de los hermanos Marx. La ironía nos salva.

El humor es intelectual y complejo. Por lo general la gente confunde humor con chiste. El chiste es una estructura de estímulo y respuesta muy sencilla. El humor pasa, por lo menos, por una ironía al cuadrado. Lo puede hacer alguien que se mira de afuera, aunque esté pasándola mal y así logra sobrevivir humorísticamente a sus propios desastres.

Por eso creo que la cima del humor (y de la inteligencia) es Buster Keaton: le pasa de todo y él sobrevive. Un poco herido, pero sobrevive. Nunca se ríe pero tampoco llora. Es un personaje que va para adelante.

Mucha gente se ríe de los chistes de Tinelli, pero Tinelli apela a la maldad: reírse del otro, destruirlo, especialmente a un otro que es más débil. Me parece bárbaro que exista Tinelli y que la gente lo mire porque es alguien que sabe interpretar a las mayorías de los telespectadores; los que aman dañar al otro cuando es más débil. Les da lo que a esas mayorías les gusta. Pero no tiene nada que ver con el humor.

El humor es Buster Keaton. Tinelli tira una cáscara de banana al piso, pasa un anciano que apenas puede caminar, apoyándose en un bastón, se resbala y se rompe la cabeza. Todo el mundo se muere de risa, pero eso no es humor. Eso es crueldad disfrazada de chiste.

Otra estrategia de Tinelli para producir risa: cinco varones se desnudan ante una modelo que está conduciendo un programa de cable, y ella se pone a llorar porque se ve desbordada por la situación y entonces aparece uno que dice: “Es una jodita para Tinelli”; todos ríen como si hubieran hecho el gran chiste. Eso tampoco es humor sino un brutal ejercicio de poder. El humor es lo que nos salva del horror. Como dice Quino: el último recurso que usamos antes de suicidarnos, no el látigo con el que golpeamos a un perro herido.

Sabemos que todo en la vida puede ser terrible. Pero con el humor podemos mirarlo desde afuera y pensar que tal vez no lo sea tanto, al menos por ahora. Por eso es esencial ser nosotros mismos los primeros capaces de vernos con humor.

Aunque alguien vaya treinta años a terapia psicológica, jamás va a aprender a reírse de sí mismo. El humor no se aprende en terapia porque la terapia, especialmente la psicoanalítica, es antihumorística. Es lo que dice Lacan sobre Sade: su gran falla es que no tiene humor.

Sade es inteligentísimo, lleva el pensamiento libertario de la modernidad al extremo, pero no tiene humor, salvo en unos pocos cuentos que se descubrieron hace relativamente poco. Pero en sus obras mayores, las más filosóficas, no lo hay. Eso es un poco lo que le pasa al psicoanálisis. No propone la risa ni te saca la angustia del “caminar por el sendero más angosto”.

Hubo un personaje en Twitter que se llamaba La chica Sabrina y que tuiteaba con el lenguaje que supuestamente usan las personas pobres, vistas desde el estereotipo. Tenía errores de ortografía y una idea muy limitada del mundo. Era claramente un personaje imaginado por alguien de clase media que se impuso el requisito aspiracional de ser culto, ser “fino” y despreciar a los que no consideraba de su grupo sociocultural.

Mi idea es que detrás de esa cuenta había guionistas de televisión, nada cultos por cierto, que sueñan con que los descubra Hollywood, que ven una película de los hermanos Coen y lo que disfrutan es que creen que son de los pocos capaces de captar las sutilezas de esos films. Por eso se burlan de ese personaje imaginario, que es la muchacha “buena, ingenua y tonta”. Como si los pobres fueran tontos por principio.

Ese intento por conjurar el lugar de donde vienen y aspirar a ser los hermanos Coen puede producir algo de humor y tener un mínimo destello de inteligencia; pero es un humor negativo, del tipo que a mí no me interesa. Quiero producir humor desde el lugar exactamente contrario: hablar desde el bando que recibe la bofetada, nunca desde el bando patotero que golpea al indefenso.

El humor que brilla es aquel que te permite salir de una crisis. Mientras que el humor aspiracional siempre es frustrante: por más que me burle de los estereotipos de los pobres jamás seré Rockefeller.

De ese modo nunca voy a ser “El Gran Gatsby”, el que tiene la más maravillosa mansión del planeta, el que organiza las mejores fiestas y al que todo el mundo adora. Lo más probable es que terminen siendo La chica Sabrina en el mundo real: sin que se den cuenta, los otros los verán como un estereotipo. En cambio, el humor que parte de la inteligencia va hacia Buster Keaton.

Las aspiraciones caras nos obligan a vivir en lo caro. Es una serpiente que se muerde la cola. El que aspira a ser los hermanos Coen trata de vivir como ellos, pero acá. Ya no van a comer a un restaurante de Villa Crespo sino a San Isidro, ya no compran un coche nacional sino uno importado, y están obligados a viajar constantemente a Nueva York y Miami para sentir que forman parte de ese ínfimo mundo que compra toda su ropa interior en las ofertas de los *free shop*. Pero ni con todo ese dinero ni tratando de copiar cada coma de sus guiones logran ser los hermanos Coen. Son solo los que se ríen de las chicas Sabrinas reales del mundo. Y ese es todo su capital intelectual.

El drama del aspiracional argentino es vivir en el “como si”; en la ficción perpetua.

La mala onda se impone porque la mayoría de la gente la tiene. Es un tema de cantidad. Y no veo que tengamos la posibilidad de renunciar a vivir en sociedad.

Debemos hacerlo en interacción, que es la mejor forma de estar en sociedad. Pero interactuar tiene su costo emotivo. Uno puede elegir ser una célula de la mala onda o ser la única célula que tira buena onda y contagia a dos. Porque la alegría se puede contagiar

en cualquier parte: en Twitter, en la vida, donde se te ocurra.

Hay gente que vino a mis cursos sobre Borges y al final de la clase me decía: “Yo llegué con mucha mala onda y ahora me siento mejor”. Es increíble cómo hablar de Borges te puede cambiar la vida, como a veces lo hace la autoayuda.

Uno puede actuar para mejorar el mundo o para empeorarlo. Si uno aporta su célula de mala onda al conjunto, eso seguirá creciendo y creciendo. Si uno aporta una célula de buena onda, el resultado es más modesto pero más satisfactorio.

Porque podés contagiar tu buena onda a diez, que a su vez van a contagiar a cien, que a su vez van a contagiar a mil, y así a cada vez más gente. Al conjunto gigantesco, que tiene un millón de personas con malhumor le quitaste mil y seguro que hay otro grupito por allá y otro más allá que seguirán reduciendo la masa enorme de la mala onda social. Haciendo que el mundo funcione mejor.

Y ya aportar un granito de arena a que la vida sea mejor hace que uno mismo viva mejor.

**La despreocupación es una mezcla de inteligencia y de voluntad que no cualquiera puede combinar. Conozco a una persona extremadamente rica que, además de dinero, tiene muchos recursos para solucionar cualquier problema: un secretario muy eficiente, asistentes que se tirarían al vacío si él lo necesitase y relaciones poderosas que le abren mil puertas.**

Pero vive preocupadísimo por problemas que cualquiera de sus asistentes sería capaz de resolver en treinta segundos. Es alguien tremendamente rico que no sabe disfrutar nada de lo que la vida le dio.

Si sos pobre también podés lograr la despreocupación, aunque es más difícil. Cuando alguien es pobre le resulta complicado conseguir hasta lo más básico, como la comida o acceder a una buena cobertura para la salud o evitar tener que invertir gran parte de su vida para conseguir lo mínimo. Además, te tratan peor si sos pobre.

Una vez, mientras cursaba la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires, quise agarrar una lapicera y se me paralizó un dedo. Fui al Hospital de Clínicas –que por entonces estaba al lado de la Facultad de Filosofía y Letras– a ver qué me pasaba y, en el camino, ¡se me paralizó un dedo de la otra mano!

Llegué a la guardia muy preocupado porque jamás me había sucedido tener un dedo paralizado en cada mano. En el hospital estaba toda la Corte de los Milagros de la Edad Media. Gente muy destruida. Yo tenía miedo de contagiarme todas las enfermedades del planeta.

En medio de eso llegó una ambulancia con un tipo que se estaba tapando una herida con las dos manos y a pesar de eso perdía mucha sangre. Lo dejaron en la camilla y al lado de él quedó un policía de custodia. A los pocos minutos vino un médico, miró todo ese desastre humano que había en la guardia y ¡me hizo pasar al consultorio a mí! Era el último que había llegado y quizás el que tenía el problema menos grave.

Le pregunté al médico por qué no atendía al herido de bala y me respondió que ese paciente no le tocaba a él. Cuando le pregunté por los otros, me dijo: “Ellos están acostumbrados a esperar”.

Ser pobre te pone siempre en peor situación. No es solo (ni, tal vez, principalmente) carecer de dinero, sino de herramientas conceptuales y sociales para enfrentar la brutalidad del mundo. Sin embargo, los pobres tienen muchas estrategias inteligentes para vivir mejor. No quiero caer en un populismo simplista, pero es cierto que muchos son más sabios que muchos ricos.

La despreocupación es una posibilidad universal, y siempre es más fácil cuando se tiene un mayor capital simbólico y material. Sin embargo, algunos que supuestamente tienen todo, no saben resolver su vida. Así como muchos pobres extremos son capaces de armarse una vida digna y alegre, muchos ricos se ahogan a veces en un vaso de agua.

Uno se sana cuando es capaz de parar lo que le hace daño. El daño es una fuerza que ataca de mil formas diferentes: con la enfermedad, con la pobreza, con el hambre, con la preocupación. Resulta que un día te quedás en la calle y no tenés para comer. A mí me

pasó. Tuve suerte de tener un tío que me dejó tirar un colchón en el piso del pequeño departamento que alquilaba para que yo no terminara viviendo en la calle.

Estuve más de un año sin trabajo formal, y cuando lo conseguí gané, durante años, un sueldo tan ínfimo que no podía ni pagar el colectivo. Pero tenía un capital simbólico y conceptual que me permitió, con muchísimo esfuerzo, salir adelante.

Detener situaciones horribles depende más de cómo cada uno es capaz de pararse frente a ellas –y de qué capacidad tiene cada uno de reconstruirse como persona– que de la situación objetiva en sí misma.

El problema puede ser más o menos difícil, pero que puedas superarlo depende de vos. Es uno mismo el que puede ayudarse. Por supuesto, esto que digo no es infalible porque, como sabemos, a la larga todos nos vamos a morir igual. No soy imbécil. Solo digo que en general uno siempre tiene una cuota de poder para intervenir en sus problemas que mucha gente desconoce. Ya conocer esto te permite solucionar más fácil cualquier problema.

En Twitter suelo insistir con algo que tomé de Steve Jobs: preguntémonos siempre si haríamos lo que tenemos pensado hacer si nos enteramos que solo nos quedan unas pocas horas de vida. ¿Vamos a mantener la agenda que teníamos prevista para hoy? ¿Vamos a seguir manejando hasta tal lugar, vamos a ir a comer con tal persona, vamos a ir a discutir aquel trabajo? ¿Seguiríamos con todo eso o cambiamos? Y si cambiamos la agenda, ¿qué cosas haríamos?

Pensemos en lo mismo, pero desde un punto de vista algo diferente. ¿Qué razón tengo hoy para que valga la pena levantarse de la cama? ¿Mi razón es ir a trabajar, ir a tal empresa, lograr un contrato más para que mi trabajo sea más redituable? ¿Me voy a levantar para escribir una página de un libro que no sé si va a salir o que ni sé si deseo que salga publicado? Cuando uno se interroga duramente en este sentido, las respuestas más honestas no apuntan a valorizar Las Grandes Cosas de la Vida, sino las más pequeñas, las que tienen que ver con los afectos.

Cuando uno piensa en esos términos; cuando es consciente realmente de que cualquier día podemos morirnos, ya sea hoy o dentro de muchos años, cambia la perspectiva con la que vemos el mundo. Esa idea romana que a mí me gusta tanto, la del *carpe diem*, consiste en pensar que hay que saber vivir hoy porque cualquier día puede ser el último (y uno lo será, indefectiblemente).

Hay que tratar de vivir todos los días como si fuera el último. No me refiero a hacer una orgía y dedicarse a cometer todos los excesos, sino de comprender qué valoramos realmente.

Los testimonios de las personas que enfrentaron la muerte (o situaciones extremas) y sobrevivieron nos enseñan que lo que más se valora en esos momentos es la amistad, los afectos de los seres que más nos importan.

La idea de gastar menos para conseguir más consiste en ver lo que es verdaderamente importante en nuestra vida, que muchas veces no es el gran gasto material o emocional, sino la *sapientia*: darle sabor y sentido a la vida. Saber con sabor. Sacarle el gusto a la vida y al mismo tiempo conocer.

Tanto para los que pertenecen a una elite intelectual como para quienes no se plantean jamás problemas de orden filosófico, vivir (seguir aquí, insistiendo en el mundo) es una tarea de extrema complejidad. Si somos sabios puede ser, también, una tarea alegre.

Porque la vida es una mezcla de azar y de estímulos que nos mueven, a veces inconscientemente. También es una búsqueda incesante de ciertos objetivos que uno se impone y que rara vez cumple.

¿Es posible mejorarnos la vida sabiendo que no tiene ningún sentido pero que podemos gozarla?

La inteligencia es un estado de conciencia que nos hace saber que vivimos dudando sobre todas las cosas, pero que hay momentos en que debemos detener la duda e intervenir en el mundo, como se pueda. Dudar y a la vez ser práctico es quizás el colmo de la inteligencia. Si en algún momento no paramos de dudar, no podemos vivir; pero sin la duda la vida es una mera sumisión al orden establecido por fuera de nosotros.

Hay dos momentos en este proceso. El primero se basa en la reflexión sobre el mundo: ahí es que dudo. El otro ocurre cuando despejo las dudas (aunque sea muy transitoriamente), acepto uno de los sentidos provisorios que le doy a mi vida e intervengo en favor de él.

¿Por qué acepté intervenir? Porque seguramente me convenía respecto de la situación que se estaba dando. A veces, la situación es favorable en algunos campos y en otros no, y uno interviene sobre el campo conveniente.

Cada hecho que enfrentamos, como sucede en “El jardín de los senderos que se bifurcan”, el cuento de Borges, implica una cantidad enorme de nuevos futuros; es decir, de posibilidades. Cuando doy mis clases sobre Borges les pregunto a mis alumnos qué pasaría si en vez de venir a clase hubieran ido a cometer un asesinato, y trataran de que fuera perfecto.

En ese momento, en vez de estar en clase, estarían matando a una persona. Lo harían sin testigos; eso les abriría, a su vez, un futuro lleno de ramificaciones. Quizás no vinieron a clase pero tampoco mataron a nadie y, en cambio, decidieron emborracharse o quedarse a mirar una serie en la TV. Lo cierto es que cada una de esas situaciones, de la más banal a la más compleja, genera futuros distintos.

Hace como quince años dije que quería tener un perro. Parece una tontería. Como si en ese momento hubiese dicho: “Quiero tomar un helado de chocolate”. Pero hace poco más de dos años decidí tenerlo realmente y desde entonces está conmigo. Eso creó una cantidad y calidad de futuro que no existía cuando quince años atrás tener un perro era solo una idea, un fenómeno potencial sin realidad.

Yo decía, antes de tener un perro, “me voy un mes a Nueva York”; y me iba porque no tenía que pensar qué iba a hacer con el perro cuando yo estuviera de viaje. Pero si ahora quiero irme apenas un fin de semana tengo que decidir qué hago con mi perro. Ahora sé que muchas de las personas que cuidan perros mientras sus dueños viajan son personas horribles, que los tratan muy mal. Antes no pensaba nada de esto pero ahora – al haber tomado la decisión de traer un perro a mi vida– me veo obligado a tener en

cuenta estas cuestiones y, además, resolverlas.

Supongo que lo mismo pasa cuando uno elige tener un hijo, aunque la mayoría de los hijos llegan en el momento indeseado. Todos creemos que nuestros padres nos engendraron porque lo planificaron pero lo cierto es que la mayoría somos hijos que llegamos en el momento menos pensado.

Mis padres me decían que me querían, me dieron mucho amor y les creo. Pero la mayoría de los niños son engendrados en la noche en la que, justamente, sus padres no querían hacerlo. Tomaron de más, se drogaron un poco, hacía calor, hacía frío, a tu papá se le paró más rápido y ahí naciste. Y así nacieron tus hijos también.

La inmensa mayoría de quienes dicen “quiero tener un hijo (o un perro)” no piensa en las consecuencias que va a tener que enfrentar al tomar una decisión de ese tipo. Por eso a la mayoría de las personas la llegada de un niño, durante muchos meses o incluso algunos años, les causa más rechazo e incomodidad que satisfacción.

Conozco muchos padres que me dicen de sus bebés: “No sé cómo no lo tiro por el balcón”. Obviamente no lo van a tirar jamás, pero esa frase expresa que nunca pensaron realmente en qué iba a consistir “tener un hijo”, ese ser que grita toda la noche, que quiere la teta a cualquier hora, que caga todo el tiempo y que reclama una atención total. Porque para un niño no existe nada en el mundo que no sea él y su deseo.

Los niños son nosotros, los adultos, en estado perfecto. Representan el egoísmo total. Hay algunos más calmos y otros que son absolutamente insoportables, pero en todo ese arco el niño siempre necesita que los padres inviertan mucha energía en él. Un padre que va a tener un tercer hijo ya lo sabe, pero uno primerizo no.

Toda cosa nueva te da algo y te quita algo. Por ejemplo, enamorarse y estar con la persona que te fascina también tiene su lado negativo. En primer lugar porque al estar con alguien no estás con otros u otras que también te gustan (y quizás te empiezan a gustar más porque no estás con ellos). Vas por la calle y ves personas lindas que pueden interesarte más que la que está con vos. Así aceptás limitar tu vida erótica y sentimental. Elegir algo es siempre privarte de otra cosa.

**Es difícil identificar qué cosa es realmente un problema. Muchas veces digo en Twitter: “Qué lindo es vivir en Buenos Aires” (o cualquier frase que supongo positiva y sin conflictividad). Enseguida aparecen cien personas para criticarme.**

La respuesta de los otros me desarma porque yo no, veía un drama donde descubro que otros sí lo ven.

Creo que un problema (no en un sentido filosófico, sino en el sentido del obstáculo que debemos superar para seguir viviendo) es eso sobre lo que tengo que intervenir inexcusablemente, aquello de lo que no puedo escaparme.

Hay obstáculos insuperables, pero la mayoría de los que enfrentamos no lo son, aunque muchos puedan ser muy difíciles desde el punto de vista emocional. Ante un problema grave podríamos decir “preferiría no hacerlo”, como Bartleby, el personaje de Herman Melville. Preferiríamos no hacer nada, en especial si debemos luchar duro para resolver una cuestión que puede ser triste. Pero para vivir hay que aceptar enfrentar los problemas o retirarse de la escena (que no pocas veces es aún más problemático).

Cuando me fui de *Clarín* renuncié a la indemnización que me correspondía y que era muy importante. Fui víctima allí de un terrible acoso laboral. Sufrí dieciocho meses de destrucción mental durante las veinticuatro horas de cada día. El acoso lo llevaba adelante una jefa que no tenía ningún freno ético. Fue algo tan brutal y extraño a la vida civilizada que no me daba cuenta de que estaba sucediéndome. En determinado momento ya no tenía fuerzas para hacer nada; ni siquiera para resistirme. Tampoco podía dormir. La única fuerza que tuve la usé para ir al médico después de dos semanas sin pegar un ojo.

No podía ni agarrar el tenedor para comer. El médico me dijo: “Si seguís así no vas vivir dos semanas más. Cortá ya con esto”. Lo hablé con quien hoy es mi marido (entonces ya hacía años que vivíamos juntos) y le dije que la única manera de cortar con esa tortura atroz era irme de manera radical; es decir, renunciar al diario. Escaparme. Él apoyó absolutamente que me fuera, aunque a partir de entonces no íbamos a tener dinero ni para comer caliente todos los días.

Esta situación de tortura la viví desde fines de 2001 hasta abril de 2003, en pleno estallido de la crisis económica más terrible que vivió el país. Yo no tenía ahorros. Luego de renunciar, hubo días que realmente no teníamos dinero ni para comer. Mi marido tampoco tenía trabajo en ese momento. Nos vimos obligados a cortar todos los gastos. Solo lográbamos ganar unos pocos pesos que usábamos para las expensas, la luz y el gas. A todo lo demás lo dimos de baja. Me quedé sin obra social y, como me enfermé mucho, tuve que ir a hacer cola a los hospitales públicos y buscaba remedios en los bancos de remedios para gente sin dinero, haciendo horas y días de colas.

De a poco empecé a reconstruirme y a los dos años de haber escapado de la tortura a que me sometieron en el diario ya estuve mejor. Creo que pude salir porque me animé a cortar con todo lo que me estaba destruyendo. Acepté no volver más a ese lugar ni siquiera para reclamar una indemnización.

Es más, tampoco pude ir a buscar el cheque del último sueldo que me correspondía cobrar. Desde la sección tesorería me llamaron varias veces para que fuera a retirarlo. Al principio no pude, y eso que no teníamos ni para comer. Pero no podía ir a *Clarín*, que para mí era el equivalente a un campo de concentración, el lugar de la tortura permanente. Gracias a eso dejé de pensar en el diario. Al mes ya me sentía humano de nuevo, aunque muy débil. A los dos meses ya podía hacer algunas cosas. Ahí junté fuerzas y logré ir a *Clarín* en el horario en que no había periodistas a la vista y retirar ese cheque que nos permitió vivir casi cincuenta días con lo mínimo.

Empecé a disfrutar de la vida, incluso en la miseria en que estábamos. Sabía que si no podía comprar cosas podía, al menos, caminar. Salía a recorrer Puerto Madero, que está cerca de casa. Caminar es sanador.

Como no tenía nada empecé a dedicarme a los pequeños placeres; por ejemplo, releer algunos viejos libros.

Pensar en irse del trabajo en 2003 parecía un acto suicida, pero me fui igual porque quedarme era realmente condenarme a la destrucción total.

En ese momento estaba por cumplir 50 años y eso también significaba algo. Pero cuando tenés un problema tan grave como el acoso laboral extremo llevado a cabo sistemáticamente para destruirte como persona durante un año y medio, no hay forma “no problemática” de superar eso.

Mis opciones en ese entonces eran extremas: quedarme y ser torturado hasta el fin o irme y vivir en la miseria. Elegí la miseria y eso me permitió tener tiempo para mí. Durante dos años leí cientos de libros, caminé cientos de kilómetros pensando en un mundo mejor. Me reconstruí como persona y supe que el amor de mi marido era inquebrantable y soportaba hasta el más terrible de los huracanes.

Me dije por segunda vez en mi vida: “Voy a valorar mucho más el placer que el dinero”. Empecé a decir “no” a todo lo que no me interesa realmente. No tenía nada pero si me ofrecían algo que no me gustaba lo rechazaba. Era muy difícil rechazar mucho de lo poco que surgía, pero eso me hizo bien.

En *Clarín* había aprendido que tener un sueldo digno a cambio de ser muy maltratado no valía la pena. Menos aún valía la pena sufrir por una miseria. Si uno se centra en lo importante de toda situación problemática, puede extraer una enseñanza positiva.

A veces uno no puede determinar el volumen exacto de los problemas. Yo tuve una familia con problemas.

Mi papá se suicidó cuando yo era chico y mi madre murió cuando yo estaba preso.

Los problemas pueden surgir porque siempre prefiero “no hacer”, y muchas veces no hacer termina generando peores problemas.

Tengo conversaciones internas, pero los “yo” que dialogan dentro de mí cambian con los años. Hoy haría cosas que hace veinte años no hubiera aceptado, y hace veinte años hice cosas que ahora son inaceptables para mí.

Somos siempre otros.

Desde niño, uno de mis sueños imposibles fue viajar. Vivir viajando. Es un sueño

imposible porque a más de sesenta años de haber nacido he realizado muy pocos viajes.

Pero todo tiene su razón. No solo viajé muy poco (cuando deseaba lo contrario) debido a limitaciones materiales —que, por cierto, existieron y fueron determinantes—, sino que también la idea de viajar siempre estuvo en conflicto con otro deseo muy poderoso que yo tengo: vivir bien.

Cuando pienso que me gustaría dar la vuelta al mundo, lo vuelvo a pensar y compruebo que si lo programase realmente sería un error. Me gustaría hacer algunos viajes, pero querría parar en departamentos muy cómodos (o en hoteles geniales), comer en los más lindos restaurantes, quedarme muchos días, tener mucho tiempo para hacer todo lo que deseo en ese lugar e incluso descansar allí. Y eso es mucho más caro de lo que yo puedo pagar. Por eso viajo casi nada.

Recuerdo que cuando estaba en el colegio secundario los padres de unos amigos fueron quince días a Europa y nos invitaron a ver las diapositivas del viaje. Era algo que se usaba mucho en la década de 1970.

Entonces nos pasaban una foto del Domo de Milán y nos decían: “Esta es el Sacre-Cœur, en París”. ¡No! ¡Era el Domo de Milán! Cuando le corregíamos algo nos decían: “Me vas a decir a mí que estuve ahí”. Y seguían mostrándote algo de otra ciudad (Niza, digamos) y acotaban: “Esta es de una ciudad italiana que se llama Siena”. Veías el mar, el bulevar frente a las playas, pero ellos tenían anotado que era Siena. A mí no me interesa ese tipo de viajes.

Borges recorrió el universo desde su casa a través de la literatura. Después, como vivió lo suficiente, pudo viajar: salir de su casa. Pero no le hizo falta viajar para escribir su obra. El Borges que viaja es el Borges ya ciego, el que produce literatura oral.

El Borges que me interesa es el que termina cuando comienza la ceguera: el que va de la ceguera para atrás. Ese es el Borges que hizo todo lo que considero más valioso en su obra, el que apenas había viajado a Adrogué, a Mar del Plata o a Uruguay, y que lo había hecho muy excepcionalmente.

José Lezama Lima fue igual: un no viajero. Salió solo unos días de Cuba para visitar un cuartel militar en los Estados Unidos (acompañando a su padre) y después ni siquiera volvió a irse de su barrio en La Habana: vivió en la misma casa y frecuentó la misma mesa del mismo bar hasta que murió. Y desde allí nos muestra el universo, reconstruye Alejandría con sus sueños y habita el tokonoma, pabellón del vacío.

En los viajes actuales hay un fetichismo del estar ahí que se materializa en la acción de fotografiar. Ahora todo el mundo va a Estambul. Todas las personas que conozco fueron. Yo ya soy el raro de mi grupo de conocidos porque soy el único que no fue a Estambul. ¿Qué traen de Estambul? Antes, cuando la gente viajaba traía historias. Ahora trae imágenes: miles de fotos de la ciudad y alrededores.

No disfruto tampoco de la experiencia de viajar para fotografiar y eso que la fotografía es una de las grandes pasiones de mi vida. No estoy en contra de que se fotografíe el lugar al que uno va a conocer, pero no disfruto de que la principal acción de un viaje sea documentarlo. No me interesa ir a Tokio para fotografiar gente comprando cosas en el distrito de Ginza.

Viajar, además, tiene algo siniestro: la gestión. Hay que hacer trámites. Me encantaría recorrer los Estados Unidos, pero por el solo hecho de tener que tramitar la visa prefiero no ir a ningún lado. Prefiero perderme Nueva York.

Me encanta Nueva York y me encantaría conocer San Francisco y otras ciudades de los Estados Unidos. Recorrer los lugares por donde anduvieron los poetas de la generación *beat*, aunque hayan pasado setenta años desde esa época.

Pero la idea de tener que pasar por una situación como la que se relata en “Ante la ley”, de Kafka, me acobarda. Eso de pedirle permiso al guardia de la puerta de entrada y después descubrir que había que entrar sin pedir permiso, eso ya me quita las ganas de ir. Como a los Estados Unidos no se puede entrar sin pedir permiso –hay que tramitar una visa, hay que semidesnudarse en el aeropuerto– me cuesta imaginar que vaya.

**Nací muerto.**

**Eran los años cincuenta y mi madre fue fumando a la sala de parto. Al salir del útero no respiraba y no lograron reanimarme. Me descartaron.**

Por suerte, una tía estaba terminando su residencia en el mismo hospital y pasó por el quirófano. No sé qué método heterodoxo aplicó sobre mi cuerpo sin vida, pero logró que yo llorase: los pulmones comenzaron a funcionar. En las primeras horas de vida fui tan horrible que cuando me llevaron para que mi madre me conozca, sus primeras palabras fueron: “¿Eso es mi hijo?”.

La heterodoxia y la muerte, que fueron mis nodrizas, no me han abandonado nunca. Mi padre se suicidó cuando yo tenía 9 años y mi madre murió hace más de tres décadas. Me cuesta recordar qué se sentía ser hijo. Siento que siempre fui huérfano. Mi primer amigo del primario murió durante la epidemia de poliomielitis. Muchos de mis compañeros del secundario fueron secuestrados y asesinados en los años setenta. En los ochenta, durante la primera etapa democrática, el sida se llevó a decenas de conocidos y amantes. Ahora ya nos vamos muriendo de viejos.

Hay una experiencia que se parece a la muerte. Es la prisión. Más que la vida en la cárcel, lo mortuorio es el hecho de ir preso: significa un quiebre radical con la vida. Ese instante es eterno. Es el momento perpetuo en el que se tiene la certeza de haber perdido, tal vez para siempre, la libertad, la dignidad, todo. Ese instante es la muerte. Literalmente. Yo morí de nuevo cuando tenía 20 años. Fui a prisión a la una de la mañana del 23 de noviembre de 1974.

Estaba haciendo el servicio militar y militaba en el PRT-ERP. Un soldado de otra unidad, que me conocía, me nombró al ser torturado. Se lo acusaba de un delito que no había cometido. Por esa comedia de equívocos terminamos en prisión ocho soldados: fuimos presos por un delito inexistente, pero en el camino nos acusaron por militar en un grupo en el que sí militábamos y que en ese momento estaba prohibido. Nos condenó un Tribunal Militar, pero la Corte Suprema de la democracia desechó el juicio. Esas son argucias legales. Lo importante es que mi vida cambió radicalmente. En el instante en que me detuvieron, todo dejó de suceder. El tiempo, el ruido del mundo: todo se acabó.

A la medianoche vino a mi cuartel un móvil de inteligencia militar y pidió hablar con el oficial de guardia. Yo fui el encargado de acompañarlo hasta esa oficina. Casi al instante me apartaron de allí y me mantuvieron encerrado en la guardia con engaños. Inventaron una misión nocturna y me ordenaron que acompañara al oficial de inteligencia a los cuarteles de Palermo. Iba en la camioneta militar, rodeado de hombres armados que me miraban raro. Todos en un silencio absoluto. Miraba las calles como si nunca más volviera a verlas. De alguna manera extraña ya estaba aprendiendo a vivir sin vida.

Intentar dar cuenta de la cárcel es una empresa imposible. Si no lo lograron Primo Levi ni Solzhenitsyn ni Genet ni Wilde menos lograré yo dar cuenta de una experiencia que es en sí misma inefable. La gente que no estuvo presa cree que libros tan maravillosamente poéticos y trágicos como *Si esto es un hombre* o *Diario de un ladrón*

representan la vida en prisión. No es así. No llegan al núcleo candente de la experiencia. Justamente porque no hay vida en la prisión: es una forma de morir. Yo trataré apenas de dar testimonio.

Cuando llegamos a la compañía de la Policía Militar me temblaba el alma. Supe que había perdido todo y solo me quedaba aceptarlo. Me introdujeron con violencia en un edificio que está cerca del portón de entrada. Se me secó la garganta y no pude ni gritar. Los 30 metros del pasillo que conducía a la cámara a la que me llevaban los recorrí casi en el aire, elevado del suelo por las patadas y trompadas. Todavía no lo sabía, pero esos golpes eran las últimas caricias que me daba la vida.

De todas las torturas que padecí, la que más sufrí fue la privación total del sueño. Fue atroz y duró días. Entre sesión y sesión de picana y golpes, me tenían parado frente a una pared, con las manos esposadas en la espalda (el dolor en los hombros me duró algo más de un año). Un soldado me apuntaba con un fusil para que no me durmiese. Los que se durmieron fueron los que custodiaban. Dos veces dispararon el fusil inconscientemente, porque tenían el arma sin seguro, para que yo supiese que al mínimo movimiento me mataban. El ruido del disparo me sacaba del delirio y me volvía a meter en la puntilliosidad de lo real. La privación de sueño me hacía alucinar. Veía a Cristo –tal como se lo ve en las estampitas– que se acercaba con un paquete de cigarrillos y me entregaba uno encendido, como muestra de misericordia.

Después de quince días, un militar uniformado (los que nos torturaban lo hacían de civil) me tomó declaración y me informó que iría detenido al penal de Magdalena. Allí permanecí seis años y cinco meses en aislamiento total. Encerrado las veinticuatro horas en mi celda. Solo tenía una cama, paredes descascaradas, un techo alto, un ropero casi vacío y aire para seguir respirando. Podía caminar cuatro o cinco pasos desde la puerta de la celda hasta la pared del fondo. Pasaba horas mirando la pared blanca que estaba delante de la cama. Durante años no me permitieron leer nada. Cada cosa que lograba tener era un tesoro: una cuchara oxidada, un trozo de madera, un espejito. El penal de Magdalena es muy frío en invierno y eso se agravaba cuando se rompía la caldera que calentaba el agua de las duchas. Yo pedía bañarme igual. Los celadores se reían de verme tiritando bajo el agua helada con tres grados bajo cero de temperatura ambiente. Yo también reía: la sangre se aceleraba tanto que creía que me estallarían el corazón. Sentía euforia. Después de todo, quizás no estaba muerto.

Cuando permitieron material de lectura lo circunscribieron a revistas deportivas y de historietas. Leí por primera vez en mi vida *El Tony*, *D'Artagnan* y *El Gráfico*. Como no sabía nada de fútbol, me hacía fichas con los jugadores y los equipos para entender de qué hablaban las notas y poder comentarlas con los guardiacárceles. El periodismo deportivo es el que más da por sentado que los que lo leen ya saben todo. Yo no sabía nada.

A las seis de la mañana nos despertaban para que nos higienizáramos rápido y tomáramos el desayuno: un mate cocido lavadísimo. Era uno de los momentos en los que podíamos socializar entre los presos que estábamos en el pabellón. Eran unos minutos. Luego venía el cambio de guardia. Entre los presos políticos el sexo era algo impensable.

Yo soy gay y todo el mundo lo sabía, o inmediatamente se daba cuenta. Eso en la cárcel era una doble condena. No solo por los militares, que lo usaron algunas veces para maltratarme aún más, sino por mis compañeros: en ese entonces la gente de izquierda era militantemente homofóbica. Consideraban que la homosexualidad era una aberración burguesa que debía ser extirpada con “reeducación” (un eufemismo que se usaba para definir la política de enviar a los homosexuales a campos de trabajos forzados, tal como sucedía en todo el mundo socialista). La única sexualidad progresista era la masturbación solitaria.

La vida transcurría monótona: yo aprendí cierta serenidad zen en esa nada. Ahora vivo dos vidas: la que vivo y la que imagino. Mi imaginación es del doble del tamaño de lo real. Así poblé mi soledad de historias imposibles y de razonamientos absurdos. Como no veíamos nada más que la pared blanca, se aguzaba el oído. Los ruidos desconocidos nunca anunciaban nada bueno. Cada vez que abrían la puerta del pabellón podía suceder algo malo. A treinta años de distancia, aún soy capaz de distinguir sonidos que se producen lejos de donde estoy. En realidad nunca estábamos solos del todo. Podíamos hablarnos gritando. Así manteníamos conversaciones, jugábamos a un ajedrez mental o “hacíamos gimnasia”: yo dirigía las sesiones gimnásticas, ordenando una serie de ejercicios que, después supe, yo era el único que las hacía.

El penal de Magdalena queda en medio del campo. De noche solo se oían el mugido de una vaca o el balar de una oveja, a lo lejos. Extrañaba ver las estrellas. Ausencia total de todo estímulo, pared blanca, trato duro, esperanza nula: creo que lo que me permitió sobrevivir con un mínimo de lucidez fue el humor. Siempre fui capaz de reírme de mí, pero en la cárcel alcancé la maestría. Desde entonces no puedo tomarme en serio.

Con el paso del tiempo hubo varios cambios en nuestra vida cotidiana. Ansiábamos poder hablar con otro, pero en las poco frecuentes ocasiones en las que nos permitían estar fuera de la celda solían estallar los conflictos. Convivir en esa olla a presión era más difícil que soportar la soledad. En los dos últimos años estuve en celdas compartidas: extrañé el encierro solitario. El infierno son los otros. La soledad me protegía de la mirada de los demás, pero compartir una celda las veinticuatro horas con otro (u otros, como en Devoto, donde éramos cuatro por celda) destruye la individualidad. Todo el tiempo se está ante la mirada inquisitiva. Cada pedo que me tiraba era oído y olido por mi compañero de celda. Cagábamos y meábamos ante la mirada del que compartía la celda. Nos masturbábamos de noche, en el mayor silencio posible, pero igual oíamos que el otro se masturbaba. No había vida íntima.

No recuerdo en qué momento me permitieron leer libros. Leí todo Platón y Agustín. Pude retomar a Derrida y a Foucault, que había leído justo antes de ir preso y disfrutar a Borges. A Borges lo había leído de adolescente, pero no me había gustado. En la cárcel me emocionó. Lo leía y lloraba. Héctor Libertella decía que la prisión había sido mi Oxford.

Vino un gato a vivir al pabellón. Lo llamamos Mendieta, por el perro de Inodoro Pereyra: solo le faltaba hablar. Cuando entraba a mi celda y me hacía compañía yo era feliz. Sí: feliz en la tumba. Jugaba con el Mendieta y reía. Era negro, inteligentísimo.

Percibía todo antes de que sucediera. Aprendí mucho de él. Creo que no tuve otro maestro. Me pasaba horas observándolo: me volví gato. El Mendieta se metía dentro de mi cama para dormir. Yo me sentaba en el piso y miraba el techo, pensando. De golpe, el Mendieta salía de la cama, se desperezaba y se sentaba frente a la puerta. Dos minutos más tarde, yo oía el carro de la comida que rodaba por los pasillos del penal a 100 metros del pabellón. El Mendieta me enseñó a ver las cosas antes de que sucedan.

Mientras escribo se me hace un nudo en la garganta. Me emociona recordar al Mendieta. Me emociona recordar que fui joven y no lo supe. Por el vacío de las horas muertas, la cárcel es una espera eterna. No sucede nada o lo que sucede siempre es malo. Estar preso en la época del final del gobierno de Isabel Martínez y durante toda la Dictadura era una condena a no se sabía qué. Los relatos de Kafka vueltos realidad: sin metáfora. Había muertes en los traslados. Había muertes dentro de los penales. Sabíamos de las desapariciones. La libertad no era algo esperable. Durar sin sentido o el sinsentido de la muerte: el día a día de mis 20 años.

En mayo de 1981 nos trasladaron a la cárcel de Caseros. Fuimos en un camión de traslados, esposados y sin ver adónde nos llevaban. Después de una hora y media de viaje olí el Riachuelo y me largué a llorar de emoción: ¡volvía a Buenos Aires! No imaginaba que el año y medio que iba a pasar en Caseros iba a ser el peor de mi vida. El sistema de Caseros era atroz. Vivir allí ya era una tortura. El maltrato era la norma. A todo volumen pasaban una misma canción por los altoparlantes durante todo el día. No apagaban las luces a la noche: me resultaba imposible dormir. Ante cualquier pedido médico, te trataba el psiquiatra, que recetaba las drogas más embrutecedoras. Nos obligaban a tomarlas. Era una mezcla de manicomio e infierno. Todo estaba pensado para que los presos la pasáramos pésimo. No había ni un detalle dejado al azar. Nos sacaban a recreo dos horas diarias y todos estábamos tan pálidos y ojerosos que parecíamos cadáveres. Mi madre ya había muerto y me venía a visitar un tío. Él me veía así y se ponía triste. Yo lo veía así y me entristecía más.

Me salvó la guerra de Malvinas. El día del paro de la CGT, el 30 de marzo de 1982, me llevaron al calabozo por pelear con otro preso del que me había enamorado (y al que aún recuerdo con afecto, aunque nunca más lo volví a ver). De golpe, la mañana del 2 de abril viene a buscarme el celador al calabozo y me dice que me conmutaron el castigo: “Recuperamos las Malvinas; todos estamos ahora en el mismo bando”. Yo creía que me estaba haciendo una broma.

Después de la derrota, a fines de agosto de 1982 sacaron a todos los presos políticos de Caseros. Casi todos fueron llevados a Rawson. A mí me trasladaron a la cárcel de La Plata, que era un mejor destino. Mi tío había visto al Papa cuando recibió a los familiares de los presos políticos. Juan Pablo II pidió por mí ante la Junta Militar. Mi tío, como yo, era ateo militante. Más que yo, era anticlerical fanático, pero se arrodilló ante el Papa, le besó el anillo y le habló de mí. Yo no sé si hubiera sido capaz de hacer lo mismo por él.

De la cárcel de La Plata fui a Devoto y de allí a Rawson. Me conmutaron la condena una semana antes de que asumiera Raúl Alfonsín. Salí en libertad el 3 de diciembre de 1983, a la una de la mañana. Al cruzar la puerta que daba a la calle vi el muro del

cementerio de Rawson, que estaba enfrente del penal, y me acordé de mis padres muertos.

Levanté los ojos y vi las estrellas. Hacía diez años que no las veía. La vida volvía a latir en mí, como si me hubieran descongelado. Al ingresar a la cárcel aún tenía 20 años y salí en libertad una semana después de cumplir los 30. En ese momento, de cada tres horas que había vivido, una hora había estado preso.

**Otra de las experiencias extremas que viví fue la separación de mis padres. Mi familia más íntima (en especial, mi madre) era el núcleo de una mafia enorme que se juntaba en Navidad y en otras fiestas. Entre amigos, tíos, primos y otros familiares podían llegar a reunirse unas cuatrocientas personas.**

Tres meses después de la ruptura del matrimonio, mi padre se suicidó. Pasó mucho tiempo hasta que pude saber que mi padre padecía de eso que desde hace unas décadas se llama bipolaridad.

En aquel entonces no había tratamiento farmacológico. Uno lo veía en los picos de alegría y estaba todo bien, pero nadie veía los bajones, que era algo que evidentemente no podía superar. No soportó la separación y se mató a los 38 años.

Ya viví un cuarto de siglo más de lo que vivió él. Uno siempre tiene la idea de que los padres son más viejos que uno. Me da algo de ternura pensar en que mi padre al final de su vida tenía veinticinco años menos de los que yo tengo ahora.

La muerte de mi madre fue otra experiencia extrema para mí. Ella murió a los 58; es decir que también era algo más joven de lo que soy en la actualidad. Tenía una gran relación con ella. Mientras estuve preso fue mi contacto con el mundo y parte del mundo se derrumbó para mí cuando ella se murió.

Estas cosas no se cuentan en la mayoría de las biografías pero hay que decirlo: todos los padres se mueren.

Me llama la atención que muchos amigos míos, algunos de 60 años, tengan a sus padres vivos. ¡Mi madre murió hace casi cuarenta años y mi padre hace más de medio siglo! A veces siento que nací huérfano.

A los que piensan que están autorizados al resentimiento porque tuvieron una vida difícil, yo les diría que con las cosas que me pasaron no siento que haya tenido –al menos hasta ahora– una mala vida.

Se murieron mi madre y mi padre, estuve preso una década, me quedé sin trabajo varias veces, hubo largas temporadas en las que no tuve dinero ni para comer, me hicieron la vida imposible en la mayoría de los trabajos que realicé y paro acá para no aburrir. “Encima” soy gay: eso era un punto muy en contra en otras épocas.

Todo eso, que suena quizás muy negativo, no me hace sentir que tuve una mala vida. La vida te va dando y uno está ahí: hace lo que puede con eso. Si mi padre se suicidó no fue para cagarme la vida a mí, sino porque él no pudo soportarla más.

Por ahí papá se mató porque no sabía cómo mejorarnos la vida a mi hermano y a mí. No vio nada positivo y se mató. Mi madre murió de cáncer de hígado: me vino a visitar a la cárcel, me dijo que se haría un chequeo porque se sentía mal y cincuenta días después (tras un mes de dolores terribles) falleció sin volver a verme.

¿Por qué me voy a enojar con estas situaciones? La vida es muy compleja. Con mi madre nos adorábamos, pero no puedo olvidar que el extremo afecto que ella me tenía también me asfixiaba.

Cuando murió sentí una tristeza terrible. No recuerdo un dolor semejante al que me

produjo saber que ella ya no estaba en este mundo. Pero, a la vez, también sentí alivio. Me quedaba otra vez en el desierto, desnudo, solo y sin ningún amparo (y encima estaba en la cárcel de la Dictadura), empezando de nuevo sin nada. Era terrible la situación. Sin embargo, me sentí muy libre dentro de la cárcel: no tenía nada más que a mí mismo.

Suelo elegir el desierto. Me pasó cuando me fui de *El Porteño* en los ochenta. Lo hice sin nada. De esa nada fueron surgiendo posibilidades y relaciones (que son para mí lo esencial). Me acerqué más intensamente a muchísimos artistas. Reforcé mi relación con Gumier Maier, Tamara Kamenszain, María Moreno, Batato o César Aira y lo conocí a Manuel Puig, con el que compartí un mes en Río de Janeiro.

Si me hubiera quedado en la revista, complotando –como hicieron los otros– para obtener más poder y lograr un lugar más destacado en los medios o en la política argentina, nunca hubiera hecho todo lo que hice desde que abandoné ese proyecto.

*El Porteño* era mi casa, pero había comenzado a funcionar como una familia enferma: se había vuelto violenta. Ir cada día allí era como llegar a tu casa para que te maltraten tus seres queridos. En ese entonces trabajaba quince horas por día en la revista y solo tenía una relación con la gente de *El Porteño*. Me dolió el desamparo; quedarme sin casa fue durísimo. Pero aprendí que realmente no hay nunca una casa. En ninguna parte.

Nuestro destino es el desamparo.

Hay que tomar la vida como lo que es. No nos merecemos nada. El hecho de que uno esté vivo ya es un regalo. Hay que disfrutarlo mientras se pueda.

Recibimos un jardín y hay que hacerlo cada día más hermoso. Después viene un huracán y lo arrasa.

Mala suerte.

Habrá que empezar a labrar la tierra de nuevo y plantar otras semillas.

# Índice

Portadilla	3
Legales	5
Autoayuda para snobs. Diálogos en una cafetería moderna	7